

G-F 14559



DG  
A

+ 152644



AL EXCMO. SEÑOR

D. A. ALCALÁ GALIANO,  
Senador del Reino, etc., etc.

Mi querido amigo y compañero: si sus elogios de V. cuando ambos éramos muy jóvenes, contribuyeron no poco á que yo continuase escribiendo y publicando versos; y si en edad mas adelantada, y despues en nuestro íntimo trato durante la emigracion, sus buenos consejos de V. me animaron á continuar mis tareas poéticas, siguiendo una senda mas original, en donde he encontrado algunos lisonjeros aplausos; justo es que dedique á V. el *Crepúsculo de la tarde*, coleccion de las últimas poesías, que pienso publicar y acaso escribir.

Sí, estas serán las últimas, y las



Vista de la catedral de Sevilla.

últimas quieren ser dedicadas á quien, al leerlas, recuerde con cariño á un amigo, que lo ha sido y es muy verdadero, al través de tiempos borrascosísimos, en que muy pocas voluntades y muy pocos afectos han quedado en consonancia. Y estoy seguro de que al recorrer las hojas de esta Coleccion, los placeres de Córdoba, y los agitados dias de Madrid, y las largas noches de Lóndres, y las tranquilas aunque melancólicas horas de Paris y de Tours, y los terribles momentos de otra época posterior le vendrán á V. á la memoria, con el nombre de su amigo y compañero

ANGEL.



y clamorosos sonos,  
con que al mundo adormido  
recuerdan las nocturnas oraciones;  
delante del altar que apenas brilla  
á la luz amarilla  
de misteriosa lámpara, la frente  
no hunde en la tierra helada,  
y ora, y teme, y espera, y se anonada?

## V.

En tí de noche y de día  
si osa entrar el impío  
se siente de horror frío  
el duro pecho helar.

Y que un manto de plomo  
lo abrume y lo confunde,  
y que en tierra se hunde  
sin poder respirar.

Y en tí de noche y de día  
el que por la fé vive  
nuevo aliento recibe,  
ensancha el corazón.

Bendice si es dichoso,  
si es desdichado llora,  
y le es consoladora  
la voz de la oración.

Insigne catedral donde Dios vive,  
eternamente, donde el cuerpo santo  
del rey conquistador culto recibe,  
dó yace el sabio rey, dó brilla tanto  
trofeo de victoria,  
Encanto, iglesia, monumento, historia.  
Mientras mas te contemplo y mas te admiro,  
mas entusiasmo y pura fé respiro...  
Salve portento santo sin segundo,  
gloria de España, admiración del mundo.

Sevilla, 1837.

## EL OTOÑO.

Al bosque y al jardín el crudo aliento  
del otoño robó la verde pompa,  
y la arrastra marchita en remolinos  
por el árido suelo.

Los árboles y arbustos erizados,  
yertos estienden las desnudas ramas,  
y toman el aspecto pavoroso  
de helados esqueletos.

Huyen de ellos las aves asombradas,  
que en torno revolaban bulliciosas,  
y entre las frescas hojas escondidas  
cantaban sus amores.

¿Son ¡ay! los mismos árboles que há poco  
del sol burlaban el ardor severo,

y entre apacibles auras se mecían  
hermosos y lozanos?

Pasó su juventud fugaz y breve,  
pasó su juventud, y envejecidos  
no pueden sostener las ricas galas  
que les dió primavera.

Y pronto en su lugar el crudo invierno  
les dará nieve rígida en ornato,  
y el jugo, que es la sangre de sus venas,  
hielo será de muerte.

A nosotros los míseros mortales,  
á nosotros también nos arrebató  
la juventud gallarda y venturosa  
del tiempo la carrera.

Y nos despoja con su mano dura,  
al llegar nuestro otoño, de los dones  
de nuestra primavera, y nos desnuda  
de sus hermosas galas.

Y huyen de nuestra mente apresurados  
los alegres y dulces pensamientos,  
que en nuestros corazones anidaban  
y nuestras dichas eran.

Y luego la vejez de nieve cubre  
nuestras frentes marchitas, y de hielo  
nuestros áridos miembros, y en las venas  
se nos cuaja la sangre.

Mas ¡ay qué diferencia cielo santo,  
entre esas plantas que caducas creo,  
y el hombre desdichado y miserable!  
¡Oh Dios, que diferencia!!!

Los huracanes pasarán de otoño,  
y pasarán las nieves del invierno,  
y al tornar apacible primavera  
risueña y productora,

Los que miro desnudos esqueletos  
botarán de sí mismos nueva vida,  
renacerán en juventud lozana,  
vestirán nueva pompa.

Y tornarán las bulliciosas aves  
á revolar en torno, y á esconderse  
entre sus frescas hojas, derramando  
deliciosos gorjeos.

Pero á nosotros míseros humanos  
¿quién nuestra juventud, quién nos devuelve  
sus ilusiones y sus ricas galas?...  
Por siempre las perdimos.

¿Quién nos libra del peso de la nieve  
que nuestros miembros débiles abrume?  
¿De la horrenda vejez quien nos liberta?...  
La mano de la muerte.

## SONETO

Lido en el Liceo de Sevilla la noche del 21 de  
julio de 1838, días de S. M. la Reina Gober-  
nadora.

Salve, astro tutelar de las Españas,  
de belleza y bondad sol refulgente,  
á quien tributa la española gente  
un tesoro de amor, otro de hazañas.

Mientras de escelsa luz el orbe bañas,  
grande, augusta, magnánima, prudente,  
y al ángel que nos dió el Omnipotente  
en el trono defiendes y acompañas;

Entre el aplauso universal que suena  
desde Gádes al alto Pirineo,  
aterrando al traidor, que Dios confunda,

El voto ardiente de lealtad, que hoy llena  
este salón del andaluz Liceo,  
recibe, oh Madre de ISABEL SEGUNDA.

## Á UN ARROYO.

Pobre arroyo, de una fuente  
ignorada en lo secreto  
de las selvas hijo, y nieto  
de un vil peñasco: detente.  
¿Dó te lleva tu corriente?...  
No des, no, ni un paso mas.  
Mira que engañado estás,  
y pensando eterno ser,  
á morir, á perecer  
en un breve vuelo vas.

¿No te contenta este prado  
en donde eres claro espejo,  
que copia fiel el reflejo  
del celaje nacarado?...  
¿Mas allá no te has tornado  
en culebra de cristal  
que con paso desigual  
se mueve de flor en flor?...  
Párate, y burla el rigor  
de tu destino fatal.

Ya eres cítara sonora,  
y con tus acentos suaves  
acompañas á las aves,  
y das música á la aurora;  
mas tu voz encantadora  
á que te quebras la debes  
en conchas y piedras leves:  
... ¡ay! no des un paso mas...  
Si adviertes que roto vas,  
¿cómo á caminar te atreves?

Alucinado con ver  
falaces transformaciones,  
tras de nuevas ilusiones  
te das, menguado, á correr.  
el ánsia de engrandecer,  
te hace flores desdeñar,  
riscos y conchas dejar,

y hacia peñascos desnudos  
é insensibles troncos rudos,  
á ser su escarnio, marchar.

Ufano porque otra fuente  
te rinde humilde tributo,  
no adviertes que va de luto  
enturbiada tu corriente.

. . . Ya eres soberbio torrente...  
ya tu voz trueno retumba...  
ya tu raudal se derrumba...  
. . . Mas dónde?... En el ancho río,  
que te arrastra raudó y frío  
al mar profundo, á la tumba.

Cuando absorto te examino,  
cuando en vano mis miradas  
contar quieren tus pisadas,  
medir quieren tu camino,  
ver, ¡ay! la vida imagino  
del desdichado mortal;  
pues es la tuya igual,  
y me confunde y me asombra,  
la del ente, que se nombra  
por burla *ente racional*.

Nace como tú inocente,  
como tú tras sombra vana  
corre, como tú se afana  
en crecer rápidamente,  
como tú desde su oriente  
llega en un punto á su ocaso,  
como tú pretende acaso  
que es su vida eternidad,  
y como tú ¡oh ceguedad!  
no vé que todo es un paso.

Y aunque durára cien años  
la infeliz humana vida,  
fuera un punto su corrida,  
todo su período engaños,  
todo su fin desengaños:  
pues bien claro se percibe  
que solo se circunscribe  
á un tan rápido momento,  
que se escapa al pensamiento,  
lo que de veras se vive.

Lo pasado nada es ya.  
El porvenir no llegó.

Lo presente es.... ¿qué sé yo?....  
De entre las manos se va.  
. . . ¿con que la vida será  
solo lo presente?... ¿Y es  
lo presente nada?... Pues  
la vida del hombre es nada,  
si se mira despojada  
del *antes* y del *después*.

Si es la vida en conclusion  
un solo punto fugaz,  
un breve sueño falaz,  
una nada, una ilusion,  
¿cómo puede ¡oh confusion!  
tanto afán y tanto anhelo,  
tanto susto y desconuelo  
tanto angustioso llorar,

tanta desdicha encerrar  
en tan corto espacio el cielo?...  
—

#### EL CANTO DEL RUISEÑOR.

¡Qué noche deliciosa!  
plácida oscuridad envuelve al mundo,  
y en letargo profundo  
este ameno jardín yace y reposa.

No alienta el manso viento,  
no se mecen las hojas ni las flores,  
y fijas sus fulgores  
las estrellas nos dan del firmamento.

Ni un celaje de gasa  
cruza el espacio vagoroso y leve,  
ni el arroyo se atreve  
á murmurar, y silencioso pasa.

No sé que indefinible  
estas tinieblas y silencio y calma  
difunden en el alma....  
un secreto pavor incomprensible.

Solamente vigila  
un pecho enardecido y amoroso,  
en el comun reposo  
de noche tan serena y tan tranquila.

¿No escuchas? El lamento  
suena del ruiseñor... Oye cual llora,  
su queja encantadora  
en el olmo escondido esparce al viento.

¡Oh cuán dulce martirio  
espresa su dulcísimo gorjeo!  
¡Qué afanoso deseo!....  
¡Qué fuego, qué pasión y qué delirio!

Pero no son pérdidas  
esas frases de amor, que deliciosas  
las auras vaporosas  
repiten á las flores adormidas,

No, que son escuchadas  
por el objeto amado, y en su pecho  
el tierno efecto han hecho,  
y van con dulce amor á ser pagadas.

Oye—Ese rumor leve....  
de las hojas y ramas el ruido....  
No es el viento, dormido  
yace, y ni las agita ni las mueve.

Es el ala ligera,  
con la que de hoja en hoja y rama en rama  
al amor que la llama,  
vuela del ruiseñor la compañera.

Oyólo, y conmovida  
vuela á hacer la ventura de su amante,  
y vuela palpitante  
por sus ardientes frases encendida.

¿Y á tu pecho de nieve  
ni mis frases de amor hijas del alma,

ni mi perdida calma,  
ni mi afanoso lamentar conmueve?

. . . No, qué mayor ternura,  
mas dulce gratitud, mas fuego cabe  
en el pecho de un ave,  
que en el de una mujer ingrata y dura.

#### Versos escritos en un album.

Si una cosa muy bonita,  
bella niña, te se antoja  
hallar siempre en esta hoja,  
por mi indocta mano escrita;

El que busques te aconsejo  
quien por arte de Luzbel  
te convierta este papel,  
al mirarle tú, en espejo.

#### Enviando un ramo de flores á una dama.

Den á tus ojos contento  
con sus risueños colores  
esas olorosas flores,  
y den bálsamo á tu aliento.  
Ornato de tu aposento  
brillen con solicitud:  
y ¡ojalá! que tal virtud  
el cielo les concediera,  
que su presencia te diera,  
bella Olimpia, la salud.

#### LA CANCELADA.

Peculiar es de Sevilla,  
de la encantada ciudad,  
que del Bétis en la orilla  
es el emporio y la silla  
de la gracia y la beldad;

La primorosa *cancela*,  
que el patio y portal divide,  
y es transparente cautela,  
que contra importunos vela  
y que la vista no impide.

¿De quién será la invencion?  
. . . de alguna vieja curiosa...  
. . . de alguna madre zelosa...  
Lo que yo sé es que un ladrón  
no pudo inventar tal cosa.

¿Si será red que tendió  
el amor sagaz y astuto?  
Al ver que es de hierro, no  
cabe casi duda. Yo  
por red de amor la reputo.

Y red tan particular,  
de malicia tan artera,  
que se suelen enredar  
en ella, de almas un par,  
una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje

de hierro, cuya s labores  
transparente cortinaje,  
ó leve y sutil celaje  
son para unos amadores;

Mientras para otro son muro  
de fuerte cárcel impía:  
tú para mi fantasía  
producto eres de un conjuro,  
un cuadro de hechicería.

En la noche sobre todo,  
que es de portentosa esfera,  
véate de cualquier modo,  
para observarte acomodo  
tome ya dentro ó ya fuera.

Desde la calle se ven  
por tu espacio transparente  
á una luz resplandeciente,  
cual no la logró el Eden,  
ni la da el sol en oriente,

Columnas de mármol rico.  
Y entre arbustos y entre flores  
de vivísimos colores  
una fuente, cuyo pico  
de plata murmura amores.

Y allá en sombras misteriosas  
en el último confin,  
un fresco oscuro jardín,  
donde estrellas olorosas  
son las flores de un jazmín.

Y entre fragancia y frescura  
suele darnos la cancela  
una voz sonora y pura,  
que sus acentos mesura  
con el clave, ó la vihuela:

Y el apacible murmullo  
de tertulia bulliciosa,  
y la vista de una hermosa  
de las que son el orgullo  
de esta tierra deliciosa,

Como Sífida del aire  
por el patio cruza leve,  
con talle esbelto, pié breve,  
y con andaluz donaire  
que en fuego torna la nieve.

¿Y si una aparición tal  
se acerca con interés  
á la cancela y portal,  
de que mísero mortal  
no arrastra el alma y los pies?

Pues desde el patio mirada  
la cancela transparente  
es cosa muy diferente,  
mas no menos encantada  
para el que observarla intente.

Se presenta un cuadro á oscuras  
por dó cruzan silenciosas,

vagas, confusas, borrosas,  
mil fantásticas figuras  
de apariencias caprichosas.

Y en donde se vé la noche,  
y se escuchan sus murmullos,  
de las auras los arrullos,  
lejano rumor de un coche  
y ladridos y mañillos.

Pasa como fátuo fuego  
de algun sereno la luz,  
un grupo sin formas luego,  
y con pausado sosiego  
un embozado andaluz.

Y la chispa de un cigarro,  
un bulto blanco y ligero,  
el santo óleo, el anímico,  
y los cántaros y el carro  
del aguador callejero.

Y gente se oye que pasa  
fatigada de paseo,  
y la charla nada escasa,  
en muy sabroso ceceo,  
de familia que va á casa.

De una puerta el aldabon,  
una guitarra... un silbido...  
en fin de la confusion  
de una inmensa poblacion  
el soñoliento rüido.

Acaso un bulto se vé  
allá en la pared de enfrente,  
que aguarda inmóvil á que esté  
sola la casa, porque  
le es importuna la gente.

Y en cuanto solo se mira  
tímido hácia la cancela  
ya se acerca y se retira,  
ya finge tós, ya suspira,  
y esperar le desconciela;

Hasta que dentro la hermosa  
Sífida ó aparición,  
que tambien una ocasion  
está esperando anhelosa,  
con inquieto corazón;

De la tertulia pesada  
cuando irse al último vé,  
y solo el patio, porque  
al gazpacho ú ensalada  
toda la familia fué,

La encuentra, la seña dá,  
y linda se deja ver  
mas bien ángel que mujer,  
para el que esperando está  
cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera  
y de dentro la deidad  
van á unirse de carrera,  
y la red de hierro artera  
se atraviesa sin piedad.

Y ambos que blando algodón  
se torne la dura reja,  
á quien dan su maldición,  
piden al amor, que deja  
las cosas como ellas son.

### A las estrellas (\*)

O refulgentes astros, cuya lumbré  
el manto oscuro de la noche esmalta,  
y que en los altos cercos silenciosos  
girais mudos y eternos:

Y, ó tú lánguida luna, que argentada  
las lineblas presides, y los mares  
mueves á tu placer, y ahora apacible  
señoreas el cielo:

¡Ay cuántas veces, ay! para mí gratas  
vuestro esplendor sagrado ha embellecido  
dulces felices horas de mi vida  
que á no tornar volaron!

¡Cuántas veces los pálidos reflejos  
de vuestros claros rostros derramades,  
húmedos resbalar por las colinas  
vi apacibles del Bétis;

Y en su puro cristal vuestra belleza  
reverberar con cándidos fulgores  
admiré al lado de mi prenda amada,  
mas que vosotros bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas  
solo y mísero, prófugo y errante,  
de todo bien me contemplais desnudo,  
y á compasion os muevo.

¡Ay! ahora mismo vuestras luces claras  
que el mar repite y reverente adoro,  
se derraman tambien sobre el retiro,  
donde mi bien me llora,

Tal vez en este instante sus divinos  
ojos clava en vosotros, ó lucentes  
astros, y os pide con lloroso ruego,  
que no altereis los mares.

Y el trémulo esplendor de nuestras lumbres  
en las preciosas lágrimas riela,  
que esmaltan ¡ay! sus pálidas mejillas,  
y mas bella la tornan.

En el mar, 1824.

### Cristóbal Colon.

Un mar desconocido ronco brama  
movibles montes indomable alzando,  
en un desconocido cielo inflama  
negras tormentas huracan silbando,

(\*) Esta composicion y las otras cinco  
llevan la misma señal, no pertenecen verdade-  
ramente á esta coleccion; pues estan escritas  
en otro tiempo, y ya publicadas. Pero por  
complacer á algunos amigos que deseaban verlas  
reimpresas, se incluyen en esta publicacion.

y alto renombre y vividora fama  
en ignotas regiones anhelando,  
cruza aquel caos, quebrantada y sola,  
nave pequeña, sí, pero española.

Con faz serena, con robusta mano,  
y la vista clavada en occidente,  
rige el timon un genio sobre humano,  
predilecto de Dios omnipotente;  
Domador de las furias de Océano,  
digno caudillo de española gente,  
que de fé y de esperanza llena el alma  
sabe que para él solo hay una palma.

La busca y la hallará: que el mar y el viento  
flacos estorbos son. Raya una aurora  
despejando un no visto firmamento,  
y el sol un monte azul descubre y dora.  
Es América... *Sí, logré mi intento,*  
grita el piloto audaz, y en voz sonora  
esclaman cielo y tierra y mar profundo,  
viva Colón descubridor de un mundo.

## LAMENTACION.

### FRAGMENTOS.

#### I.

Sí, yo la ví... Mi patria revestida  
de hierro alzóse, y admiró á la tierra,  
y diosa de la guerra  
metió en el cielo la cimera erguida.  
Alzóse y levantando la bandera,  
del santo patriotismo,  
despertó el heroísmo  
de una raza jamás, jamás cobarde;  
y roca fué valiente  
dó se estrelló el torrente  
de invencibles guerreros,  
que de triunfos sin cuento haciendo alarde,  
inundaron los límites iberos.

¡Con qué noble constancia y bizzarria  
en lucha de esterminio  
triunfó gallarda; confundió al coloso,  
cuyo feroz dominio  
rápido por el orbe se estendia;  
y dió á la Europa atónita reposo!

Eternos soles de radiante gloria  
coronaron la reina de dos mundos.  
....Mas, ay! aquella espléndida victoria  
solo le dió laureles infecundos.

#### II.

Sus hijos tan valientes,  
tan duros con estraños invasores,  
cuanto dóciles blandos y obedientes  
con domésticos viles opresores;  
si indómitos y fuertes libertaron

la dulce patria de extranjero yugo,  
necios á seres nullos la entregaron,  
cual se entrega una víctima á un verdugo.  
En manos degradadas é impotentes  
tantas glorias recientes  
tantas glorias antiguas se eclipsaron:  
y hundidos los trofeos,  
y perdidos tan inclitos afanes,  
lo que no, consiguieron los titánes,  
consiguieronlo, oh mengua, los pigmeos.

En fango sepultóse el nombre augusto  
de la egregia nacion, hecho girones  
su régio manto, y su poder robusto  
se perdió en dolorosas convulsiones.

Y en ellas ¡ay! en mísera agonía  
revuélcase infeliz, despedazada  
la gloria de la antigua monarquía,  
dó quier del mar y el sol reverenciada.

#### III.

¡Ay!... vedla, vedla escuálida, doliente,  
rotos sus miembros todos y esparcidos,  
ludibrio de franceses y britanos.  
Vedla como cadáver impotente,  
solo por hijos producir gusanos,  
que se ceban insanos  
con rabia furibunda  
en sus entrañas, disputando fieros  
de la madre anhelante y moribunda  
los míseros despojos postrimeros.  
¡Qué horror! ¡qué horror!.. España, dura suerte!  
¿va á lanzarse en los brazos de la muerte?

Puede, que amaga muerte á las naciones,  
que en discordias civiles  
son juguete de viles  
y villanas pasiones:  
cuando las impotentes ambiciones  
y la torpe codicia  
de honra, ciencia, y virtud el puesto ocupan,  
y hollando la lealtad y la justicia,  
la última sangre de los pueblos chupan.  
Sí, que tambien perecen las naciones  
y se hunden del olvido en las regiones.  
....De ciento, soles de grandeza un dia,  
es hoy el Asia tumba.  
Y en Africa por yermos arenales,  
dó florecieron razas colosales,  
el viento abrasador se espacia y zumba.

#### IV.

¿La patria de Pelayos é Isidóros  
desaparecerá?... ¿La denonada  
que desde Covadonga hasta Granada  
holló gloriosa los pendones moros;  
la que llevó de ocaso á las riberas  
en bajeles triunfantes  
la santa cruz de Cristo en sus banderas,

y el habla deliciosa de Cervantes;  
la de valor y de nobleza ejemplo,  
que de fé pura y de lealtad fué templo,  
se hundirá en el no ser?... ¡Oh! no. Piadoso  
mejorará su suerte  
compadecido el Todopoderoso:  
la sacará del lecho de la muerte,  
dará un salvador, y alzaré el vuelo.  
Aun abriga en su suelo  
gérmenes de virtud y fortaleza,  
que si infecundos yacen y esparcidos,  
cuanto aparezca el brazo de gigante  
que el trono hundido y el altar levante,  
tronche de la discordia la cabeza,  
los partidos confunda,  
y de la libertad santa y fecunda  
asegure el reinado venturoso,  
con gloria y con reposo,  
se reunirán, opimo fruto dando,  
y el español imperio restaurando.

Y si absorto vió el mundo  
de un letargo profundo  
á España despertar, y valorosa  
su independenciam asegurar gloriosa,  
la veré de la sima  
dó yace levantarse, y poner grima  
á alevés estranjeros,  
que sus discordias acaloran fieros,  
á sus viles domésticos tiranos,  
y á rebeldes villanos;  
y el trono de sus reyes  
y de su pueblo la grandeza augusta  
afianzar para siempre en la robusta  
basa de la razon y de las leyes.

#### V.

¿Mas dónde, cielos, donde  
el héroe á tal empresa destinado  
hoy al anhelo universal se esconde?...  
...Si por inspiracion me fuera dado  
conocer, admirar en profecía  
al que ha de restaurar la patria mia...  
...Yo la espalda violento  
del huracan indómito oprimiera,  
con su empuje subiera  
á escalar el sublime firmamento,  
alli audaz robaría  
una pluma del ala de un querube,  
y con líquida luz escribiría  
el nombre egregio en la remota nube.

Sevilla 1840.

### Versos escritos en un album.

Pues tanto, niña, te empeñas  
voy á contarte una historia,  
que me ocurre á la memoria,  
y muy linda por mas señas.

Callada me has de escuchar,  
y con el ánimo atento,  
pero en tanto que la cuento,  
por Dios, no me has de mirar.



Así, así mira al balcon',  
ó en esos claveles rojos,  
del florero pon los ojos.  
Que voy á empezar, chiton.

Era en punto media noche  
y en una alta galería,  
que dominaba del Tajo  
las soñolientas orillas,

A la luz de esa casa luna  
entre nácares dormida,  
un bulto blanco y movable  
de lejos se descubría.

En un jardín inmediato,  
donde entre sombras las brisas,  
si bien halagaban flores,  
suave aroma difundían,

Una voz blanda y sonora,  
de ruiseñores envidia,  
de un laud acompañada  
daba á las tinieblas vida.

Y del Tajo en la corriente,  
remontando el agua arriba,  
se divisaba una barca,  
que dos remos impelían:

Y en ella de pié un guerrero,  
cuya armadura bruñida,  
siendo espejo de la luna,  
entre vagas nieblas brilla,

Era el bulto blanquecino  
del corredor doña Elvira,  
el que cantaba era un paje,  
y el que en la barca venía.....  
¡Ay! niña, que me has mirado,  
y al mirarme tú al momento  
se me ha olvidado mi cuento.....  
No has de ignorancia pecado.

Bien te lo dije.—Acabé,  
que al mirarme ojos tan bellos  
tan solo pensar en ellos  
y abrasarme en ellos sé.

### A LA ADELFA.

¿Qué flor de cuantas pinta,  
la primavera hermosa,  
y en sus jardines placentera ofrece,  
competir puede con la amable tinta,  
que en tu sencillo cerco resplandece,  
Adelfa congojosa,  
pompa y adorno del ardiente estío?

Ostente en vano la risueña rosa  
el juvenil matiz, cuando el rocío  
plácido borda su lozana frente;  
el fragante clavel ostente en vano,  
orgullosa y ufano,  
la viva llama que su tez colora;  
tu dulce y melancólica ternura

mas vale que la espléndida hermosura,  
que á la rosa y clavel concede Flora.

Pues si al brillar en plácida alegría  
inspiran sus colores  
encanto delicioso;  
tú, ó reina de las flores  
que adornan el verano,  
honda melancolía,  
gérmen del sentimiento y la poesía,  
das al que te contempla cuidadoso.  
Rosa y clavel con presuroso vuelo  
nacen apenas cuando ven su muerte,  
y larga vida á tí te dió la suerte  
por emblema tal vez del desconsuelo.

A tí te es dado hácia el sublime cielo  
alzar la noble frente coronada,  
del álamo pomposo  
émula, que en la orilla fortunada  
del gran Guadalquivir crece; tus hojas  
imitan las del lauro generoso,  
y á los rayos del sol no te acongojas,  
como le aviene al vulgo de las flores;  
antes cuando su llama  
por los tostados campos se derrama,  
naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras suave aliento,  
ni bañas con aroma delicioso  
su espacio vagaroso,  
eres gloria perpétua y ornamento  
del suelo afortunado que engalanás;  
y ni á las nieves canas  
del invierno rugoso y aterido,  
ni del cierzo al bramido  
el verdor de tus ramas se marchita,  
ni tu tronco despojas  
de lisos tallos y de verdes hojas.

¡O bella flor, amable, delicada  
que suspendes mi mente y la enagenas  
cuando vagando incierto,  
con alma atormentada  
de infatigables penas,  
te encuentro solitaria en el desierto!  
¡O linda flor, que encantas  
mi ardiente fantasía,  
cuando me llevan débiles mis plantas,  
ya al despuntar, ya al trasponer del día,  
en busca de consuelo á los jardines!  
. . . . ay! . . . al mirar ansioso  
las breves alas de tu cerco hermoso,  
qué amor, no amor risueño y fortunado,  
sino amor desdichado,  
tiñe en lánguida púrpura apacible,  
¡cual palpita mi seno  
de amargura, de afán, de penas lleno!

Córdoba 1820.

### UN PADRE.

Era oscura la noche, ronco trueno  
bramaba sordo entre apiñadas nubes,  
de cuando en cuando lampo refulgente  
horrendo relucía.

Entre impalpables sombras son confuso  
daba la cabellera de los bosques,  
con violencia espantosa sacudida  
por desatados vientos.

El mar entumecido, en los peñascos,  
rompiendo su furor, á las tinieblas  
nuevo horror daba, con su espuma dando  
pálidas llamaradas,

Y del monte cruzando la aspereza,  
en los troncos y riscos tropezando,  
sin temor de barrancos ni torrentes,  
baja á la playa un hombre.

Ni el horror de la noche, ni lo recio  
del temporal, que al orbe estremecía,  
le recordaban su abrigado albergue,  
ni acortaban sus pasos.

Infeliz! . . . huye de su patria, y huye  
de cuanto amó. Y anhela solamente  
ó la muerte en la mar, ó en los desiertos  
perder la odiosa vida.

Si, tiene el corazón envenenado,  
y roto en partes mil, y en él deshecho  
una borrasca estalla, mas furiosa  
que la que está afrontando.

Víctima de traiciones y de engaños,  
tornadas en tormentos sus delicias,  
deshechas sus mas dulces ilusiones.  
¿Qué es la vida á sus ojos?...

Maldice el mundo mísero, y maldice  
cuantos nudos al mundo le ligaron,  
y en la playa del mar embravecido  
busca anheloso un barco.

Uno mira á la llama pavorosa  
de un súbito relámpago, y brioso  
lo empuja resbalando por la arena  
hasta ponerlo á flote.

No le asusta el bramido de las olas,  
que en los costados rómpense, y lo cubren  
de espuma, y mar adentro se lo lleva  
la violenta resaca.

Salta en él, arma los delgados remos  
y boga con vigor, y de la tierra,  
que otra vez y otra vez feroz maldice,  
se aleja satisfecho.

Montes movibles humillando, hendiendo,  
ciegas tinieblas, entre espesa lluvia  
volcando, y levantándose en un punto,  
entra adentro en los mares.

Un rayo de la luna, penetrando  
entre las negras voladoras nubes,  
atraviesa la atmósfera un instante  
y la tierra ilumina.

Él despechado, sin querer, los ojos  
á ella revuelve, y como un punto blanco  
una pequeña casa allá en el monte  
vé, y lanza un alarido.

Tornó la oscuridad. Mas ¡ay! no aparta  
de allí el mezquino el pensamiento y mira  
allí de humilde lámpara la lumbre,  
y se le rompe el alma.

Olvida sus agravios y rencores,  
el piélagos voraz le pone espanto,  
y torna entre peligros horrosos  
en busca de la tierra.

Y sírvele de faro aquella escasa  
luz, y bogando con robustos brazos  
gime, y trabaja y lucha y forcejea  
contra las bravas olas.

Era padre, era padre: y en su albergue  
que es aquel que la luna esclareciera,  
y donde brilla la dudosa lumbre,  
que potente le arrastra,

Dejó dormido en la inocente cuna  
un niño tierno, y su recuerdo solo,  
que en su pecho renace y lo domina,  
á la tierra lo llama.

Y con vigor y brazos de gigante  
rema y empuja la ligera barca,  
en un beso no mas del tierno niño  
cifrando su ventura;

Y anhelando encontrar en su sonrisa  
el bálsamo que cure los destrozos  
de su deshecho corazón, y olvido  
de agravios y rencores.

Ya vé la playa cerca, ya, ya toca  
de salvacion y de ventura nueva,  
y de perdon y calma, y dulce vida  
el anhelado puerto.

Mas ¡ay! el viento inexorable empuja  
el frágil barco, y espumoso monte  
que se estrella rugiente en los peñascos  
lo rompe y lo confunde.

Y á la luz de un relámpago, en la espuma  
que retrocede rápida á su centro,  
con ella reluchando y luego hundirse  
se vé un misero náufrago.

Y entre el bramido de la mar y el viento  
y el de la lluvia y tempestad horrenda  
se oyó un agudo acento, por dos veces,  
gritar... ¡hijo!... ¡hijo mio!

#### LA PRIMERA VEZ QUE VI A M. B.

Si, la misma es que mis ojos  
en ilusion vieron vana,  
ya en los perfiles de grana,  
que ornan los celajes rojos  
de la encendida mañana;

Ya entre las orlas de espuma  
del adormecido mar,  
sobre la arena triscar,  
leve como leve pluma  
y mi pecho encadenar.

Si, la apacible sonrisa  
de su boca deliciosa  
la ví en la modesta rosa,  
cuando la ligera brisa  
la acaricia cariñosa.

Y escuché su acento suave  
en el sonoro arroyuelo,  
que de aljofar borda el suelo,  
y en los gorjeos del ave,  
al primer albor del cielo.

Y en sueño fugaz y leve  
la vió mi imaginacion,  
robándome el corazón,  
cruzar vaporosa y leve  
celestial aparicion.

Es la misma. — ¡Ah! la encontré  
de la vida en el camino. —  
...¿Por qué arcano del destino,  
mi afán entre sombras fué  
encanto tan peregrino?...

¿Y por qué sin conocerla  
su imágen me suspendía,  
y gravada la tenía,  
mucho tiempo antes de verla,  
con fuego en el alma mía?...

¿Quién lo sabe?— Nuestra mente  
no es nuestra. Vuela, medita,  
se encumbra, se precipita  
á impulso oculto obediente  
que la contiene ó la incita.

Y lo mismo el corazón:  
es de bronce ó es de cera,  
según la oculta impulsión,  
que lo calma, ó que lo altera.—  
Oscuros misterios son.

#### A LA REINA NUESTRA SEÑORA.

Versos escritos en el album, que regaló á S. M.  
el Liceo de Madrid la noche del 15 de diciem-  
bre de 1843.

Angel puro inocente,  
que al régio trono de mi patria subes,  
como el sol refulgente  
sube al zenit, las borrascosas nubes  
venciendo y disipando,  
y bienhechora luz al orbe dando:

Tú el amparo y consuelo  
de la angustiada y abatida España  
serás: pues tú del cielo  
tan solo puedes aplacar la saña,  
y la tremenda ira  
con que el Dios de venganzas ¡ay! nos mira.

De un pueblo que te adora  
en el amor y en las sagradas leyes  
apoyada, señora,  
(pues son el firme apoyo de los Reyes)  
bajo tus pies quebranta  
de la discordia la feroz garganta.

Con mano vigorosa  
rije las riendas del imperio hispano,  
levántalo animosa  
del cieno inmundo en que relucha en vano,  
dale paz y reposo,  
esto te pide un pueblo generoso.

Riquezas brota el suelo,  
y riquezas nos dan lejanos mares,  
y riquezas el cielo;  
mas no reposo y paz en nuestros lares,  
y exánime y postrada  
yace esta tu nacion desventurada.

De Otumba y de Pavía  
de Lepanto y Bailen el pueblo es este;  
arde en él todavía  
de ingenio y de valor el don celeste,  
y en combates civiles  
se pierden sus esfuerzos varoniles.

Tú sola, refrenando  
de impunes rebeliones la osadía,  
que las leyes hollando,  
tornan la libertad en anarquía  
lograr puede la hazaña  
de dar reposo á la infeliz España.

Y si intentaren fieros  
de la discordia acalorar la tea  
aleves extranjeros,  
el universo atónito te vea  
cercada de leones,  
cuyo rugido aterre á las naciones.

Tuya es la empresa santa  
de hacer del pueblo generoso ibero,  
después de angustia tanta,  
de los pueblos ilustres el primero,  
tuya será la gloria,  
y nombre eterno te dará la historia.

Si, tanta horrenda plaga  
como lanzó en España el hondo infierno,  
que un ángel la deshaga  
y la remedie ya, quiere el Eterno,  
y á ti el hacerlo fia,  
y ángel reparador á ti te envía.

Lógralo venturosa.  
Si fundó esta nacion otra Isabela,  
sálvala tú gloriosa  
de la discordia insana que la asuela,  
y la fama confunda  
la primera Isabel con la segunda.

#### El faro de Malta.

Envuelve al mundo estenso triste noche,  
ronco huracan y borrascosas nubes  
confunden y tinieblas impalpables  
el cielo, el mar, la tierra:

Y tú invisible te alzas, en tu frente  
ostentando de fuego una corona,  
cual rey del caos, que refleja y arde  
con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes  
y revienta á tus pies, dó rebramante  
creciendo en blanca espuma, esconde y borra  
el abrigo del puerto:

Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,  
sin voz hablando al tímido piloto,  
que como á númen bienhechor te adora,  
y en tí los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,  
que zéfiro amoroso desenrolla,  
recamado de estrellas y luceros  
por él rueda la luna;

Y entonces tú, de niebla vaporosa  
vestido, dejas ver en formas vagas  
tu cuerpo colosal, y tu diadema  
arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde  
rocas alevés, áridos escollos  
falso señuelo son, lejanas lumbres  
engañan á las naves;

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,  
tú, cuya inmóvil posición indica  
el trono de un monarca, eres su norte,  
les adviertes su engaño.

Así de la razón arde la antorcha  
en medio del furor de las pasiones  
ó de alevés halagos de fortuna  
á los ojos del alma.

Desde refugio de la airada suerte  
en esta escasa tierra que presides,  
y grato albergue el cielo bondadoso  
me concedió propicio.

Ni una voz solo á mis pesares busco  
dulce olvido del sueño entre los brazos,  
sin saludarte, y sin tornar los ojos  
á tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares  
al par los tornaran!... tras larga ausencia  
unos, que vuelven á su patria amada,  
á sus hijos y esposa.

Otros prófugos, pobres, perseguidos,  
que asilo buscan, cual busque, lejano,  
y á quienes que lo hallaron, tu luz dice,  
hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,  
que de mi patria aunque de tarde en tarde  
me traen nuevas amargas, y renglones  
con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste  
mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho  
destrozado y hundido en amargura,  
palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas  
huyendo inhospitales, contrastado

del viento y mar entre ásperos bajíos,  
ví tu lumbre divina:

Vieronla como yo los marineros,  
y olvidando los votos y plegarias  
que en las sordas tinieblas se perdían,  
*Malta, Malta* gritaron;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola,  
que orna la frente de la santa imágen,  
en quien busca afanoso peregrino  
la salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás... tan solo  
trocará tu esplendor, sin olvidarlo  
rey de la noche, y de tu escelsa cumbre  
la benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos,  
que lanza, reflejando al sol naciente,  
el arcángel dorado, que corona  
de Córdoba la torre.

*Malta, 1828.*

### La maldicencia.

Ya perfume del ambiente,  
ó ya del jardín estrella,  
lozana rosa descuella  
cuando el sol dora el oriente.  
Mas ¡ay! ponzoñoso diente  
de insecto alevoso y vil  
muerde su tallo gentil,  
su luz virginal marchita,  
y del trono precipita  
á la reina del pensil.

En su seno de cristal,  
puro y sin mancha ninguna  
ostenta limpia laguna  
otro sol, al sol igual;  
cuando asqueroso animal,  
que anfibio entre juncos yace,  
en destrozarse se complace  
de los cielos el trasunto,  
lánzase al agua y al punto  
todo el encanto deshace.

La luna resplandeciente,  
rico celestial topacio,  
vence en el inmenso espacio  
á la estrella mas luciente;  
y cuando al orbe un torrente  
dá de hermosa claridad,  
mueve el viento sin piedad  
un oscuro nubarrón,  
que mancha tal perfección,  
que ofusca tal majestad.

Lozana y fragante rosa,  
tranquila y clara laguna,  
bella y esplendente luna,  
es la opinión de la hermosa.  
Y la lengua mentirosa,  
que deslustra esta opinión

hiriéndola sin razón,  
es el insecto alevoso,  
es el anfibio asqueroso,  
es el negro nubarrón.

### El sol poniente.

A los remotos mares de occidente  
llevas con majestad el paso lento,  
ó sol resplandeciente,  
alma del orbe, y de su vida aliento.

Otro hemisferio con tu luz el día  
espera ansioso, y reverente adora  
ya un rayo de alegría  
con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana,  
que ante tus plantas el ocaso estiende,  
tu mole soberana  
lentamente agrandándose descende.

La tierra que abandonas te saluda,  
el mar tus rayos últimos refleja,  
y la atmósfera muda  
vé que contigo su esplendor se aleja.

Del lozano Posílipo (\*) la cumbre  
ya oculta tu magnífica corona.  
Pero tu sacra lumbre  
aun deja en pos una encendida zona.

Y aun dora del Vesubio (\*\*) la ágría frente  
y aun brilla en el espléndido plumaje  
de humo y ceniza ardiente,  
que sube hasta perderse en el celaje,

Y aun esmalta con vivos resplandores.  
Y perfila con oro y con topacio  
los nítidos colores  
de las nubes que cruzan el espacio.

Pero á medida que de aquí te alejas  
tu régia pompa tras de tí camina,  
y tan solo nos dejas  
tibia luz pasajera y blanquecina.

Y queda sin color la tierra helada,  
sin vislumbres la mar y sin reflejos,  
y con niebla borrada  
Caprí (\*\*\*) se pierde entre confusos lejos:

Mas también el crepúsculo volando  
vá en pos de tí, y al mar y tierra y cielo  
la noche amortajando  
con su impalpable y pavoroso velo.

¿Y no te siguen del mortal los ojos  
anhelantes, confusos, arrasados;

(\*) Gallarda y estendida loma al O. de Nápoles, cubierta de casas de campo y de arboleda.

(\*\*) El volcán que se eleva en medio de una fertilísima llanura al E. de Nápoles.

(\*\*\*) Isla peñucosa y elevada que está en medio de la entrada del golfo de Nápoles.

y al ver tus rayos rojos  
desaparecer, no quedan consternados?

No tiembla el hombre, y puede en su demencia  
al sueño y al placer y á los amores  
darse, sin que la ausencia  
le atere de tus puros resplandores?..

...¿Quién la seguridad le dá patente  
(ni aun el orgullo de su ciencia vana)  
de que al plácido oriente  
á darle vida y luz vendrás mañana?

¡Ay!.. si el Criador del universo, airado  
de ver tan solo en la rebelde tierra  
el triunfo del malvado,  
y la inícuca ambición, y la impía guerra,

La inmensa hoguera en que ardes apagará  
de un soplo, ó de la ardiente  
melena te llevará  
á otro espacio su mano omnipotente!!!...

Mas no, fúlgido sol, vendrás mañana,  
que no trastorna, nó, su ley eterna  
la mente soberana,  
que formó el universo y lo gobierna.

Mil veces y otras mil vendrás, en tanto  
el plazo designado se consuma,  
que el Dios tres veces Santo  
dió á la creacion en su sapiencia suma.

Sí, volverás y durarás: que tienes  
criatura predilecta el don de vida.  
Y hermoso te mantienes,  
burlando de los siglos la corrida.

No así nosotros míseros humanos,  
polvo que arrastra el hálito del viento,  
efímeros gusanos,  
cuya vida es un rápido momento.

Nuestro afan debe ser solo al mirarte  
trasmontar y dejarnos noche umbría,  
si aun vivos admiraste  
nos será concedido al otro día.

¡Ah!.. ¿quién sabe?.. tal vez, sol refulgente  
que has hoy mi pensamiento arrebatado,  
mañana desde oriente  
darás tu luz á mi sepulcro helado.

Nápoles 1844.

### SONETO.

Detesta Pero-Anton la aristocracia,  
y títulos y bandas escarnece,  
pues diz que solo la virtud merece  
en el aprecio de los libres gracia.

Mas luego que con arte y eficacia  
en la bolsa ó garito se enriquece,  
y con poca vergüenza medra y crece,  
subiéndose á mayores con su audacia;

Ya á su alma la virtud no satisface,  
ni aun del tesoro el brillo y el provecho:  
y en bajezas é intrigas se deshace,

Hasta esmaltar blasones en su techo,  
ser marqués, atrapar un alto enlace,  
y ornar con cintas el villano pecho.

### EL SUEÑO DEL PROSCRITO. (\*)

O sueño delicioso,  
que hace un momento tan feliz me hacias,  
¿huyes y me abandonas inclemente,  
y en el mar borrascoso  
tornas á hundirme de las ansias mias?..  
¡ay!.. Los fugaces cuadros que mi mente  
há un instante en tus brazos contemplaba,  
los juzgué realidad, y mis pesares  
y mi destino bárbaro olvidaba:  
y ¿todo fué ilusion?.. vuelve halagüeño,  
vuelve, ó consolador, ó dulce sueño,

Por tu mágico influjo llevado,  
yo me he visto en mi patria adorada,  
no de sangre y de llanto inundada,  
no cubierta de luto y de horror,

Sino libre, triunfante, felice,  
como un tiempo que huyó presuroso,  
cual celaje risueño y hermoso,  
al soplar huracán bramador.

Encantadas riberas de Bétis,  
sacros bosques de adelfas y rosas,  
apacibles colinas graciosas,  
há un momento que en vos me encontré.

Y tranquila ilustrando ese cielo  
de záfiro á la luna fulgente,  
rielar en la riza corriente,  
resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas!  
á mi lado mi Angélica estaba,  
que con voz celestial entonaba  
dulces himnos de gloria y de amor.

Y yo ufano pulsaba la lira,  
á su voz y á su encanto obediente,  
y al oirnos el plácido ambiente  
no agitaba ni rama, ni flor.

¡Cuantas sombras de amantes dichosos,  
que otro tiempo aquel suelo habitaron,  
juzgué ver que á los dos nos cercaron  
escuchando la dulce cancion!

¡Ah! mis penas horribles cesaban,  
y en mi vida feliz y contento  
fui jamás, como el corto momento  
de tan grata fugaz ilusion.

Pero ¡ay desventurado!  
era sueño engañoso,  
que voló presuroso,  
y hora es mayor mi mal!

Son ilusion mis dichas,  
son realidad mis penas:  
así feroz lo ordenas,  
oh destino fatal.

Despierto súbito  
y me hallo prófugo  
del suelo hispánico  
donde nací;

Donde mi Angélica  
de amargas lágrimas  
su rostro pálido  
baña por mí,

Y en vez del bálsamo  
del aura plácida  
del cielo bético,  
que tanto amé;

Las nieblas hórridas  
del frío Támesis  
con pecho mísero  
respiraré.

Lóndres 1844

### UNA NOCHE DE VERANO

EN EL GOLFO DE NÁPOLES.

Al Excmo. Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Por este golfo de plata,  
ó mas bien mansa laguna  
donde la argentada luna  
su cándido albor retrata;

Por dó apresuradas vuelan  
tantas barcas pescadoras,  
con lumbreras en las proas,  
que en el rizo mar rielan;

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Aléjame de esta orilla  
dó la espuma centellea,  
dó á la ciudad lisonjea  
la onda que á sus pies se humilla,

Y dó los roncos bramidos  
de otro mar siempre agitado,  
mar de vivientes formado,  
me atormentan los oidos.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Solo con mi pensamiento,  
y solo tambien contigo,  
entregarme quiero, amigo,  
en brazos del manso viento

Y separado del mundo,  
en honda meditacion  
darle á mi imaginacion  
un alimento fecundo.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

¡Cuál la barca blandamente  
se columpia y se desliza  
sobre el agua, que entapiza  
un fósforo refulgente!

El fósforo que los remos,  
que alzas y bajas, encienden,  
cuando el mar cortan y hienden  
con sus delgados estremos.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Ya el rumor de la ciudad  
la voz del caos parece,  
y ya mi barca se mece  
en medio á la inmensidad.

¡Qué espectáculo sublime  
absorto contemplo y miro!  
¡Con qué libertad respiro!  
nada aquí mi pecho oprime.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Miro tendida á mi espalda  
de Nápoles la ciudad,  
como dormida beldad  
en un lecho de esmeralda.

Y entre vaporesos lejos  
forman apariencias varias,  
sus diversas luminarias  
con sus movibles reflejos.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

A mi diestra recostado,  
celador de estos confines  
y de quintas y jardines  
vestido y engalanado,

A Posílipo, veo estar,  
gigante de alta belleza  
en un monte la cabeza  
y los pies dentro del mar.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Y de escoria otro gigante  
y de ceniza vestido,  
se alza á mi siniestra erguido,  
solo enhiesto, vigilante.

Llamas sus cabellos son,  
que agita tímido el viento,  
son tempestades su aliento,  
y su grito destruccion.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Allí al frente inmensa nave  
de peñas que dió al través,  
Capri, está, y quien tiene es  
de este ancho golfo la llave.

Y los montes donde apenas  
Sorrento y Castelamar  
se ven, vienen á cerrar  
este mar de las Sirenas.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Italia, Italia, región  
que mejor no alumbra el cielo,

jardín de Europa, tu suelo  
es tierra de bendicion.

Y de él son lo mas hermoso,  
compendio de tu beldad,  
de Nápoles la ciudad,  
y su golfo delicioso.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Un toldo de terciopelo  
del firmamento colgado,  
con diamantes tachonado,  
es de este prodigio cielo.

Rueda por él y campea  
un topacio colosal,  
que la region celestial  
esclarece y señorea,

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Y diamantes y topacio,  
y toldo repite el mar,  
y se me figura estar  
suspendido en el espacio.

Y que el inmenso vacío  
cruzo, como cruza el ave,  
en alas del viento suave,  
y en brazos del albedrio.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

La brisa un arpa es aquí,  
dó acordes incomprensibles  
espíritus invisibles  
tocan en torno de mí.

Y sus sonos son beleño,  
que suave encanto difunden,  
y que en mis venas infunden  
bálsamo de dulce sueño.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Por las auras arrullado,  
y por las ondas mecido,  
mis penas daré al olvido  
y dormiré descansado.

Venid con solicitud,  
venid á ocupar mi mente  
y á volar sobre mi frente,  
sueños de mi juventud.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Que en este tranquilo mar,  
bajo este apacible cielo,  
y cercado de tal suelo,  
venturas se han de soñar,

Y deliciosos amores,  
que son encanto del mundo,  
dar al olvido profundo  
de vejez los rigores.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Boga, hasta que de oro y grana  
pinte celajes la aurora,

y este mar tan mudo ahora  
himnos cante á la mañana.

Y deja á mi fantasía,  
que este golfo prodigioso,  
ahora vago y misterioso,  
admire al venir el día.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

Y entonces á la ciudad  
ambos á dos tornaremos,  
tú á descansar de los remos,  
yo á volver á mi ansiedad,

Que las horas de ilusion  
siempre son ¡ay! fugitivas,  
y quedan las positivas  
que angustian el corazon.

*Pues no te fatiga el sol  
boga, boga, barquerol.*

*Nápoles, junio de 1843.*

#### NO HAY REPARACION.

Con lágrimas inútiles,  
con estéril ofrenda  
la infiel toma la senda,  
que hácia el sepulcro va del que engañó.

Y de ocase en las cárdenas  
nubes, tumba del día,  
ya el sol la frente hundía,  
cuando al recinto funeral llegó.

Del dudoso crepúsculo  
á la luz nebulosa  
cercana vió la losa,  
entre la húmeda yerba blanquear.

Y se acerca impertérrita,  
pues engaño y traiciones  
juzga en sus ilusiones  
con lágrimas y flores reparar.

Cuando se alza terrífico,  
y el corazon le pasma,  
de la losa un fantasma,  
bulto blanco de niebla y de vapor,

Con dos ojos fosfóricos,  
que á la pérfida miran,  
ó esquivándola giran,  
dando en torno siniestro resplandor.

La sangre toda cuájase  
de la infiel, que quisiera  
que la tierra se hundiera  
y la tragára y confundiera allí.

Y mas cuando el fantástico  
espectro con profundo  
acento de otro mundo  
terrible, aterrador, le dijo así:

—En esta tumba, ó mísera,  
¿qué reparo pretendes?  
¿acaso no comprendes  
que este recinto profanando estás?—

—Los dones y las lágrimas  
al vivo satisfagan,  
si su amor propio halagan  
pero al muerto, desnudo de él, jamás.—

—Cuando convulso y trémulo  
tu engaño sospechaba,  
y aun amante anhelaba  
á tu arrepentimiento dar perdón,

—El llanto ahora infructífero,  
y esas flores acaso  
detuvieran el paso  
con que bajé infeliz á esta mansión.—

—Mas, tú, entonces frenética  
de mi dolor burlaste,  
la ofensa redoblaste,  
y me hundiste en el sitio en que me vés.

—¿De tu delirio pérfido  
te arrepientes ahora?...  
. . . huye de aquí, traidora.  
No esta tumba profanes con tus pies.—

—En ella, ¿de qué sirvenme  
lloro y dones votivos?...  
vé con eso á los vivos,  
que los reciben con risueña faz.—

—Aléjate, retírate,  
pues aquí no hay amores,  
ni aroma dan tus flores,  
deja á los muertos en su eterna paz.—

El espectro dispáse,  
y cae la triste al suelo,  
donde un montón de hielo  
parece de la luna al resplandor.

Y á la mañana próxima  
junto á la losa yerta  
se la encontraron muerta.  
. . . ¿Fué de arrepentimiento ó de terror?

#### Versos escritos en el Album de P. A.

Tus ojos ojos no son,  
niña, sino dos navajas  
con que destrozas y rajas  
el mas duro corazón.

Y tu boca celestial  
no es boca, es un vaso lleno  
de hechizos y de veneno,  
entre perlas y coral.

Por experiencia lo sé:  
ví tus ojos, y al instante  
con un hierro penetrante  
roto mi pecho encontré.

Tu suave voz me encantó,  
bebí tu sonrisa, y luego  
de ardiente ponzoña el fuego  
por mis venas circuló.

#### Contra los elogios desmedidos que hoy con tanta facilidad se prodigan.

SONETO.

¡Fortuna grande! tiempo venturoso!  
ensánchate y ahueca, patria mia,  
Ni un hijo solo tienes en el día  
que no sea un gran prodigio y un coloso.

Un niño subteniente *héroe glorioso*  
es sin disputa, *honor de tu postal*  
el que escribe dos coplas á su tia,  
todo folletinista *autor famoso*,

*Gran orador* cualquiera diputado,  
cada bolsista, *insigne financiero*.  
*Modelo de virtud*, todo pelado.

¡Mas con cosecha tal y tal venero  
de hombres, que al mundo tienen asombrado,  
como eres compasión del mundo entero?

#### Una declaracion.

¡Ay que tus ojos de fuego,  
y tu garganta divina,  
y tu gracia peregrina,  
roban á mi alma el sosiego,  
idolatrada Azelina!

Como un rayo de la luna,  
que en noche de primavera  
consolador reverbera  
sobre apacible laguna,  
es tu mirada hechicera.

Y tu aliento es el ambiente  
de un jardín embalsamado,  
tu voz el aura del prado,  
tu sonrisa la corriente  
de aroyuelo sosegado.

Y tu delicioso seno,  
de apretada y pura nieve  
es la copa, donde bebe  
su poderoso veneno  
el tirano amor aleve.

Verte es mi dicha mayor,  
mi delicia el escucharte,  
y mi destino adorarte,  
. . . Mas ¡ay! al ver tu rigor  
el corazón se me parte.

Lástima á mis penas ten,  
tu amor mi pecho destroza,  
nada en la crueldad se goza,  
y la crueldad no está bien  
en una tan buena moza.

¿Quiéres un alma abrasada  
que mire su cielo en tí?  
¿Quiéres encontrarte, dí,  
como jamás adorada?  
Pues vuelve la vista á mí.

Vuelve amable á mí la vista,  
y verás como discreta,  
que es fuerza te comprometa,  
un alma ardiente de artista,  
y un corazón de poeta.

Este fuego celestial,  
que enciende mi fantasía,  
el estro, que al alma mia  
le dá un temple sin igual,  
tuyos son, ingrata mia.

Serán humildes despojos,  
si mi pena te conmueve,  
de tu pechera de nieve,  
de tus rutilantes ojos,  
de tu pié pulido y breve.

No pierdas aislada, no,  
de tus lozanos verdoros  
los encantos y las flores:  
y los perderás sino  
los disfrutas en amores.

¿Qué es un alma sin amor?...  
¿Qué es la beldad sin amante?...  
una luz sin resplandor,  
una pasajera flor  
falta de aroma fragante.

Deja, pues, el desden, tú,  
y yo que ardiente te adoro,  
de amor te daré un tesoro  
mas grande que el del Perú,  
pues vale amor mas que el oro.

#### LUCIA.

¡Ay!... nació bella cual la flor temprana,  
que en el jardín despunta con la aurora,  
cuando el celaje volador colora  
de oro encendido y de brillante grana  
la luz primera del risueño día.  
¡Pobre Lucía!

Y creció como crece de azucena  
tallo gentil, hasta elevar la frente,  
que adula y besa el apacible ambiente  
de candidez y granos de oro llena,  
cáliz de aroma y líquida ambrosia.  
¡Pobre Lucía!

Y dióle el cielo un alma mas hermosa,  
que su linda hermosísima presencia,  
y un puro corazón, de la inocencia  
centro y de la virtud mas candorosa,  
pero ¡ay! tierno y sensible en demasia  
¡Pobre Lucía!

Y de la primavera en los verjeles  
entró ignorando, simple, que en sus flores  
tal vez se ocultan áspides traidores;  
y que al pié de rosales y claveles  
la tierra acaso sus venenos cria.  
¡Pobre Lucía!

Y escuchó incauta un lábio mentiroso,  
y á una mirada fascinante, aleve,  
su pecho palpité de pura nieve,  
y fuego blando y dulce y delicioso  
sintió que por sus venas discurría.

¡Pobre Lucía!

Y soñó, desdichada una ventura  
eterna, y de engañosas ilusiones  
se perdió en las fantásticas regiones,  
y del suave deleite el aura impura  
aroma celestial le parecía.

¡Pobre Lucía!

Y pronto, como tornase en el viento  
el brillador celaje de la tarde,  
que con matices refulgentes arde,  
en oscuro borron del firmamento,  
tornóse negra angustia su alegría.

¡Pobre Lucía!

Y en abrojos estériles las flores,  
y los dulces placeres en martirios,  
realidades horribles los delirios,  
traicion y engaños viles los amores,  
y en noche horrenda el fugitivo día.

¡Pobre Lucía!

Y marchito el carmin de su semblante,  
y escarnecida del maligno mundo,  
y despeñada en su dolor profundo,  
y abandonada del infico amante,  
la muerte al cielo con afan pedía.

¡Pobre Lucía!

Y pronto la logró, porque no pudo  
en su angustioso envenenado pecho  
un corazon vivir roto y deshecho  
del desengaño por el hierro agudo:  
y polvo es ya bajo esta losa fria.

¡Pobre Lucía!



#### A mi hijo Gonzalo de edad de cinco meses.

De tu madre en el seno  
duermes, dulce amor mio  
cual perla de rocío  
duermes en el seno de la tierna flor,

De mil encantos lleno  
reluce en tu semblante,  
cual sol en el diamante,  
de un alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura  
tu pié no se ha estampado,  
ni han tus manos tocado  
el crudo hierro y corruptor metal;

Ni ha ofendido á criatura  
esa boca suave,  
que pronunciar no sabe,  
y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,  
y lo que es vida ignoras,

mas en tanto las horas  
contigo mudas caminando van.

¡Y cual será tu suerte!...  
¿Qué te importa? Risueño  
gozas tranquilo sueño  
sin darte el día de mañana afan.

Duerme prenda adorada;  
pero de cuando en cuando  
despierta al beso blando,  
que te daremos ó tu madre ó yó;

Y déjame encantada  
con tu risa inocente  
el alma, que doliente  
del infortunio el cáliz apuró.

Si, cuando te sonries  
á mis dulces caricias,  
en un mar de delicias  
olvido cuanto ha sido y ha de ser:

¿Qué me importa, si ries  
mirándome amoroso,  
el ceño desdeñoso  
de fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:  
¡ay! siempre que te miro,  
se me escapa un suspiro,  
pensando cual será tu porvenir.

Misterioso secreto  
que como tú yo ignoro  
que ni el saber, ni el oro  
ni la fuerza consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa  
cae al dulce arroyuelo,  
que apenas cubre el suelo,  
durmiendo manso entre una y otra flor:

¡Feliz si en él se posa  
y entre sus juncias prende,  
y los tallos estiende  
bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera  
con las flores jugando,  
la corriente arrastrando  
lo va del rio al rápido raudal:

Aun puede una ribera  
lograr en él, dó viva,  
dó un jardin lo reciba  
y llegue á ser magnífico rosal.

Pero si el turbio rio  
lo lleva al mar ¡ay triste!  
el huracan lo embiste,  
las olas lo arrebatan con furor;

Y perece, hijo mio,  
bajando al hondo seno,  
ó en el salobre cieno,  
yaciendo al pié de escollo bramador.

Paris 1852.

#### MEDITACION.

#### Al Insigne Poeta napolitano el Señor Giuseppe Campagna (\*).

¡Ay con que confianza,  
desde el risueño oriente de la vida,  
el mortal se abalanza  
al mundo, que con gozes le convida!

Tan solo vé delante  
risueños prados y lozanas flores;  
solo mira anhelante  
fiel amistad y plácidos amores.

En saber y opulencia  
en grandeza, en poder, en gloria y fama  
solo vé su inocencia  
de un magnífico sol la eterna llama.

Avanza fascinado  
el pié por la carrera seductora,  
y entra ¡desventurado!  
donde al momento desengaños flora.

La que juzgó pradera,  
vé que al contacto mismo de su planta  
se marchita y se altera,  
tornándose arenal yermo que espanta.

Y las que desde lejos  
eran flores fragantes, purpurinas,  
aromas y reflejos  
pierden y se convierten en espinas.

Al seno palpitante  
á quien su amigo se pregona estrecha,  
amigo que al instante  
con un puñal el corazon le acecha.

El menguado le fia  
honra, fortuna, nombre y pensamiento,  
y encuentra al otro día  
traicion aleve, estéril escarmiento.

Vé unos ojos de llama,  
y un seno de jazmines palpitante,  
y su pecho se inflama,  
y sueña eternas dichas delirante.

Y las lágrimas bebe  
(mejor fuera un veneno) deliciosas,  
que son sobre la nieve  
de un rostro angelical perlas preciosas.

Y rendido á un encanto,  
que sus sentidos todos encadena  
juzga verdades cuanto  
brotó el lábio falaz de una sirena.

(\* El Sr. Campagna contestó al autor con una bella oda italiana, manifestándole que no eran exactas sus quejas y que la virtud y la confianza en Dios endulzan todos los males de la vida humana; reflexiones que produjeron la composicion siguiente, titulada *Retraccion*.

Mas cuando el alma tiene  
mas rendida á sus pies, y mas dichosa,  
un desengaño viene,  
y se halla aislado en cárcel tenebrosa.

Y vé que al alto cielo,  
insensible burlándole, le plugo  
ofrecer á su anhelo  
en la forma de un ángel un verdugo.

Destrozado el corazon,  
el alma en pedazos rota  
juzgan ¡oh alucinacion!  
que es verdad otra ilusion,  
que descubren mas remota.

Y corre el mortal mezquino  
sediento, ansioso á beber  
en las fuentes del saber,  
sin saber que su destino  
es el de ignorante ser.

Asi de sed medio muerto  
tras agua y selvas hermosas,  
que son nubes engañosas,  
el viajador del desierto  
va con plantas anhelosas.

Libros revuelve, enciérrese, medita  
con vigiloso afan,  
y en un caos sin fin se precipita  
dó los martirios de la duda estan.

Y solo vé una luz, luz que le aterra,  
y alumbrá *hasta aquí*,  
que trazó Dios en la infelice tierra  
á nuestra inteligencia baladí.

La tiniebla abandona desdeñoso,  
que ciencia juzgó ya,  
y en busca de la dicha y del reposo  
en pos de otra ilusion perdido va.

La pompa y riqueza son  
solo del mortal ventura,  
dice, y corre y se apresura,  
y con alma y corazon  
las solícita y procura.

Ya tesoros inmensos ha logrado.  
Sí, ya los consiguió.  
¡Cuantos riesgos y penas le han costado!  
¿Y qué es lo que con ellos ¡ay! logró?  
Susto, inquietud, desvelo,  
y mas grande ansiedad que antes probó.  
El corazon se le convierte en hielo,  
marchita su alma está;  
vé que se burla de él feroz el cielo,  
y en pos de otra ilusion perdido vá.

Mas un nuevo sol radiante  
que sobre un monte se encumbra,  
lo fascina y lo deslumbra  
y á él dirigese anhelante.

Es él del poder y mando,  
y hasta él es fuerza llegar  
con esfuerzo singular,  
obstáculos derribando.

Por virtudes ó crímenes, no importa,  
la cumbre del poder su planta oprime,  
y el sol que el alma le dejara absorta,  
visto de lejos con su luz sublime,  
en llama horrenda, que el infierno aborta  
vé convertido, y despechado gime  
ardiendo en ella ¡miseró! entre horrores,  
ánias, miedos, vigalias y rencores.

Conoce el triste y lo conoce en vano  
que alli de los cabellos le ha traído  
de un demonio feroz la dura mano,  
y quisiera ¡infeliz! no haber nacido.

Bajar procura de la cumbre al llano,  
pero la escala ¡ay Dios! por dó ha subido  
se ha roto, se ha deshecho, y solo mira  
despeñaderos dó los ojos gira.

Cercana tiene otra aun mas alta cumbre  
la cumbre de la gloria y de la fama,  
espléndida la vé de hermosa lumbre,  
y con sonora voz le exorta y llama.

Salta atrevido á colocarse en ella:  
¡cuan pocos lo consiguen! ó le falta  
el influjo benigno de una estrella,  
y á un mar de fango y de desprecio salta.

O empujado de próspera fortuna  
se empina, y ciñe de laurel la frente  
para apurar las penas una á una,  
que causan de la envidia el-corvo diente,

De la calumnia el bárbaro veneno,  
de la injusticia infame la osadía,  
de la sucia ignorancia el negro cieno  
y de la ingratitud la saña impía.

Destrozado el corazon  
el alma en pedazos rota,  
muerta la imaginacion,  
vé que en mar de confusion  
la barquilla humana flota.

Y torna el triste mortal  
atrás los cansados ojos,  
y ¡oh desengaño final!  
vé solo un ancho arenal  
sembrado todo de abrojos.

Tal vista le desconcierta,  
se vuelve con ansiedad  
en busca de una verdad,  
y encuentra una tumba abierta,  
y detrás la eternidad.

Nápoles 1844.

#### RETRACTACION.

Al mismo.

Razon tienes, Campagna:  
tu canto filosófico  
de mi delirio tétrico  
sábiamente triunfó.

Sí, amigo, sí: se engaña  
el mortal melancólico,  
que el orbe solo un cúmulo  
de infortunios juzgó.

Al cabo aun cuando sean  
de este valle las lágrimas,  
el Criador sapientísimo,  
que le dió vida y sér,

Quiso que en él se vean  
de su piedad sin límite  
huellas aun mas magnificas,  
que las de su poder.

Y en él trazó una senda  
por dó siguiendo impávido,  
aun el mortal mas mísero  
logra paz y quietud.

Y ninguno pretenda  
que no la halla, solícita  
á cada paso muéstrase,  
es la de la virtud

El hombre ponga á sus pasiones freno,  
la razon se lo ofrece á cada instante,  
y pisará triunfante  
del vicio inmundo el corrompido cieno.

Enciérrese en los términos que plugo  
dar á su terrenal inteligencia  
á la alta omnipotencia,  
y se libertará de atroz verdugo.

Cual tránsito veloz mire la vida,  
á un eterno reposo encaminado,  
y verá sosegado  
del tiempo breve la fugaz corrida.

Eleve el alma al ser omnipotente  
despreciando las pompas terrenales,  
y brotará á raudales  
dulce consuelo en su tranquila frente,

Y amor, no amor impuro y deleznable,  
y de la caridad el don divino  
sembrarán su camino  
con flores de fragancia perdurable.

Tranquila el alma, contento  
seguirá su corazon  
la antorcha de la razon,  
y la voz del sentimiento.

Y no perdida su mente,  
ni su pecho envenenado,  
admirará entusiasmado,  
el saber omnipotente.

Y en la creacion hallará  
de altos goces inefables  
las fuentes inalterables  
con que el alma saciará.

Arde el oriente en púrpura teñido,  
y álzase el sol magnífico lanzando



á torrentes la luz, el adormido mundo de vida y de calor llenando.

Al trono sube del zenit ardiente, un mar de lumbre desde allí derrama, y el orbe, rey, postrado y reverente, de la creacion inmensa le proclama.

A darle vida á otro hemisferio el paso tiende con majestad, y le presenta ancho camino el apartado ocaso, y sus tesoros y su pompa ostenta.

¿Y espectáculo tal no encanta al hombre y llamado á gozarlo, es infelice?...  
...¿hay mortal que lo mire y no se asombre cuando insensato su existir maldice?...

La noche el manto estiende recamado de estrellas y luceros, y entre celajes nacarados pende la luna de argentinos reverberos, modesta, vaporosa.

El aura bulliciosa trisca en el mar dormido, y en el bosque vestido, de oscuridad se mece: en letargo profundo sumergido parece y en dulce paz el fatigado mundo.  
¿Y es para el hombre nada la noche sosegada, el trémulo fulgor de las estrellas, las nubes que fantásticas y bellas cruzan por el espacio, el disco del topacio, de la brisa balsámica el aliento, y el reposo del orbe soñoliento?...  
¿Este conjunto mágico ¡infelice! á su imaginacion nada le dice?  
¿no conmueve su alma?  
¿No la sumerge en deliciosa calma?

Mas no es la naturaleza, es el hombre el que hace al hombre que de su existir se asombre, que deteste su flaqueza.

Es la sociedad—¡Ay! no: en ella piadoso el cielo manantiales de consuelo perennes aseguró.

¿Hay placer mas sabroso, cabe mayor ventura en la humana criatura, que el de la dicha agena socorrer?

Quien dá al menesteroso alivio, quien el llanto enjuga del quebranto ¿desventurado se osará creer?...

Y todos los mortales medio de hacerlo tienen si en su pecho mantienen el fuego de la santa caridad.

Si vicios infernales la compasion sagrada no tienen desterrada de una alma endurecida y sin piedad.

Una accion justa y buena dá tan puro contento, halaga el pensamiento tanto un acto de noble rectitud,

Que solo una alma llena de cieno miserable, el encanto admirable puede desconocer de la virtud.

¿Y las lágrimas solo no son un don del cielo, si por ajeno duelo logran nuestras mejillas esmaltar?

No halla de polo á polo mayor consuelo un pecho destrozado y deshecho, que el de por tierna compasion llorar.

Pues la presencia de la inocencia de un tierno niño, y su cariño la dulce calma ¿no son bastantes á volverle á un alma?

Aquella pura dulce criatura, en cuya frente de Dios patente se vé el aliento, ¿no embalsama, no hechiza el pensamiento?

Si despertando á un beso blando, mira risueño, ¿quién guarda ceño?  
¡ay! sus caricias son un mar insondable de delicias.

Pero un pecho aunque justo, inexorable por desengaños é injusticias roto, brama sañudo, como brama el noto, y detesta este mundo miserable.

No encuentra en él venganza, no la encuentra en el cielo que insulta y que provoca, y en desesperacion deshecha y loca en un abismo de infortunios entra.

Sangre ansía y destruccion, odios respira, existe entre venenos y rencores, y siempre en derredor, sus ofensores, turba de espectros y fantasmas mira.

Pues bien—Tórnese á Dios un solo instante, haga un esfuerzo y diga: *yo perdono*, y de repente se hallará en un trono, y ángeles solo mirará delante.

Razon tienes, Campagna tu canto filosófico de mi delirio tétrico sábiamente triunfó.

Sí, amigo, sí, se engaña el mortal melancólico que solo el orbe un cúmulo de infortunios juzgó.

Ndpoles 1844.

#### UN GRAN TORMENTO.

Amar ¡ay! sin ser amado es horrible maldicion, que el cielo en su indignacion arroja desapiadado á un infeliz corazon.

Consúmese noche y día el que desamado ama, y piedad en vano clama: arder mejor le seria del hondo infierno en la llama.

Mira y cuanto vé delante se lo cubre un negro velo, y un grito de desconsuelo oye agudo y penetrante que dan mar y tierra y cielo,

...¡Infeliz! No arde á sus ojos el sol, ni apacible ambiente su pecho aspira latiente, ni vélos celajes rojos, que borda el alba en oriente.

Ni admira el oro y la grana del ocaso cuando arde en los fuegos de la tarde, ni de la estacion lozana goza el magnífico alarde.

Ni oye el delicioso arrullo de las aves, ni el rumor de la selva encantador, ni del arroyo el murmullo, que salta de flor en flor.

Nada: que el objeto helado de su pasion solo mira, tan solo fuego respira, solo oye ¡desventurado! voces de dolor, de ira.

¿Qué es la vida en el mezquino, que á estado tan lastimoso, dó no hay salud ni reposo, le arrastra el feroz destino ó un encanto poderoso?...

Es un horrible tormento, como no lo tiene igual el mas doloroso mal, ni cupo en el pensamiento del tirano mas brutal.

¡Oh qué noches! ¡oh qué días!  
convulso y sediento pasas  
ora el pecho se le abrasa,  
ora entre mil agonías  
un puñal se lo traspasa.

Una mano de gigante  
de ardiente hierro vestida  
tiene á la garganta asida,  
ó el corazón palpitante,  
le aprieta y con él la vida.

Y si un instante velóz  
brota allá en su pensamiento  
una esperanza, al momento  
la siega la aguda hoz  
del pertinaz escarmiento.

Cuenta el triste sus martirios,  
que comprendidos no son,  
y habla en vano á un corazón  
que burla de los delirios  
de una profunda pasión.

Al ver sus ojos de fuego  
hielo rígido pintado  
en los del objeto amado,  
y en su semblante el despego,  
¡cual queda desventurado!

Y por respuesta tener  
de fogosas expresiones,  
consejos y reflexiones,  
ó un *no* de nieve, es hacer  
un alma infeliz girones.

El triste que escuchó tal  
preferiera haber oído  
de una ceraste el silbido,  
ó la trompeta final,  
ó del mundo el estallido,

Pues falta tierra á su planta,  
se hunde el cielo sobre él,  
le ahoga un áspero cordel,  
y la existencia le espanta:  
¡oh qué martirio cruel!

Amar ¡ay! sin ser amado  
es horrible maldición,  
que el cielo en su indignación  
arroja desapiadado  
á un infeliz corazón.

#### LA APARICION DE LA MERGELIA. (C)

Se esconde tras Posílipo,  
entre nubes de grana  
la antorcha soberana  
del refulgente sol.

Del Vesubio flamígero  
esmaltando la cumbre  
con la postrera lumbre  
del último arrebol.

(C) Se llama así en Nápoles la risueña plaza, que está entre la *Ribera de Chiaja*, y el monte *Posílipo*.

Cruzan el viento ráfagas,  
que aun el astro colora,  
perfila argenta, y dora,  
sobre el espacio azul.

Bulle brisa balsámica  
entre fragantes flores,  
y mece en los alcores  
el pino y abedul.

El golfo de Parténope  
es espejo de plata,  
que plácido retrata  
el celeste esplendor.

Y la pompa magnífica,  
que al bajar al ocaso  
acompañan el paso  
del astro abrasador.

Pero con vuelo rápido  
tan espléndida escena,  
que tierra y cielo llena,  
despareciendo vá.

Y de tibio crepúsculo  
luz densa y blanquecina  
montes ciudad marina  
y cielo envuelve ya.

Entonces cuando borranse  
los mares y collados,  
confundidos mezclados  
en dudoso total.

Y el orbe todo muestrase  
de la misma manera,  
que si al través se viera  
de empañado cristal;

Ven mis ojos estáticos  
en la arenosa playa,  
junto á la blanca raya  
del adormido mar,

Vaporosa, fantástica  
aparición divina,  
que dá á la Mergelina  
encanto singular.

Erguida como el vástago lozano  
de azucena gentil,  
que las plácidas noches del verano  
señorea el pensil,

Se alza de una mujer encantadora  
la forma angelical,  
que en sí todos los dotes atesora  
del poder celestial.

Y tal hechizo se desprende de ella  
y fragancia, y fulgor,  
y en medio á tal atmósfera descuella  
de encantos y de amor,

Que mientras anhelante y confundido,  
sin osarme acercar,  
en tierra una rodilla, y abstraído  
de tierra y cielo, y mar,

La contemplo, se cambia mi existencia  
en tal contemplación,

que arrebatada con mágica influencia  
mi alma á ignota region.

Sus ojos son de un ángel de consuelo,  
por la mar adormida los pasea,  
ó los eleva al vaporoso cielo,  
y luz divina en ellos centellea.

O á la inmensa ciudad á quien envuelve  
la sombra densa de la noche fría,  
anhelante los torna y los revuelve,  
lentos de celestial melancolía.

O hácia el Vesubio, cuya frente adorna  
rojo penacho de espantosa lumbre,  
girando el cuello de marfil, los torna;  
y afanosa los clava en su alta cumbre.

¿La inmensidad de la creación admira  
en el mar y en el cielo cristalino,  
y cuando á la ciudad los ojos gira,  
la obra desprecia del mortal mezquiño?..

¿Y cuando á la encendida y agria frente  
los torna del volcán, y en él los clava,  
de escondida pasión, que su alma siente,  
mira el trasunto en la encendida lava?

¿Quién lo sabe?—Imposible es que consiga  
descubrir un mortal sus pensamientos,  
ni de la llama que en su pecho abriga  
los nobles y escondidos elementos.

Mas yo lo sé: Que mi alma se desata  
de los vínculos rudos terrenales,  
cuando se purifica y se dilata  
contemplando sus gracias celestiales.

Y conocer le es dado de la Déa  
la mente y corazón, y las regiones  
que aquella velocísima pasea,  
y de este las sublimes sensaciones.

Y pasmada y atónita comprende  
las frases, que veloces y cortadas,  
del lábio puro de coral desprende,  
dando vida á las auras regaladas:

Frases como las forma el rumor leve  
de líquido cristal que el prado gira,  
de blandas flores que el ambiente mueve,  
de espíritu impalpable que suspira.

Pero aunque estampa su profunda huella  
en mí, y á mí existir da nuevo giro  
(porque así plugo á mi dichosa estrella)  
cuanto entonces contemplo y cuanto miro,

Me es imposible referirlo luego,  
cuando torna mi espíritu á engastarse  
en el humano fango, donde el fuego  
del éxtasis por fuerza ha de apagarse.

Ni el misterio de tales sensaciones  
puede nunca explicar humano lábio,

pues para tanto faltan espresiones  
al mas rico lenguaje y al mas sábio.

Mas dentro de esta cárcel tenebrosa,  
el perfume conserva el alma mia  
de la contemplacion maravillosa,  
y el vibrar de una angélica armonía.

El crepúsculo se apaga,  
cubre de la noche el velo  
la tierra, la mar, el cielo,  
y la aparicion ó maga  
desaparece en raudo vuelo.

Y en la arenosa ribera  
de negras sombras cercado,  
cual ángel precipitado  
de la soberana esfera,  
me hallo solo y prosternado.

El nuevo sol veo salir,  
y ansioso anhelo que el paso  
apresure hácia el ocaso,  
para que torne á venir  
otro crepúsculo escaso.

Que en su plazo fugitivo,  
bajo la fascinacion  
de la mágica vision,  
es cuando de veras vivo  
la vida del corazon.

Nápoles 1844.

#### DESCONSUELO.

Por el campo helado y yerto,  
que entre la selva frondosa  
está de la edad briosa,  
y entre el árido desierto  
de la vejez angustiosa,

Caminando hácia occidente  
con lento paso avanzaba,  
y abismado meditaba  
en lo que tenia enfrente,  
y en lo que trás mí dejaba.

En aquel yermo asolado  
me ofrecia el pensamiento,  
como ráfagas de viento,  
recuerdos de lo pasado,  
que al alma daban tormento.

Y en sombras vagas tambien,  
cual las inciertas figuras,  
que entre las nubes oscuras  
de la borrasca se ven,  
las ansiedades futuras.

Enfermo, solo, seguía  
combatido y arrastrado  
entre el futuro y pasado,  
y nada en torno veía  
con mi existir enlazado.

Quando los puros reflejos  
advertí de flor tan bella,  
entre la aridez aquella  
nacida, que desde lejos  
dudé si era flor ó estrella.

Mas al punto en que la ví  
calmóse mi amargo afan;  
porque ejerció influjo tan  
raro, que me atrajo á sí,  
como al acero el imán.

Llegué, llegué..... ¡Qué color  
tan puro y resplandeciente  
iluminaba su frente!  
Con qué fragancia en reedor  
embalsamaba el ambiente!

¡Qué perlas de almo rocío  
avaloraban su seno!  
su tallo de pompa lleno  
¡con qué garbo y señorío  
avasallaba el terreno!

Jamás en régio pensil,  
ni en los jardines de Flora  
meció el soplo de la aurora  
otro tallo tan gentil,  
ni flor tan encantadora.

Y cual si alma y corazon  
el cielo dado le hubiera,  
(ni aun yo sé de qué manera)  
cariño y tierna aficion  
mostróme afable y sincera;

Y que grata habia brotado,  
por disposicion del cielo  
en aquel ingrato suelo,  
de mi pecho lacerado  
tan solo para consuelo.

¡Ay! á su encanto rendido  
tan dichoso me encontré,  
y en un delirio tal, que  
lo que iba á ser y habia sido  
de todo punto olvidé.

Y ciego y loco un momento  
pensé que otra vez me hallaba  
en la selva que dejaba  
detrás, y ufano y contento  
que era mortal olvidaba.

Y me figuré posible  
junto á aquella hermosa flor,  
y amparado de su amor,  
del destino irresistible  
burlar el fiero rigor.

Mas su rigor me impelia  
á proseguir el camino,  
aunque al encanto divino  
de aquella flor me acogía:  
que es muy terrible el destino.

Entonces nueva ansiedad  
en mi corazon sentí,  
que era angustia horrenda, si,  
tanto amor y tal beldad  
dejar me detrás de mí.

Y resuelto á no dejarla,  
y á que conmigo siguiera  
la inevitable carrera,  
quise del suelo arrancarla,  
y prestóse plañterera.

Mas ¡ay Dios! en el momento  
que mi mano la tocó,  
impetuosa la embistió  
ráfaga de árido viento,  
y en mis manos se agostó.

¡Ay! con que fieras congojas  
ví por el suelo esparcidas  
mústias, secas, encogidas  
sus antes risueñas hojas  
rutilantes y encendidas!

¡Con qué horror miré el lozano  
tallo roto y abatido,  
y su follaje caído!  
¡Con cuanta ansiedad en vano  
busqué el aroma perdido!

—Los ojos levanté al cielo,  
no ví el sol, la noche era:  
y prosiguió mi carrera  
en mas hondo desconsuelo,  
y en soledad la mas fiera.

Que en el campo helado y yerto,  
que entre la selva frondosa  
está de la edad briosa,  
y entre el árido desierto  
de la vejez angustiosa;

Si aparece una ilusion  
se deshace luego, luego,  
pasa como leve fuego,  
y destroza el corazon,  
que se vá trás de ella ciego.

Nápoles 1845.

#### A LUCIANELA.

##### SONETO I.

Quando el desnudo pié graba en la arena,  
Luciana de la alegre Mergelina,  
y su garbo y su gracia peregrina  
envidia en los verjeles la azucena,

¡Qué es la enclénque de perlas y oro llena,  
que en el landó lujoso se reclina,  
y que con vanidad necia imagina  
que todo lo avasalla y lo encadena?

Tras la humilde y lozana pescadora  
se me vá el corazón, se me vá el alma,  
y huyen de la altivez de la señora:

Que la beldad, no el lujo, es quien la calma  
turba de un pecho noble y lo enamora,  
y solo á la beldad rindo la palma.

*Nápoles 1847.*

LAS SIEMPREVIVAS. (\*)

Sálve, divinas flores,  
que ornais la mar gallarda y linda frente,  
que el sol mira en su curso dilatado:  
sálve, y gratas oid vuestros loores,  
que hoy esparce mi lábio al puro ambiente.  
Así jamás airado  
con vosotras el dueño idolatrado,  
que os escogió para su adorno bello,  
os separe del nítido cabello,  
dó brillais gloriosas  
con pompa vuestra y con envidia mía,  
perpétuas venturosas,  
encanto de mi ardiente fantasía.

¿Y qué dichoso amante  
os puede ver sin anhelar, ó flores,  
que á vuestra duracion sea semejante  
la de sus placidísimos amores?  
Sí, hermosas siemprevivas,  
no sujetas del tiempo á los rigores  
ni al vuelo de las horas fugitivas.

Apacibles, serenas  
ostentais la beldad que os dió natura  
á la par de la rosa fresca y pura,  
de lirios y fragantes azucenas,  
y del clavel ardiente,  
émulo de la llama refulgente,  
y de las otras flores variadas,  
que esmaltan los verjeles y enramadas;  
y tal vez todas con desden os miran,  
porque os negára Flora  
el brillo y los balsámicos olores  
de sus graciosas alas,  
y las risueñas galas,  
que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ah qué necio orgullo y ufanía!  
comparen su beldad fugaz y leve  
con vuestra eternidad; un plazo breve,  
el del mas corto y pasajero día,  
vé nacer, y morir á las mas de ellas;  
y las que acaso porque no tan bellas  
ni encantadoras son, tienen del cielo  
mas larga vida y dilatado vuelo,  
ó del cierzo helador al silbo horrendo,  
ú al granizo tremendo,  
y á las nieves esquivas,  
y á la aspereza del diciembre frío,  
ú á los áridos soplos del estío  
mueren al fin.— ¡Y cuál, ó siemprevivas,  
por mas amada que de Flora sea,  
y mas aroma y resplandor posea,  
conserva su matiz puro y lozano,

si de su débil tallo el rudoviento  
la separa violento,  
ú alguna dura y despiadada mano?  
Solo en vosotras tal poder se encierra  
oh! predilectas hijas de la tierra.

Naceis y no moris... ¡Ah! mi ventura  
será eterna cual vos?—Vosotras solo  
naceis y no moris. Por esto acaso  
mi Olímpia idolatrada  
para adornar su espléndida hermosura,  
que no se admira igual de polo á polo,  
os prefirió advertida;  
y os concedió su frente delicada  
en guirnalda lucida  
placentera ceñir; y os dió á su seno  
de viva lumbre y de ternura lleno,  
donde os miro dichosas  
envidiables latir y arder. Decidme,  
decidme... ¡Mi ventura  
es tal, que sois emblema glorioso,  
emblema que mis dichas asegura,  
de la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor... Cual vos eterno  
jamás se apagará?... Divinas flores,  
flores encantadoras,  
¡ay! servidle de ejemplo á todas horas,  
y no marchite el tiempo los amores,  
que son del alma mía,  
el afán, el encanto y la alegría.

*Madrid 1820.*

A LUCIANELA.

SONETO II.

Cuando al compás del bandolín sonoro  
y del crótalo ronco Lucianela  
bailando la gallarda tarantéla,  
ostenta de sus gracias el tesoro;

Y conservando el natural decoro  
gira, y su falda con recato vuela,  
vale mas el listón de su chinela  
que del rico Perú las minas de oro.

¡Cómo late su seno! ¡Cuán gallardo  
su talle ondea! ¡qué celeste llama  
lanzan los negros ojos brilladores!

¡Ay!... yo en su fuego me consumo y ardo,  
y en alta voz mi lábio la proclama  
de las gracias deidad, reina de amores.

*Nápoles 1847.*

A D. JOSE ZORRILLA.

Contestacion á los lindos versos que publicó  
en el Heraldo de 30 de Julio de 1844.

En estas risueñas playas  
en otro tiempo españolas,

que halagan las mansas olas  
de un mar de plata y zafir,  
Donde vagan sombras tantas  
de alta fama y nombradía,  
que siempre al morir el día  
juzgo en derredor oír;

En esta ciudad de encanto,  
que embriagada en los festines  
duerme en medio de jardines,  
junto al borde de un volcan;  
Sin sospechar llegue un día,  
que la trague furibundo,  
como á otras que en lo profundo  
de sus abismos estan;

Llegó á mí tu dulce acento,  
esclarecido poeta,  
donde tu alma se interpreta,  
donde luce tu amistad.

Y vino con sus encantos  
bálsamo á ser de mi pecho,  
nunca, nunca satisfecho,  
siempre, siempre en ansiedad.

Pues si tú tanto recuerdas  
las delicias de Sevilla,  
de Guadalquivir la orilla,  
y mi tranquila mansion;

¿Qué haré yo, mi amado amigo,  
qué haré yo, que dejé en ellas  
de mis ojos las estrellas,  
las prendas del corazón?

Ni pienses que olvidar puedo  
aquellas fugaces horas,  
tan dulces y encantadoras,  
que prestó tuvieron fin,  
En que los versos divinos  
que de tu lábio brotaban  
luz, calor, y cuerpo daban  
al aura de mi jardín.

Y el rumor de la arboleda,  
de la fuente la sonrisa,  
el bullicio de la brisa  
saltando de flor en flor;  
Y el general embeleso  
acompañaban tu canto,  
de nuestras almas encanto,  
y envidia del ruiseñor.

¡Ay! esa luna lánguida y luciente  
que de Madrid en el hermoso prado  
arrebató tu mente  
á la orilla del Bétis encantado,

Brilla en esta region de artes y amores  
tan hechicera y blanda y deliciosa,  
y por estos alcores  
resbala tan lasciva y vaporosa,

Que parece la reina de este cielo,  
y la diosa del mar de las Sirenas,  
y el número que dá al suelo  
de Parténope vida á manos llenas.

De la corona del Vesubio ardiente  
aparece magnífico topacio,  
luego es resplandeciente  
bajel de plata en el inmenso espacio.

Y al trasmontar la cumbre deliciosa  
de Posilipo, el monte de las flores,  
es virgen pudorosa,  
que huye de los profanos amadores.

Y cuando en zenit campea,  
y platea  
este delicioso Eden,  
y orna con leves encajes  
de celajes  
su reverberante sien,  
entre su argentina llama  
derrama  
tal hechizo y tal primor,  
que se convierte este suelo  
en un cielo  
de delicias y de amor.

El aura es toda ambrosía,  
y de hechicera armonía  
las brisas cargadas van.  
Que aquí es armónico el viento,  
de la mar el ronco acento,  
y hasta el rugir del volcan.

Mas no imagines, no, caro Zorrilla,  
que mi mente embriagada,  
y mi alma enagenada  
se olviden de Madrid y de Sevilla.

Jamás.—Cuando reposo entre las flores  
de mágicos jardines,  
ó cuando en los festines  
miro bullir bellezas y amadores;

Torno al disco de plata refulgente,  
de lágrimas preñados  
los ojos arrasados,  
envidiando su marcha al Occidente.

Y al encanto de Nápoles la espalda  
volviendo desdeñoso,  
miro á la luna ansioso,  
que va á darle su luz á la Giralda.

¡Ay si á mis ojos míseros en ella,  
por fuerza prodigiosa,  
de mi mirada ansiosa  
les fuera dado el estampar la huella!...

Tú solo con tu ingenio soberano  
descifrarla sabrias,  
y en sus trazos leerías  
cuánto anhelo estrechar tu amiga mano:

Cuanto las prendas apretar al seno,  
que por mi ausencia lloran,  
y sin mí tristes moran  
del Bétis pátrio en el contorno ameno.

Y que encantos jamás habrá bastantes

ni Circes, ni Sirenas,  
que consuelen mis penas,  
donde no suena el habla de Cervantes.

Nápoles 1844.

## A LUCIANELA.

SONETO III.

Deja, deja las redes Lucianela,  
y las áridas playas de los mares,  
y torna á tus dulcísimos cantares,  
y torna á tu gallarda tarantéla.

Ven el ídolo á ser de tu plazuela,  
dó el mismo amor se inclina en tus altares,  
y á abrasar corazones á millares,  
al compás del pandero y la vihuela.

¿Por qué has de usar de materiales redes  
para enlazar imbéciles pescados,  
que el ser tuyos contemplan suerte dura;

Cuando con otras invisibles puedes  
tantos pechos tener encadenados,  
que cifran en ser tuyos su ventura?

Nápoles 1847.

FANTASIA NOCTURNA.

Al Excmo. Sr. D. Juan Nicasto Gallego.

El sol siguiendo su eternal viaje  
en los mares perdióse de occidente,  
y ya ni en los perfiles del celaje  
dejaba rastro de su huella ardiente.

De oscuridad vestido estaba el suelo,  
mientras nuevo esplendor engalanaba  
la inmensurable bóveda del cielo,  
y mas grande y mas rica se mostraba.

Yo del risueño Vómero (\*) en la loma  
que señorea lo mejor del globo,  
entre un ambiente de fragante aroma  
solo vagaba en soñador arrobo.

Miré en bultos fantásticos los montes  
alzar diversos su contorno vago  
y el mar á los remotos horizontes  
ir á perderse adormecido lago.

Luego todo horrarse y confundirse,  
como si de la vida el don perdiera,  
y de alba niebla y de vapor vestirse  
cual si de una mortaja se vistiera.

Mientras que mas luceros, mas estrellas,  
adornaban el claro firmamento;  
recuérdanme que el globo está habitado,

(\*) Collado que domina gran parte de la ciudad de Nápoles y su golfo.

diciéndome la voz de ellos y de ellas  
«aquí la eternidad tiene su asiento.»

Sentí aquel estupor indefinible,  
la conmocion sin nombre vaga, fria,  
que dá la soledad só un apacible  
cielo, despues de sepultado el dia.

Y llegué á imaginar que el globo helado  
desierto, no albergaba otro viviente  
mas que yo; y afligido y aterrado  
volar ansiaba al cielo refuljente.

Pero luego el rumor hasta mí llega  
de la inmensa ciudad que á mis pies yace  
mezclado al que en las cumbres y en la vega  
el aura mansa entre las selvas hace.

Diviso las vislumbres, los reflejos  
de luces esparcidas por el llano,  
ya mas cerca indicando, ya mas lejos,  
ó lámpara ú hogar de albergue humano.

Y entre niebla borrosa y sombra espesa,  
que apenas puedo penetrar, advierto  
nave, que el mar anchísimo atraviesa,  
buscando ansiosa el conocido puerto.

El rumor, y las luces, y el navío  
recuérdanme que el globo está habitado,  
y cambia vuelo el pensamiento mio,  
á la tierra de nuevo encadenado.

A la tierra, y apártase del cielo,  
porque siempre esta mísera corteza  
de humana carne hácia el mezquino suelo  
hace doblar al alma la cabeza.

Y juzgué ya de danzas y festines  
aquel rumor, que la ciudad derrama;  
las luces ser de quintas y jardines,  
ó á las que el sábio estudia, y logra fama;

Y que la nave, que las aguas corta,  
preñada de placeres y metales  
de otra region, á nuestra playa aporta,  
á aumentar nuestros goces terrenales.

Olvidé los luceros, las estrellas...  
y ansí tornar á la ciudad, que ofrece  
goces sin fin, ó dirigir mis huellas  
á la luz que á los sábios esclarece.

O hácia el puerto correr, y en los tesoros  
que frescos llegan del pomposo oriente,  
del rico ocaso, de los climas moros,  
de placeres saciar mi sed ardiente.

Iba en pos de este anhelo irresistible  
á descender de la elevada roca,  
cuando el ala de espíritu invisible,  
que giraba en reedor, mi frente toca.

No sé si era un espíritu celeste,  
ó espíritu infernal, quien de mí en torno  
agitaba las alas y la veste,  
causando en mi interior tan gran trastorno.

Mi mente cambia giro, advierte y piensa,  
y en helado sudor ¡ay! me confundo,  
que aquel rumor de la ciudad inmensa  
no es mas que el estertor de un moribundo.

Que aquellas luces son las luminarias  
con que el mortal camina al cementerio,  
y las naves fantasmas funerarias,  
que vagan de hemisferio en hemisferio.

Alzo los ojos, que anhelante intento  
nuevo consuelo y luz de las estrellas  
en la copa beber del firmamento;  
pero ¡ay! su amparo me negaron ellas.

El instante que yo de la mezquina  
tierra en la faz los ojos puestos tuve  
el claro cielo funeral cortina  
me habia robado de espantosa nube.

Convulso y en temblor deshecho, helado,  
erizado el cabello de mi frente,  
y de un viento fortísimo azotado,  
que abortaron las nubes de repente;

Olvido donde estoy. Que existo dudo:  
la vista ciega en las tinieblas giro,  
la boca abierta pero el lábio mudo,  
y espectros vagos, que me cercan, miro.

Y siento que mis plantas humedece  
fango de sangre; que la cumbre aquella  
que á mis trémulos pies asiento ofrece,  
y que ví al claro sol tan verde y bella,

Es un monton de huesos corroidos  
de mil generaciones que pasaron,  
y escombros de cien pueblos destruidos,  
que ni el son de sus nombres nos dejaron.

Y oigo á una parte el grito furibundo  
de la espantosa abominable guerra,  
y el rodar de su carro por el mundo  
con trueno tal que al universo aterra.

De las revoluciones á otro lado  
el alarido aterrador y horrendo,  
y el choque entre el futuro y el pasado,  
jamás reposo al orbe consintiendo.

Y escucho por dó quier el espantable  
de las pasiones alarido agudo,  
que en el género humano miserable  
ceban, sin saciedad, el diente crudo.

Y hieren y atormentan mis oidos  
de verdugos y víctimas mezclados  
insultos y dolientes alaridos,  
de un siglo en otro siglo duplicados.

Y oigo las espantosas carcajadas  
de los infiernos, y el sarcasmo horrible  
con que las negras huestes condenadas  
del mundo ven la situación terrible.

Tantos sones diversos y espantosos,  
que cien tormentas hórridas formaban,

de oscuridad abismos horrosos  
hendiendo agudos, hasta mí llegaban.

Pero mis ojos nada descubrian:  
tinieblas espesísimas y densas,  
cual si cuerpo tuvieran, me oprimian,  
las regiones del aire hinchendo inmensas.

Cuando de pronto aterradora llama  
el ancho cráter del volcan arroja,  
que hasta el cielo enlutado se encarama,  
y alumbraba al mundo con su lumbre roja.

Mas qué alumbraba?.. gran Dios! alumbraba solo  
un inmenso sepulcro, que se estiende  
devorador del uno al otro polo,  
y en medio á la creacion de un pelo pende.

Y en él turbas, y turbas de gusanos,  
que entre sí despedázanse rabiosos,  
de otros y de otros disputando insanos  
los restos miserables y asquerosos.

Mas todo iba á morir. La ardiente lava,  
que por las ágras cuevas se derrumba,  
lenta y desoladora se avanzaba  
á dar eterna paz á la gran tumba.

No pude mas, herido del espanto,  
misericordia, en tanto desconcierto,  
pidiéndole al Señor tres veces santo,  
á tierra vine como cuerpo muerto.

Nápoles 1846.

## LA VEJEZ.

AL SEÑOR D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

*Placeres, gloria, aplausos y contento  
mire en torno la ardiente juventud;  
y la vejez disgustos, desaliento,  
y la muerte y despues el ataud.*

¿Dó me lleváis?.. Al resplandor brillante  
que antorchas cien en candelabros de oro  
dan al rico salon,  
del convite las mesas veo delante,  
y de la gula en ellas el tesoro  
lucir su profusion.

De tersa plata en cinceladas fuentes  
los manjares la atmósfera embalsaman  
con sabroso vapor.  
En tallados cristales trasparentes  
vinos deliciosísimos derraman  
su perfume y su ardor.

Frutas de todos climas y estaciones  
en los cestos de esmalte y porcelana,  
brindando miel están.  
Y guirnaldas y ramos y festones  
de flores con que mayo se engalana  
blandos perfumes dan.

Mas nada es para mí.—Tambien ansioso  
apuré cuando jóven alentaba  
la copa del festin;  
pero ya delicado y achacoso,  
las fuerzas que mi estómago ostentaba  
tuvieron pronto fin.

Y para mí veneno esos manjares,  
y veneno tambien esos licores  
¡desventurado! son.  
Y veneno esas frutas singulares,  
y veneno el aroma de esas flores,  
que alegran el salon.

*Placeres, gloria, aplausos y contento  
mire en torno la ardiente juventud;  
y la vejez disgustos, desaliento,  
y la muerte y despues el ataud.*

¿Qué me traeis? corcéles vigorosos,  
armas bruñidas de templado acero,  
¡cuál relinchan aquellos orgullosos!  
¡cómo de estas deslumbra el reverbero!

Miro en el aire tremolar banderas,  
veo desfilar gallardos escuadrones,  
oigo tronar bombardas y cañones,  
escucho el son de músicas guerreras.

¿Y qué mi importa á mí?—Cuando lozano  
jóven en ansia de la gloria ardia,  
fulminó el hierro mi robusta mano,  
y ayudé al triunfo de la patria mia.

Y un uniforme espléndido, elegante,  
y un caballo mi afan eran tan solo,  
y del marcial clarín la voz sonante  
mi única y sola ley de polo á polo.

Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza  
del potro cordobés el poderío;  
y el terso estoque y la fornida lanza  
caen de la mano cuando pierde el brio.

*Placeres, gloria, oplauros y contento  
mire en torno la ardiente juventud;  
y la vejez disgustos, desaliento,  
y la muerte y despues el ataud.*

¿Qué pretendéis?... un pueblo numeroso  
atento ocupa la engañosa escena,  
frenético entusiasmo lo enagena,  
retiembla á sus palmadas el salon.

El genio de un poeta venturoso  
lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,  
y en dominio sin limite se estiende  
su celeste fugaz inspiracion.

¡Oh cuan grato es mirar correr el lloro  
de ternura y amor por los semblantes,  
y el ver los corazones palpitantes  
al poder de los versos celestial!

¿Y qué dicha mas grande, qué tesoro  
mayor que los aplausos triplicados,

y el verse los cabellos adornados  
con corona de lauros inmortal?

No es ya esto para mí.—Cuando son hielo  
la sangre, el corazón, la fantasía,  
el fuego encantador de la poesía  
se apaga, hielo tórnase también.

Un alma sin vigor pierde su vuelo,  
una cascada voz pierde su encanto,  
y no producen conmoción ni llanto  
versos tibios, que se oyen con desden.

*Placeres, gloria, aplausos y contento  
mire en torno la ardiente juventud;  
y la vejez disgustos, desaliento,  
y la muerte y después el ataud.*

¿Qué pretendéis? ¿Que al bullicioso prado  
baje á gozar las auras de la tarde,  
con el concurso alegre y apiñado  
que entre árboles y fuentes bulle y arde?...

Ya no es para mí grato aquel paseo.  
¿cuánto, ó cielo lo fué!.... Mas ya no llama  
mi atención la alta dama,  
que ostenta en su landó lujoso arreo.  
Ni el inglés carruaje,  
que relumbra y chispea,  
ni el volador plumaje,  
ni la rica librea,  
ni el caballo, que ufano se pompéa  
entre uno y otro espléndido equipaje.

Ya para mí no es nada el dulce hechizo  
de aquel fuego que brilla  
al través del sombrero ó la mantilla,  
y del ligero vaporoso rizo,  
de unos ojos que dan ó muerte ó vida,  
soles de un cielo donde amor se anida.

...¿Qué me importan las frases dislocadas,  
que vuelan derramadas  
de los grupos que pasan diferentes?  
¿Qué de amantes parejas el arrullo?  
...¿Qué el continuo murmullo  
de aquel mar agitado de vivientes?...

Si algún caballo ó coche me atropella,  
apenas puedo con turbada huella  
el peligro evitar. Si por acaso  
unos ojos de luz encuentro al paso,  
huyen ¡ay! de los míos  
apagados sombríos:  
y ni un semblante grato, una sonrisa,  
ni una frase fugaz mi pecho halagan,  
y las turbas, que vagan,  
me empujan y me oprimen. Ya me pisa  
el jóven, que siguiendo con los ojos  
la causa de su encanto ó sus enojos,  
no vé dó pone el pié. Ya torna en ceño  
su semblante risueño  
la que vuelve un instante  
á mirar á su amante,  
y halla mi rostro adusto;  
y ya le causa susto,

la arredra y martiriza  
mi frente de ceniza,  
mi severa mirada,  
á la que recatada  
y tímida un billete delicioso  
iba al paso, á entregarle á algun dichoso.  
¡Ay cielos!.... No respiro  
en aquel mundo extraño en que me miro.

*Placeres, gloria, aplausos y contento  
mire en torno la ardiente juventud;  
y la vejez disgustos, desaliento,  
y la muerte y después el ataud.*

¿A dó me conducís?... cuando reposo  
han menester mis miembros fatigados,  
carcomidos helados,  
¿quereis que entre de un baile en el salón?

Ved que noche, que cielo borrascoso:  
las nubes lluvia sin cesar derraman,  
los aquilones braman;  
estas las horas de descanso son.

Mas el aura los suaves instrumentos,  
innundan de dulcísima armonía,  
vencen la luz del día  
las arañas de bronce y de cristal.

¿Qué atmósfera los ricos aposentos  
tan templada y vivifica contienen!  
¿qué dulce encanto tienen!...  
un aura se respira celestial.

¿Qué galas, y qué joyas, y qué flores  
ostentan elegantes damas bellas,  
rutilantes estrellas  
de un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,  
y el té de China, y el café de Moca,  
en el cristal de roca  
nos brinda el ostentoso aparador.

Ya en raudo remolino  
de embalsamado viento,  
respirando contento,  
por incierto camino  
las parejas girando en torno están.

Y en un mar de armonía  
se agitan, se revuelven,  
y cruzan á porfía,  
y en confuso tropel vienen y van.

Ni la alfombra moruna  
de sus plantas se queja,  
en pos de sí no deja  
rastros ni huella alguna  
la turba que á compás gira el salón.

Hojas del fresco octubre,  
que manso viento lleva  
sobre la yerba nueva,  
que la llanura cubre,  
las parejas que en torno vuelan son.

Vamos de aquí,  
la confusión  
de este salón  
no es para mí.  
¡Ay! me marea  
el raudo giro,  
que en torno miro;  
y cuando ondea  
la gasa leve  
como la espuma,  
cuando se mueve  
la riza pluma,  
cuando un pié breve  
el mio toca,  
y el blando aliento  
de hermosa boca  
junto á mí siento,  
de abatimiento  
mi alma se llena,  
de negra pena  
mi corazón....  
me ahogo, sí....

Vamos de aquí,  
la confusión  
de este salón  
no es para mí.  
Yo en él seré  
una fantasma,  
que hiela y pasma  
á quien la vé.  
Vamos de aquí,  
no es el salón del baile para mí.

*Placeres, gloria, aplausos y contento  
mire en torno la ardiente juventud;  
y la vejez disgustos, desaliento  
y la muerte, y después el ataud.*

¡Ay! si el tiempo voraz derrumba y traga  
la fuerte torre y la robusta encina,  
si las montañas hunde y arruina,  
sorbe los mares y el volcán apaga,

¿Qué hará del hombre, efímera criatura,  
frágil gusano, polvo deleznable,  
cuyo existir mezquino y miserable  
un rápido momento apenas dura?

Y cuando el mudo curso de los años  
descompone sus fibras y su mente,  
y el corazón helándole, inclemente  
de dolores lo cerca y desengaños,

¿Qué es para el hombre el mundo?.. Una posada  
de que debe partir al otro día.  
¿Y cómo sufrir debe la agonía  
un cuerpo, que desplómase en la nada?

Sea de un benigno sol el rayo ardiente,  
que lo restaura un poco, su consuelo,  
un mullido sillón todo su anhelo,  
un báculo su amigo y confidente;

La dieta su regalo, y el reposo  
en soledad tranquila su contento,

donde pueda entregarse al pensamiento,  
ó en los brazos de un sueño letargoso.

Y en la misericordia confiado  
del que dá luz al sol, vida á la hormiga,  
empuje al huracan, jugo á la espiga,  
y ante quien no hay futuro ni pasado,

El rumor no le asuste de la planta,  
de la muerte, que á hollarlo se encamina,  
ni al mirar la segur, que se avecina  
para segar su mísera garganta.

*Placeres, gloria, aplausos y contento  
mire en torno la ardiente juventud;  
y la vejez disgustos, desaliento,  
y la muerte, y despues el ataud.*

Nápoles 1847.

## EL CAMPO.

Al Duque de Montebello.

¿A este campo llamais? ¿A los verjeles,  
que arregla y que repule un jardinero,  
á un bosquecillo á guisa de florero,  
y á tiestos de azucenas y claveles?

¿A un palacio, que puede maravilla  
del arte ser, y se alza á las estrellas,  
con estancias tan anchas y tan bellas,  
y donde el lujo refinado brilla,

Casa de campo la llamais, en donde  
el descanso y salud buscaís ansioso,  
y aquel tranquilo y plácido reposo,  
que la apacible soledad se esconde?

¿Y juzgais poner tregua á la fatiga  
del mundo, á cuatro pasos de la corte,  
donde de fátuos la importuna cohorte  
os sigue á todas horas y os ostiga?

¿Dónde es mas atildado vuestro traje,  
en donde en sus venenos mas esmero  
pone vuestro famoso cocinero,  
y dó ostentais mas brillo y equipaje?

Esta vida de moda, titulada  
*vida de campo*, es vida de artificio,  
de loca vanidad, de lujo y vicio,  
que ni al alma ni al cuerpo sirve nada.

Vida de campo es cosa diferente,  
casa de campo es diferente cosa,  
y el que llamar así las vuestras osa,  
ó no dice verdad, ó está demente.

Para buscar descanso de la corte,  
y en vez de su afanoso movimiento,  
paz, y reposo y plácido contento,  
de modo tal que á la salud le importe,

Fuerza es ir lejos de ella, renunciando  
género de vida que ella impone,

y donde cuerpo y alma no aprisione  
de moda y chismes el dañino bando.

Escondese en el seno enmarañado  
del bosque, que hizo Dios, en las montañas  
obra de su poder, ó en las cabañas  
aproximarse al primitivo estado.

Admirar la fructífera llanura,  
donde el Omnipotente á manos llenas  
al mísero mortal de sus faenas  
le dá en premio sustento con hartura.

Los montes que gigantes la alta frente,  
de peñascos y encinas coronada,  
esconden en la nube nacarada,  
y el primer rayo gozan del oriente.

El llano que se viste de amapolas,  
la cascada, que entre una y otra peña  
rota, á los hondos valles se despeña,  
ó de la solitaria mar las olas.

¿Los mosaicos qué son y losas tersas  
á las maduras mieses comparados?  
¿Qué con la verde alfombra de los prados  
las que tejen solícitos los Persas?

Qué es del hombre el mas grande monumento,  
sus columnas, sus torres y obeliscos,  
si se comparan con los altos riscos,  
puntales del remoto firmamento?

Y de un piano aleman el cencerreo,  
y el oscuro clamor de una vihuela,  
el canto de la enclénque damisela,  
y de galan raquíptico el solfeo,

Allá en la corte apláudanse en buen hora,  
donde todo es ficcion, toda mentira;  
pero que se celebren me da ira  
lejos de aquella habitacion traidora.

En el campo escucharse la voz debe  
de la naturaleza, y su armonía,  
el grave acento de la selva umbría,  
cuando su cabellera el viento mueve.

El estruendo de ronca catarata,  
que se rompe bramando en remolinos,  
por toscas peñas, por robustos pinos,  
y en espuma y en humo se dilata.

El murmullo apacible, que en la oscura  
noche esparce el arroyo entre las flores,  
y el que la brisa forma en los alcores,  
meciéndose en los lechos de verdura.

Los dulces trinos, los gorgoros suaves  
del ruiseñor, que sus amores llora,  
y los himnos que cantan á la aurora  
en dulce coro las risueñas aves.

Y si sublime música se anhela,  
¿cuál á la voz del huracan se iguala,

ó á la del mar cuando el empíreo escala,  
ó del granizo cuando el campo asuela?

Pues, y los elegantes cortesanos,  
que á caballo ó en tilbury, á porfia  
vienen á fastidiaros todo el dia,  
y á quitaros el tiempo de las manos,

¿Se pueden tolerar? y esos festines  
con plata y con *vermeil*, y esos lacayos  
con franjas y cordones en los sayos,  
chupa roja y calzon, guantes, botines,

¿Hay quién los sufra?.. Y el paseo en coche,  
y esas ropas de seda recamadas,  
y sorber el té inglés, y hacer *charadas*,  
hasta mucho despues de media noche,

¿Es vivir en el campo?—Yo, si anhelo  
descansar de este mundo bullicioso,  
en busca de salud y de reposo,  
á una agreste mansion dirijo el vuelo,

Rompo todos los hábitos de corte,  
sus palacios, sus mesas y sus trajes  
olvido, y hasta olvido su lenguaje;  
y la simple verdad solo es mi norte.

Busco la soledad, que en ella solo  
se alza el mortal á la serena altura  
de la meditacion, y se figura  
dueño de la creacion de polo á polo.

Ya trepo de los montes á la cima,  
despreciador del viento, con la mente  
me lanzo á contemplar el sol ardiente,  
y águila soy que al cielo se sublima.

Ya bajo á lo profundo de los valles  
á escuchar de la tórtola el reclamo,  
y cruzo libre, como el libre gamo,  
limpios arroyos y torcidas calles.

Y si de aquellas quiebras en el fondo  
me asalta un temor vago, incierto y frio,  
no tengo que fingir denuedo y brio,  
y con las liebres tímidas me escondo.

Ya á la par del reptil de verde escama,  
me deslizo en la yerba de los prados,  
donde encuentran mis miembros fatigados  
siempre mullida y deliciosa cama.

Ya fiera del desierto me reputo  
cuando recuerdo agravios y rencores,  
ya para con alevos y traidores  
lecciones tomo del raposo astuto.

Ya de ilusiones blandas y sabrosas,  
vuelo en las alas al humilde nido  
donde su tierno amor han escondido  
las aves inocentes y dichosas.

Si me hielan las brisas de la aurora,  
me restaura del sol la lumbre ardiente;



si esta me abrasa, el delicioso ambiente busco, que en las oscuras selvas mora.

Al despuntar el sol abro los ojos, disfruto á mi placer del dia entero, y cuando va á alumbrar otro hemisfero, ya mis miembros del sueño son despojos.

Y si anhelo la humana compañía, pues sociales al cabo hemos nacido, sin componer ni rostro ni vestido ni frases rebuscar de cortesía,

Voime al chozo inmediato ó á la aldea, y converso con rudos labradores, y en sus charlas y pláticas de amores mi mente se complace y se recrea.

No porque necio abrigue la creencia, juzgando verdaderos los idilios de Moscos, Garcilasos, y Virgilio, que es la choza el hogar de la inocencia;

Sino porque los rústicos al menos, si hombres al fin, y como tal taimados, no tienen á la moda enmascarados sus conatos ya malos ó ya buenos.

Y á la sana razon es cosa rara que se nieguen, y saben por instinto juzgar de nuestro humano laberinto con gran exactitud y á luz muy clara.

Vivo como ellos viven. Oro y seda no adornan mi vestido. Es el aseo de mi ajuar y persona el solo arreo, sin que otro alguno incomodarme pueda.

Cómo, como ellos comen, pan moreno, caza y legumbres. Bebo vino puro, del sol ni del relente no me curo, y prefiero al colchon de pluma el heno.

Y despues de dos meses de esta vida, mas robusto, mas jóven, mas tranquilo, dejo del campo el sosegado asilo, contento y la salud restablecida.

Y al bullicio del mundo alegre torno, y de la sociedad á las delicias, preguntando afanoso las noticias, y si ha habido en el orbe algun transtorno.

Asi comprendo solo que útil sea, y que asi les conviene al cuerpo y alma, dando vigor al uno á la otra calma, la vida de los campos y la aldea.

Que esta vida de moda y de artificio, mas que la de la corte refinada, siempre será por mí considerada vida de vanidad, de lujo y vicio.

*Castellamare julio de 1846.*

## ELVIRA.

A los señores duques de Bivona, en la muerte de su hija de este nombre, á los siete meses de edad.

### EL POETA.

¡Ay! con razon mi indócil fantasía tenaz se resistió al fuego encantador de la poesía cuando tu breve vida comenzó.

Enagenados de placer miraban, ¡miserable humanidad! su dicha en ti tus padres, y anhelaban versos en tu loor de mi amistad.

Y era mi afán componerlos: pero nunca pude hacerlos, porque el cielo los inspira, ¡ay Elvira!

Había ya trazado el cielo que tu vida fuese un vuelo, chispa que nace y espira, ¡ay Elvira!

Cuando tierno contemplaba cual tu madre te besaba, que ahora de aflicción delira, ¡ay Elvira!

Forjé versos en mi mente: pero una mano inclemente y oculta rompió mi lira, ¡ay Elvira!

Y esta mano ¡dura suerte! la mano era de la muerte, que hizo de tu cuna pira, ¡ay Elvira!

Botón de rosa bello, que apenas en el cáliz asomaba, cuando místico doblaba agostado y marchito el blando cuello:

Pintada mariposa, cuya vida fué el soplo de un momento: vislumbre misteriosa dó momentánea luz que apagó el viento:

No era ¡cielos! mi suerte cantar tu vida, á quien marcó el destino tan rápido camino, sino cantar tu arrebatada muerte.

Porque tu muerte es gloria, que te alza de este mundo detestable, átomo miserable, de la inmensa creación perdida escoria.

Y á la mansion te encumbra de bienandanza y vida sempiterna, que con su luz eterna el rostro santo del Criador alumbrará.

Si, en tu serena frente de cándidos jazmines coronada, veo la señal marcada de la mano de Dios omnipotente.

De Dios, que te coloca de eternos serafines en el coro, donde al son de arpas de oro, himnos modula tu inocente boca.

Y dónde... ¿Qué alaridos turban mi profundo pensamiento, llenan de horror el viento, y hieren penetrantes mis oídos?..

¿Quién á esta estancia llega, dó contemplan atónitos mis ojos de un ángel los despojos, y resplandor de eterna luz los ciega?...

Una mujer hermosa, la negra crencha al viento desparcada, sin aliento, sin vida, penetra estos umbrales anhelosa.

Los bellos ojos secos, pero sin luz, abiertos, espantados, los labios deslustrados hondos lanzando y lastimosos ecos.

¡La madre!... ¡Desdichada! á apurar viene el último martirio, buscando en su delirio á la que su hija fué, y ahora es ya nada.

### LA MADRE.

¡Hija!!! Dó estás?... allí...? allí.  
¿Duermes quizás?...  
¡Ay!... vuelve en tí...

Dadme, bárbaros, dadme mi hija amada, ved que es mi vida su inocente aliento, mi gloria su sonrisa idolatrada, toda mi dicha su infantil acento.

...Yo la parí:  
yo la adoré...  
yo la perdí!!!

Cielos, volvedme mi adorada prenda, ó dadle fin á mi existencia horrenda.

No ha muerto, no...

sí, muerta está!!!  
¿No alienta ya...  
y aun vivo yo?...  
¡Ay!—Estos restos frios devórellos la tumba con los míos.

### EL POETA.

Llora madre infelice: llora, llora, llorando alivia el corazón hinchado, pero la mano omnipotente adora, que el bien que te otorgó te ha arrebatado.

Llora, sí, mas bendice resignada  
la voluntad santísima y eterna,  
que al orbe inmenso pródiga gobierna,  
que formó el orbe inmenso de la nada.

¿Quién sus inescrutables intenciones  
consigue penetrar?... ¡Ah! los humanos  
olvidan en sus ciegas pretensiones,  
que son del polvo efímeros gusanos.

...  
...  
...  
Ahí los restos mortales  
de tu hija tienes; conmovido el cielo  
de tu dolor sus leyes eternas  
trastorna, y vuelve en presuroso vuelo  
el alma tierna y pura  
á darles vida.—Entre los tiernos lazos  
de tus maternos brazos  
la estrechas con frenética locura.

Tu faz regala con su aliento suave,  
con sus manitas trémulas tu seno,  
y su acento infantil de gracias lleno  
te dá tal dicha, que mayor no cabe.

Pero torna la vista  
á la carrera de dolor y llanto,  
que tu amor egoísta  
le abre de nuevo y temblará de espanto.

¡Cuánto de afán y susto,  
de lágrimas imbéciles la aguardan  
en la frágil niñez!... Y cuando arbusto  
tierno comience á verdear... ¡Oh cielo!

¡Qué forzoso desvelo,  
qué fatigas tan duras  
para aprender errores,  
para saber enmascarar el alma,  
para amoldarse á necias imposturas,  
y con falsos colores  
mostrar que busca de virtud la palma!

Y cuando ya lozano  
tallo de hermosa flor robusto sea,  
verás cuál la rodea  
de las pasiones el tropel insano.  
¡Ay cuánta tempestad sobre su frente  
se agolpará rugiente!...  
...La sociedad viciosa, y corrompida,  
la atmósfera es de vida  
en que ha de respirar... ¡Cuánto tormento  
si es buena, si es sensible!  
Y si es dura y malvada  
¡Qué amargo desaliento!  
¡De qué desierto horrible  
de arena y hielo se verá cercada!!!

Pues en la edad madura,  
perdidas las mas gratas ilusiones,  
los vínculos mas santos de ternura  
rotos, despedazados,  
ó en dogales tornados,  
de engaños alevosos y traiciones  
por la mano feroz emponzoñada,  
¿cuál será su existencia?... ¡desdichada!

Y luego la vejez, de enfermedades  
asilo y de disgustos,  
de dolores, de sustos,  
y de remordimientos y ansiedades,  
á que es forzoso que el mortal sucumba,  
y la muerte despues... despues la tumba...  
... despues la eternidad. . . . .  
...  
... ¡Y en tan amarga  
y rápida carrera,  
que hacen los infortunios lenta y larga,  
¡Quién, madre, te asegura  
que se conserve pura,  
que se salve inocente  
el alma de esa niña, que imprudente  
lanzas de nuevo al piélago iracundo  
del corrompido mundo?...

...  
...  
Quién sabe, quién, si tú, su madre tierna,  
de ese amor insensato compelida,  
la tornas á una vida,  
que ha de acabar en perdición eterna?...

...  
...  
¿Te hielas? ¿te estremeces? Basta. El cielo  
no trastorna sus leyes eternas,  
por complacer el imprudente anhelo  
de los ciegos y míseros mortales.  
No te la volverá.—Muerta ahí la tienes,  
guirnalda funeral ciñe sus sienes...  
Mas conmigo contéplala un momento,  
y verás que del Dios tres veces santo,  
que hoy te quiso probar con tal tormento,  
la infinita piedad no te abandona,  
y un consuelo sin fin te proporciona.

Mira ese rostro de nieve,  
que há dos horas destrozaba  
y horrendo desfiguraba  
dolorosa convulsion,

Ya sin una sombra leve  
del angustioso tormento,  
que de horror y sentimiento  
te inundaba el corazón.

Míralo tranquilo y bello,  
sin los dolores del mundo,  
en dulce sueño profundo,  
que nadie interrumpirá.

Y en la frente el alto sello  
observa, madre dichosa,  
de la mano poderosa,  
que el orbe rigiendo está.

Mira en la boquita bella,  
antes ¡ay! desfigurada,  
lívida, ardiente, agitada  
con la agonía final,

Grabada la santa huella  
del alma pura, inocente,  
que á vivir eternamente  
voló al coro angelical.

Y aunque estos restos mortales  
pronto serán polvo, nada,  
no quedas, no separada  
de la prenda de tu amor:

No, que de las celestiales,  
mansiones bajará ansiosa  
el alma de tu hija hermosa,  
á velar en tu reedor.

Y cuando triste lamentos  
otras desgracias del mundo,  
y de otro dolor profundo  
tu pecho oprimido esté,

Si acaso de pronto sientes  
inesperado consuelo,  
y nuevas fuerzas que el cielo  
para alabarle te dé,

Es que de tu Elvira el alma  
te besa, y te dá su aliento,  
bajando del alto asiento  
dó los ángeles están.

Y renacerá la calma  
en tu pecho al suave ambiente,  
que en torno á tí blandamente  
sus alitas moverán.

Y cuando á tus otros niños,  
(Dios te los guarde y conserve)  
tu afán maternal observe  
del sueño en la dulce paz:

Si vés que sueñan cariños,  
y que sonrien graciosos,  
es que miran venturosos  
de su hermanita la faz.

Y porque ella en torno de ellos,  
en las horas misteriosas,  
con las alas vaporeadas  
gire amante en tornos mil.

Con sus celestes destellos  
el espíritu ahuyentando  
del infierno que acechando  
está la cuna infantil.

Bendice á Dios: bendícelo, y el llanto  
enjuga, pues que ser has merecido  
madre de un querubín, que el *Santo, Santo*,  
entona ante el señor, de luz vestido,  
en gozo celestial torna el quebranto,  
y repite con lábio enardecido  
por la fé santa, que á mi pecho inspira:  
*Ora pro nobis*, venturosa Elvira.

Nápoles 17 de junio de 1845.



## EPISTOLA

a Don Leopoldo Augusto de Cueto, contestándole a una suya de Copenhague.

Recibí tus lindísimos tercetos,  
que rebosan ingenio y poesía,  
cultos, sonoros, fáciles, discretos.

Y han dado gran contento al alma mía,  
que del consuelo de noticias tuyas  
hace ya muchos meses carecía.

Y por mas que me digas y me arguyas  
que espacio de escribirme no tuviste,  
mi prevencion no es fácil que destruyas.

¿Allá en Madrid, acaso, no pudiste  
ponerme cuatro letras, ni has podido  
el tiempo que en París te detuviste?...

Mas pelillos al mar, pues he sabido  
que has hecho con salud tan gran viaje,  
demos todas las quejas al olvido.

Me pasma y me confunde tu lenguaje,  
y el modo con que pintas esa tierra  
en tan tétrico y lúgubre paisaje.

Pues aunque sé que le hacen cruda guerra  
de un invierno sin fin la nieve y hielo,  
cosa que solo con pensarla aterra,

Juzgué sabiendo el ardoroso anhelo  
que en ir allá tuviste, fuera acaso  
un nuevo Eden, un abreviado cielo.

Y aunque de luz, calor, y vida escaso,  
pais de dulce trato y de cultura,  
agradable á las nueve del Parnaso.

Mas vive Dios, que si es cual la pintura,  
que de él me muestras en tu linda carta,  
completa debe ser tu desventura.

Desde que repasé la luenga sarta  
de desdichas, que cuentas, y que creo,  
tu imagen de mis ojos no se aparta.

Y ya tu enclénque personilla veo  
aislada y tiritando entre cristales,  
mirando caer la nieve por recreo.

O de pieles de hirsutos animales  
cubierto hasta la boca y las narices,  
hielos atravesando y lodazales.

O entre estufas, alfombras y tapices  
pasar en las tertulias de esa gente  
dos ó tres largas horas infelices.

Sin que tal sociedad anime ardiente  
amor, ni coqueteo interesante,  
ni un dicho agudo su frialdad caliente.

Sin que un punto el estilo se levante,  
y ó profunda, ó chistosa, ó tierna ó fina  
corra conversacion sábia y galante.

En fin sin que la luz clara y divina,  
en esa opaca y detestable esfera,  
brille de la belleza femenina.

Y oyendo los rugidos, por contera,  
de una lengua durísima, insonora,  
que áspera y dura aun entre lobos fuera.

Pero haces mal en lamentarte ahora,  
porque tuya es la culpa: el ala encoge,  
la mecha aguanta, y resignado llora.

Que aquel á quien dan bien y mal escoje,  
dice un refran de la española gente,  
por muy mal que le avenga, no se enoje.

Cuando al dejar del Tajo la corriente  
(donde aunque los gallegos te aburrían,  
gozabas claro sol y puro ambiente)

Ir á la hermosa Grecia te ofrecían,  
¿por qué desacordado lo rehusaste,  
creyendo que ofenderte pretendían?

¿Por qué, dí, mentecato, imaginaste  
que Dinamarca era mejor que Grecia,  
y por mudar destino trabajaste?

Si Copenhague fuera otra Lutecia,  
si otra Lóndres... al cabo se comprende,  
tu pretension no hubiera sido necia.

Mas preferir, Leopoldo, el ir allende  
el mar del norte, á no vivir, á helarse,  
y donde ni se goza ni se aprende,

Solo puede, perdóname, explicarse  
por falta completísima de seso,  
y como tal con pena lamentarse.

¿Es posible que un hombre de tu peso,  
tan entendido y docto, y aplicado  
acaso, y sin acaso, con esceso,

La cuna á visitar se haya negado  
del humano saber, y el noble suelo  
por tanto ingenio y gloria consagrado?

Allí gozárás transparente cielo,  
dó rueda un sol magnífico, brillante,  
que deja rara vez triunfar al hielo,

Mas que templa su llama fulminante  
con blandas brisas, plácidos rocíos,  
y aun con lluvia benéfica abundante.

Clima tan venturoso nuevos brios  
tu hubiera dado, y nuevas ilusiones,  
y tambien nuevos goces y amoríos.

Allí la vid formando sus festones  
entre olivos pomposos, las colinas  
vieras ornar en todas estaciones.

Y aguas puras corrientes, cristalinas  
cruzar el verde y delicioso prado  
de rosas esmaltado y clavellinas.

Y ni un valle risueño, ni un collado,  
y ni un risco siquiera, que orgulloso  
no esté de altos recuerdos coronado.

Allí oyeras el sábio, el sonoro  
idioma aunque del tiempo carcomido,  
que el troyano cantor hizo famoso.

Y si en las claras noches, embebido  
en profundas ó tiernas reflexiones,  
vagáras por los campos distraído,

De Píndaros, de Homeros, de Platones,  
y de Aspacias, y Safos te cercáran  
las sombras, ya contigo en relaciones.

Y tu pecho y tu mente se agrandáran,  
y acaso tales obras produjeras,  
que tu nombre, Leopoldo, eternizáran.

Es verdad que en la Grecia no tuvieras  
el *boudoir rococó*, ni el *equipaje*  
que en Lóndres y París tener pudieras.

Ni aquel refinamiento en el *menaje*,  
ni acaso el regalado cocinero,  
ni *Urígüen*, y *Ragnaud* te dieran traje,

Ni de tanto negocio de librero  
las malvadas y nuevas producciones,  
aluvion que se come al mundo entero,

Gozáras; ni tampoco los salones  
tan llenos de elegancia y secatura,  
ni de inmensos teatros las funciones.

Ni el oropel y baladí cultura  
de academias, de clubs, de sociedades,  
charlatanismo todo, y farsa pura.

Pero en lugar de tantas vaciedades,  
que son por mas que nos deslumbrén humo,  
y nublados que anuncian tempestades,

En Atenas gozárás el bien sumo  
de un clima delicioso, que el primero,  
de cuantos el mortal goza, presumo.

Y el esplendor y claro reverbero  
de la belleza femenil, que al cabo  
encanto es de la vida verdadero.

Y si de la afición, que tanto alabo  
á cultivar las ciencias y las artes  
sigues, como no dudo, siendo esclavo,

Debes de convenir, sin que te apartes  
de mi opinion un punto, que la Grecia  
ricos veneros tiene en todas partes

Dó el ingenioso que el estudio aprecia  
pueda saciar su sed, y que es menguado  
el que los desconoce ó los desprecia.

Y no tan solo son de lo pasado  
los recuerdos insignes sus lecciones,  
no, que tambien las dan su nuevo estado.

Un pueblo que rompió los eslabones,  
que tantos siglos arrastró, anhelante  
de libertad alzando los pendones;

Y que la santa cruz plantó triunfante,  
después de larga lucha, y de heroísmo,  
sobre la blanca luna del turbante,

Y que resucitando de sí mismo,  
como el Fenix renace de su hoguera,  
asegura en levante el cristianismo;

¿No es digno de estudiarse, y no ofreciera  
á tus meditaciones campo nuevo,  
de la activa política en la esfera?

Sí, sí, Leopoldo, asegurarte debo  
que el darte aquel destino fué una gracia,  
y á desmostrarlo sin temor me atrevo.

Pues si buscas activa diplomacia,  
para no enmohecerte entre tus socios,  
y lucir tu talento y eficacia,

¿Pensabas encontrar menores ocios,  
mayor actividad en Dinamarca,  
que en la corte de Grecia y sus negocios?..

Esta tan celebrísima comarca,  
donde un pueblo á mitad civilizado,  
y un extranjero y sin vigor Monarca,

Luchan entre el futuro y el pasado,  
ardiendo en fogosísimas pasiones,  
tiene en Europa un puesto reservado.

Y sus bandos, partidos y facciones  
una ancha escena ofrecen positiva,  
dó representen todas las naciones.

Allí la Inglaterra astuta, activa,  
de la discordia en su favor el fuego  
sopla, y á Francia del influjo priva.

Esta por otro lado intenta luego  
de su rival descomponer los planes,  
para poder restablecer su juego:

En tanto los caducos musulmanes  
la reconquista sueñan con despecho,  
aun juzgando posibles sus afanes.

Mientras que el moscovita está en acecho  
de la rica Estambul, y arde en la llama,  
que por tan gran beldad guarda en el pecho.

¿Y el estudiar tan complicado drama,  
de fraguar ocasiones no te diera  
despechos dignos de renombre y fama?

Pero insistir mas largamente fuera  
hacer notable agravio á tu talento,  
y pérdida de tiempo verdadera.

Y concluiré con solo un argumento,  
contra esa tu eleccion, que ya te duele,  
y es si no de razon, de sentimiento.

Al destinarte á Grecia (aunque te huele  
solo á un corral de vacas, cual se dice  
en la lengua que usar el vulgo suele).

¿Tan poca mella en tu memoria hice,  
que de abrazarme el amoroso anhelo,  
y en esta tierra que el Señor bendice,

No te aguijó para tomar el vuelo,  
y sin andarte en dimes y diretes,  
de rondon encajarte en este suelo?...

¿Cuanto al ver asomar los gallardetes  
del buque que te hubiera conducido,  
y sus pomposas gávias y juañetes;

O de humo denso, oscuro, denegrido  
la luenga cola, palpitado hubiera  
mi corazon de dulce gozo henchido!

¿Con qué placer del mar en la ribera,  
ó en el soberbio muelle estrecho abrazo  
mi pecho con tu pecho confundiera.

Y enganchados después los dos del brazo,  
de las familias de ambos discuriendo,  
á quienes une tan estrecho lazo,

Y á Madrid y á Sevilla revolviendo  
nuestra primera charla mal zurcida,  
las cosas y personas confundiendo,

Te hubiera conducido á mi guarida,  
y en ella blandamente descansarás,  
sin anhelar acaso mejor vida.

Y de esta gran ciudad las cosas raras,  
y uno y otro magnífico edificio,  
siendo yo el *Cicerone* examinarás,

Y te hicieran perder casi el juicio  
de estas calles y tiendas y paseos  
la grande animacion, el gran bullicio.

Luego en estos riquísimos museos  
de las tres artes venerado hubieras  
los mas altos y espléndidos trofeos.

Mármoles, que con vida los creyeras,  
bronces, que casi sienten y respiran,  
creaciones del génio verdaderas;

Y frescos antiquísimos, que admiran  
por su dibujo, su color y gracia,  
y dó gusto y saber juntos se miran.

Mosáicos, en que estudio y pertinacia  
eternizan colores y perfiles,  
y que pasman los ojos por su audacia

Y armas, y muebles, é instrumentos viles,  
y trevejos domésticos, mezclados  
con adornos y adobos femeniles.

Objetos que en ceniza sepultados,  
ó entre lava, ya mármol verdadero,  
diez y ocho siglos fueron olvidados,

Y que nuestro gran rey Carlos tercero  
sacó á la luz, y dióles nueva vida,  
para instruccion del universo entero:

Pues con ellos ha sido conocida  
la domesticidad de los romanos,  
y su manera de vivir sabida.

Es gran gusto tener uno en sus manos  
ya un yelmo con su cima y su visera,  
de un guerrero de tiempos tan lejanos;

Ya un antiguo belon, ó una salsera;  
Ya el collar que adornó de una romana  
el torneado cuello y la pechera;

Ya un bote de arrebol, que falsa grana  
dió de antigua coqueta á la mejilla,  
ó iluminó á una vieja cortesana.

¿Y el sentarse de un cónsul en la silla?...  
¿Y de Salustio (\*) ó de otro personaje  
mirar la palancana ó la salvilla?...

Y no solo á utensilios del menaje  
de aquellos famosísimos varones  
dieras, y á sus estatuas homenaje;

Que de este gran museo en los salones  
de las artes moderna lo darías  
tambien á extraordinarias producciones.

De Sanzio y Bounarrota admirarías  
las tablas y los mármoles divinos,  
y á Salvator de Rosa apreciarías.

Y si gustas de rancios pergaminos,  
en esta biblioteca los hallarás,  
¡griegos, normandos, árabes, latinos,

Pues y cuando conmigo contemplaras  
de Herculano y Pompeya las ruínas,  
¡cuanto, cuanto, Leopoldo, allí gozarás!

Luego trepando riscos y colinas,  
y con pié mal seguro y vacilante  
masas de azufre y lavas ferruginas,

A los hombros altivos del gigante,  
que hizo el estrago hubiéramos subido,  
y hasta la hórrida boca fulminante,

Para escuchar el infernal bramido,  
aterrador cual continuado trueno,  
voz del fiero Titan allí escondido.

Y vieras como lanza el hondo seno  
cenizas, peñas, llamas, humo ardiente,  
que ofusca el sol mas claro y mas sereno,

(\*) En las ruinas de Pompeya se vé una linda casa que llaman de Salustio y en donde se han hallado muchas preciosidades.

Y vieras de las lavas el torrente  
que rojo entre peñascos se derrumba,  
y que ningún obstáculo consiente.

—¡Ay!... ¿Son de veras los volcanes tumba  
de los rebeldes ángeles, y puerta  
de un bátratro infernal, que en lo hondo zumba?

Otras veces al sitio de Caserta  
dirigiéramos ambos el paseo,  
y que te fuera grato es cosa cierta.

Tambien es un magnífico trofeo  
de la munificencia soberana,  
que á Madrid dió el palacio y el museo.

No ostenta el edificio la romana  
majestad, ni la gracia y proporciones  
de griega arquitectura aun mas galana;

Mas tiene respetables dimensiones,  
de mármoles magnífica escalera,  
y régios gabinetes y salones.

Grandes son los jardines de manera  
que te pasas en verlos la jornada,  
y llega su arbolado á la alta esfera.

Y pura abundantísima cascada,  
que de un monte derrúmbase eminente,  
los atraviesa luego sosegada.

Ni Pórtici te fuera indiferente,  
dó vá á buscar de esta ciudad la crema  
en el otoño saludable ambiente.

Y complacencia te causará estrema  
ver á Castellamare y á Sorrento,  
donde compuso el Tasso su poema.

Y aun mas la gruta azul, raro portento,  
pues toda ella parece de záfiro,  
y es de marinas diosas aposento.

Luego, pudiendo hacer mas largo giro,  
hubiéramos á Amilfi visitado,  
y admirado la hubieras, cual la admiro.

Y por el ancho golfo en bote alado  
llegáramos tal vez hasta Salerno,  
patria de Bayalarde endemoniado,

Y cuya vida en comedion eterno  
tantas veces habemos aplaudido  
en las pesadas noches del invierno.

¡Con cuanto gusto hubieras recorrido  
el templo, con el cuerpo venerando  
de un santo evangelista enriquecido!

En él tambien, del célebre Hildebrando,  
que los reyes domó y emperadores,  
en espadas las llaves trasformando,

Y que contra los bárbaros furores,  
de la ignorancia combatió forzado,  
dando á la iglesia nuevos resplandores,

La tumba contempláras: Y no dudo  
que al ver su noble busto allí esculpido  
lo saludáras con respeto mudo.

¡Y cual despues tu encanto hubiera sido  
las ruinas de Pesto visitando,  
que mas de tres mil años han cumplido!

Hácia distinta parte luego andando,  
por la larga y antigua, y rara gruta  
de Posilipo el monte taladrando,

Tomáramos la hermosa y ancha ruta,  
que por Bañoli vá y por la marina  
hasta Puzzol, famosa por su fruta.

De Serapis un templo allí en rüina  
vieras, la celebrada Solfatará,  
y un circo de grandeza peregrina.

Y despues las estufas, ¡cosa rara!  
de Neron, donde á entrar no hay quien se atreva  
si hasta el quilo á sudar no se prepara.

Cerca el lago de Agnano con la cueva  
en donde muere el can, que se aventura  
de lo que hubieras visto hacer la prueba:

Lago, que, de un volcan ser se asegura  
el estinguído cráter, te daría  
gusto por su amenísima frescura.

Y un poco mas allá te gustaria  
ver á Averno, á Lucrino y á Fusáro,  
lagunas que Virgilio conocia.

Y observáras tambien con tiempo claro  
en el lecho del mar-dormida á Cumas,  
pueblo que la Sibila hizo preclaro.

Y si del mar dejando las espumas,  
del cerro de Camáldula á la frente  
subieras una tarde en que no hay brumas,

Y el sol hácia la tumba de occidente  
lento bajar de majestad vestido,  
vieras por este cielo trasparente,

Te quedáras, Leopoldo, embebecido:  
pues igual espectáculo en tu vida,  
ni aun allá en nuestra patria, has conocido.

Oro es el horizonte, y es fundida  
plata la mar—el aire es grana, y fuego  
cuanto alumbrá la llama enrojecida.

Y los celajes pálidos, que luego  
rubí se tornan, nacar y topacio,  
formas cambiando con gracioso juego,

Aparecen cual fúnebre palacio,  
que honra al cadáver del Señor del día,  
del difunto monarca del espacio.

Y de Ischia la cerviz alta y sombría,  
pirámide parece, que levanta  
para sepulcro suyo la mar fría.

Mas sí como me temo ya te espanta  
de tanto que hay que hacer aquí la vista,  
que aun el placer continuo no se aguanta,

Y dices entre dientes *Dios me asista*.  
*En no haber ido á Nápoles bien hice,*  
*pues para tanto andar no hay quien resista;*

Razon es que te calme y tranquilice  
diciéndote, que tales escursiones  
no son cual tu temor tal vez te dice.

Pues ó se hacen en cómodos bridones  
obedientes al freno y á la espuela,  
ó en hombros de robustos lazaronés.

O por ferro-carril, ó en carretela,  
ó en barca, ó en jumento, y hay alguno  
que mas que un ave por los campos vuelá.

Ni me ofendas, creyéndote que ayuno  
ibas andar así de ceca en meca,  
pues me cuido y me mimo cual ninguno.

Y llevo siempre bollos de manteca,  
*un paté de fois gras*, Jerez, Champaña,  
jamón, pavo trufado, y fruta seca,

Quando me arrojo activo á la campaña  
para correr por estos andurriales,  
y así obsequiar á un viajador de España:

Qué tripas llevan con razon en tales  
escursiones, y estómago vacío  
no vé mas que fantasmas infernales.

Y que no pensáras, Leopoldo mio,  
que ibas tan solo á ver antigüedades,  
grutas, parques, y páramos confío;

Pues en altas y bajas sociedades  
te hubiera presentado con gran gusto,  
dó admiráras tambien raras beldades.

Y no de mal perjeño, y génio adusto,  
sino de gran primor y ameno trato,  
pues decir otra cosa fuera injusto.

Mas vive Dios, Leopoldo, que hace rato  
que en contarte la vida que aquí harías,  
cual si me dirigiera á un mentecato,

Me ocupo, y no te doy noticias mias,  
que pienso deben tanto interesarte,  
pues que de ellas careces largos días.

¿Pero qué he de decirte ni contarte?...  
que aquí estoy cada día mas contento  
puedo tan solamente asegurarte.

Pues esta gran ciudad es mi elemento,  
y cuatro breves años han corrido,  
sin dar á mi madura edad aumento.

Aquí no se envejece, y he vivido  
como el pez en el agua, con la suerte  
de ser de altos y bajos aplaudido.

Mas no debo ocultarte ni esconderte,  
que empieza ya la atmósfera á turbarse,  
y que barrunto un temporal muy fuerte.

Esta tierra comienza á conturbarse  
de la revolucion con la tormenta,  
y sus dichas verá desmoronarse.

Ya de plebe ignorante y turbulenta  
el alarido en estas plazas zumba,  
y bastardas pasiones alimenta.

Y temo se abra la insondable tumba,  
donde el reposo y paz de las naciones  
este siglo maléfico derrumba.

En Palermo han tronado los cañones,  
y si aquí aun están mudos, se ha debido  
á oportunas y sábias precauciones,

Y á que este rey magnánimo, advertido,  
concesiones, por cierto extraordinarias  
mas que están á la moda, ha prometido.

Y tenemos aplausos y plegarias,  
milicia, tricolores banderolas,  
vivas, mueras, banquetes, luminarias.

Cosas, que indiferentes por sí solas,  
dan márgen á desorden y á exigencias,  
que crecen cual del mar crecen las olas.

Entre tales trastornos y ocurrencias  
ya te figurarás que habré tenido  
compromisos de graves consecuencias,

Que mi tranquilidad habré perdido,  
y que grandes negocios cada hora  
me tendrán abrumado ó aburrido.

Ya un parecer me piden sindemora,  
cual práctico en barullos semejantes,  
ya á un consejo me llaman á deshora.

Y en tan duros y críticos instantes  
no estoy yo descontento de mí mismo,  
que haciendo estoy servicios importantes.

Ora calmando un necio patriotismo,  
de aquellos que de buena fé caminan  
con intencion sanísima al abismo.

Ora á los que engañados desatinan,  
sin conocer del siglo la tendencia,  
porque hábitos añejos los fascinan,

Aconsejando calma y gran prudencia,  
por que oponer de pronto á tal torrente  
impotentes estorbos es demencia.

En fin, predico con teson ardiente  
respeto al trono y paz, cimiento solo  
de un arreglo oportuno y conveniente.

Mas ¡ay! parece que iracundo Eólo  
ha soltado los fieros huracanes,  
que el orbe agitarán de polo á polo.

Temo grandes vaivenes y desmanes,  
y me asusta el mirar á los ingleses  
de la discordia acalorar los planes,

Mientras duermen ó sueñan los franceses,  
cuya débil y necia diplomacia  
no vé en peligro aquí sus intereses.

Dios nos conceda por piedad la gracia  
de que no cunda la espantosa hoguera,  
que empieza á arder con insaciable audacia.

Y que la hermosa Italia á la carrera  
no se lance, de paz y dichas harta,  
en que un confuso piélagos la espera.

Pero va siendo libro lo que es carta,  
y que tenga ya término es forzoso  
de estos tercetos la prolija sarta.

Adios, Leopoldo amado, sé dichoso,  
y pues sabes lo mucho que te quiero  
no seas en escribirme perezoso.  
Nápoles á catorce de febrero.

1848.



# LA AZUCENA MILAGROSA,

LEYENDA

## DEDICADA AL INSIGNE POETA

DON JOSE ZORRILLA.



### INTRODUCCION.

Si envolviste mi nombre en el perfume  
de *silvestre* mágica *azucena*,  
en donde se comprende y se resume  
toda la gala de tu rica vena;  
de agradecida mi amistad presume,  
y mi voz, aunque ya cascada suena,  
te ofrece el don de este sabroso cuento,  
á quien dá otra azucena el argumento.

No es contender ni competir contigo,  
en quien de Calderon arde la llama;  
que solamente admiracion abrigo  
por tu nombre y brillante fama:  
pues raros hay que desde tiempo antiguo  
merezcan como tú la verde rama,  
que corona tu sien, claro Zorrilla,  
lumbre del Parnaso de Castilla.

¿Ni cómo competir númen helado,  
que al occidente rápido declina,  
con el que jóven en zenit sentado,  
bebe del sol la inspiracion divina?...  
oiga tu acento el orbe entusiasmado,  
las nubes cruza, entre los astros trina;  
mientras tocando el fin de mi viaje,  
doy tibia luz á un pálido celaje.

Fé santa y verdadero patriotismo  
dieron voz á los bélicos clarines,  
despertando el valor y el heroísmo  
de los nobles hispanos paladines,  
para lanzar el torpe mahometismo,  
que aun del reino asombraba los confines,  
la cruz plantando cual blason triunfante  
de la hermosa Granada en el turbante.

Resonó por los ámbitos de España,  
que el mar circunda y el Pirene cierra,  
conmovido hasta la última cabaña,  
el santo grito de tan justa guerra.  
Y llegó pronto á una feraz campaña,

que en torno abriga de Leon la sierra,  
de Nuño Garceran antiguo estado,  
por sus mayores con valor fundado.

Sobre gigante loma que domina  
oscuro el bosque, fértil la llanura,  
y un hondo y ancho valle, en que camina  
torrente fugitivo de la altura,  
el almenage carcomido empina,  
y timbres y follajes de escultura,  
como solo señor de aquel espacio,  
presumiendo de alcázar, un palacio.

Toscas los muros son, pero en su seno  
ofrecen comodísima vivienda,  
con jardin á su espalda tan ameno,  
como huerto de mágica leyenda.  
Pues de arbustos y varias flores lleno,  
y cortado por una y otra senda,  
ostentaba á la vista y al olfato  
brillantes tintas y perfume grato.

Y el sabroso rumor de la sonrisa  
de una fuente de mármol que chispea,  
y el murmullo apacible de la brisa,  
y el de las verdes ramas que menea;  
y eco, que los repite en voz sumisa,  
y el ave que en los álamos gorgea,  
formaban deliciosa consonancia  
con selvas y torrentes á distancia.

Larga cadena de empinados riscos,  
ó mas cerca ó mas lejos del palacio,  
coronados de encinas y lentiscos,  
circundan de su término el espacio.  
Y desnudas de chozas y de apriscos,  
mas no de nieves del invierno reacio,  
cierran en derredor los horizontes  
rudas cervizes de gigantes montes.

Que ofrecen en sus quebras y recuestos  
ejercicio á los perros y neblías:

garzas y aves diversas para aquestos,  
para aquellos cerdosos javalíes.  
Y para el cazador ocultos puestos  
dó á palomas selváticas turquíes,  
y á tórtolas, amor de las florestas,  
redes tender, ó disparar ballestas.

La llana y ancha vega parecia  
en marzo campo inmenso de esmeraldas,  
y cuando abril en ella sonreia  
alfombra de amapolas y de gualdas,  
que al rojo sol de julio convertia,  
inundándolo todo hasta las faldas  
de los montes, en mar de espigas de oro,  
cual no lo ven ni el sículo ni el moro.

Del otoño feraz frutos ópimos  
ostentaban los huertos y cañadas,  
almibares brotando los racimos  
entre pámpanos y ojas coloradas,  
no inferiores en pompa á los que oímos  
que hallaron en las tierras fortunadas  
de promision las tribus israelitas  
por la alta diestra de Jehová benditas.

Robustas vacas y lozanos chotos,  
blando trebol y pálida retama  
despuntan libres en los frescos sotos,  
que no agosta jamás del sol la llama.  
Y allá por los ribazos mas remotos  
entre peñas buscando verde y grama  
de ovejas un sin número se mueve,  
sin lo que fueran reputadas nieve.

Dos ó tres mil vasallos, que anhelosos  
á su Señor y amparo bendecian,  
ricos, felices, prósperos, dichosos,  
en tan fecundo suelo enriquecian.  
Sin que entre ellos hidalgos de pomposos  
timbres faltáran, que guardar sabian  
la comarca de injustas opresiones,  
armas vestir y domeñar bridones.

Pero de aquella tierra venturosa era el mayor encanto y maravilla una imágen antigua y milagrosa de la madre del Verbo sin mancilla,

que con ardiente celo y fé piadosa del escelso palacio en la capilla veneraban aquellos naturales implorando las gracias celestiales.



Tal era el pingüe y decoroso estado de Nuño Garceran. En él moraba del mundo y de la corte retirado, y una dicha sin límites gozaba. Cinco lustros su edad era, y casado con Blanca de Agramunt feliz estaba, amándola con vida y alma toda, aun muy reciente su anhelada boda.

De Don Fortun Señor de Berindano rico-home de Navarra esclarecido, por los reveses del destino insano á desdichada suerte reducido; y por civil discordia en el cercano reino francés oculto y retraído; era hija Blanca, y su consuelo todo tenerla establecida de tal modo.

Pues ella, y un mancebo de edad tierna, que lo sigue, consuela, y acompaña en peregrinación, que juzga eterna, seguridad buscando en tierra estraña, (tal del astro indignado que gobierna sus contrarias fortunas es la saña) eran las solas prendas, que tenia, de unión dichosa cuando Dios quería.

Blanca, mujer de Nuño era un portento de gracia, de beldad, de gentileza, de candor, de virtud, y de talento, sin lo que vale poco la belleza. Y en tierna edad sin otro pensamiento que amar y ser amado con terneza por su esposo feliz, le procuraba dichas que el mismo cielo le envidiaba.

¡Cuántas veces vagando entre las flores del ameno jardín la siesta ardiente, de sus amantes lábios los amores dieron regalo al sosegado ambiente: y de la hermosa Blanca los colores, y el fuego de los ojos refulgente de Nuño deslumbraban los encantos de rosas, azucenas y amarantos!

Quando el primer albor de la mañana al esmaltar el llano y la floresta los reverberos de carmin y grana de nube junto al sol que nace puesta, si ella con un azor iba lozana, y él armando gallardo la ballesta á recorrer el soto, por deidades los tuviera el error de otras edades.

Y á los tibios y pálidos reflejos de la luna en las noches del estío, quienes á ambos esposos á lo lejos vieran vagando por el bosque umbrío, y oyéran de su hablar los suaves dejos atravesar las alas del rocío, por almas venturosas los tendrían, que el suelo aquel á bendecir venían.

En un mundo de amor dichoso y tierno, amor que concertaron las estrellas, y que se juzga durador, eterno, tan durador y eterno como ellas; de los que solo un monstruo del infierno puede intentar romper, y á las centellas de los celos lanzándole, ó la nieve de infames dudas esparciendo alevé;

Blanca y Nuño gozaban dulces días, teniendo de sus dichas por testigo, que á solas no hay completas alegrías, discreto confidente y franco amigo. De un labrador de aquellas alquerías, cuando Nuño nació, nació Rodrigo, sin separarse de él desde la cuna, asegurando así mejor fortuna.

Pues desde el primer paso de la infancia de su señor asiduo compañero, entre los dos borrando la distancia el poder de un cariño verdadero, á conseguir llegó tal importancia, que era administrador y consejero y confidente y necesario amigo de Nuño Garceran el tal Rodrigo.

¡Dichoso aquel que encuentra de la vida en la difícil y áspera carrera, una existencia con la suya unida por firmes lazos de amistad sincera: de amistad perdurable, no movida, de interés vil, y cálculo cualquiera sino de inclinacion mútua en los años, que de ficcion no saben ni de engaños!

Blanca, tan tierna, candorosa y pura tal vez al buen Rodrigo miraría con prevencion pueril, que amor procura ser esclusivo en cuanto alumbrá el día. Mas de él de Nuño hallándose segura, y que el tal confidente lo aplaudía, tratándola sagaz con tacto sumo, que al fin venciera su desden presumo.—

Con tal amigo, con tan tierna esposa, con alto nombre y con el rico estado, la vida mas feliz y deliciosa gozaba Nuño que al mortal es dado. Cuando el son de la trompa belicosa, cual ráfaga de viento inesperado nubla el cristal de plácida laguna, vino á nublar tan plácida fortuna.

De Garceran la noble sangre enciende el llamamiento á tan cristiana guerra.



La obligacion con que nació comprende como ilustre señor de aquella tierra: la voz del rey que lo convoca entiende, levanta su pendon y de la sierra llamando á los hidalgos y pecheros, forma gallarda hueste de guerreros.

Ya el caballo que suelto la llanura tras las liebres y gamos recorria, bajo el bruñido arnés y la armadura generoso relincho al aire envia. El arcabuz que al ciervo en la espesura fulminó, y la ballesta que solia un ánade matar, ó una paloma, van ya á extinguir la raza de Mahoma.

El hidalgo, que solo de la caza se daba al ejercicio en ocio blando, ya vestida sobre ante la coraza se ejercita de escuadras en el mando. Y el labrador plebeyo olvida el aza, que fecundó con su sudor, y ansiando moros matar, abraza la rodela, ciñe la espada, y alta gloria anhela.

Entusiasmado Nuño, alegre, altivo, de ocasion tal para mostrar contento el noble esfuerzo y el valor altivo, propios de su encumbrado nacimiento; manifiesta que el cielo no fué esquivo en darle el alto militar talento, y aquel que á pocos hombres les concede, sin el que gobernar ninguno puede.

Tambien instinto bélico demuestra Rodrigo en los aprestos diligente, ora pasando á las escuadras muestra, ora instruyendo la bisoña gente, ora con su mano previsora y diestra mirando por su dueño cual prudente, tiendas, víveres, armas, municiones, procurando á los nuevos escuadrones.—

Blanca solo, si bien ufana mira bajo el bruñido arnés á un mas gallardo al esposo gentil por quien delira, que vestido del rústico tabardo; con mil sutiles medios, que le inspira su anhelante pasion, busca el retardo de ausencia, que la aterra y la confunde, y en un desconocido mar la hunde.

Viendo afanado siempre á su marido, sin pensar mas que en la gloriosa guerra, juzga que ya la tiene en el olvido, y tal recelo sin cesar la aterra; que amor es siempre de recelos nido (en serlo sin cesar tal vez no yerra) y esclusivo, absoluto, aislado, solo quiere en las almas ser de polo á polo.

Mas ¡ah! Blanca se engaña, pues su amante firme como del norte está la estrella, jamás la amó tan ciego y delirante como al tener que separarse de ella.

Y cual siempre acontece, en el instante de irla á perder hallábala mas bella, por no afligirla su dolor infando su semblante y palabras ocultando.

Viendo al fin terminados los aprestos Blanca, y cercano de la marcha el día, infantes y caballos ya dispuestos á saludar la hermosa Andalucía; y agotados al cabo los pretestos con que aquella jornada suspendia, ruega á Nuño con lágrimas y abrazos, que el corazon hiciéronle pedazos,

Que espere á que perfile y que concluya de bordar con sus manos una banda, que le prepara como prenda suya, y que hace tiempo trabajando anda: para que este recuerdo disminuya, y ayude á ser, si puede serlo, blanda de ausencia tan atroz la amarga pena, á que el destino infausto los condena.

Y que logre tambien ser el escudo, de amor que la labró por la influencia, de flecha enherbolada y plomo rud estrellen su diabólica violencia; si se mostrase el cielo tan sañudo, y á sus ruegos con tanta indiferencia, que del maldito infiel no ponga estorbo al tronante arcabuz y al arco corvo.

Nuño consiente, que es lo que desea, y Blanca en su labor no se apresura; pero toca el final de su tarea por mas que dilatarla ¡ay Dios! procura. Y coronando su amorosa idea una cifra, prolija bordadura, de perlas traza con los nombres juntos de Nuño y Blanca en combinados puntos.

Pero ¡ay! al terminar labor tan rica al dar temblando la última puntada, la aguja alevé se resbala y pica, ¡mal presagio! la mano delicada, y de encendida sangre se salpica la banda del amor... horrorizada lanza un grito la linda bordadora, y no el dolor mas el agüero llora.

No estaba lejos el amado esposo, que vuelve de adiestrar los escuadrones, y herido del acento doloroso atraviesa anhelante los salones, y en alas del amor llega afanoso dó sumida en funestas reflexiones halla á su encanto, y con el lábio amante las lágrimas le enjuga del semblante.

Y aprecia mas el don, porque el tesoro de aquellas de su sangre gotas puras le dan valor, que por las perlas, y oro, que forman sus labores y figuras; y talisman seguro contra el moro lo estima, y prenda cierta de venturas;

explicando entendido aquel agüero de un modo para Blanca lisonjero.

Ella en los brazos del esposo ataja el raudal de sus ojos, dichas sueña corto momento, y ciñela la faja lazo que mas y mas su amor empeña. Mas ¡ay! pronto su sangre toda cuaja de las escuadras la última reseña, y de las trompas roncadas la llamada para emprender ¡ó cielos! la jornada.

Es ya urgente. Ni lágrimas, ni abrazos la pueden retardar. Noticia llega de que los Reyes de la fé en los brazos se acercan de Granada á la ancha vega; y que ya en sus recuestos y ribazos el cristiano estandarte se despliega; y mengua fuera ya de los leoneses llegar tarde á los triunfos ó reveses.

Los afanes, las ansias, las ternezas de ambos esposos, al adiós postrero, los encargos, palabras y finezas, que son de amor tesoro verdadero. El trastorno comun de ambas cabezas, y de ambos corazones el esmero, quede en su punto aquí: pintarlo escede del poder que el ingenio se concede.

Formados en gallardos escuadrones los há poco labriegos y villanos, desplegados al aire los blasones de Nuño Garceran en fieles manos, dando atabal y trompa con sus sonos vida y voz á los ecos mas lejanos, la hueste al cabo rumorosa marcha un pardo amanecer hollando escarcha.

Viejos, niños, mujeres, que formaban diversos grupos, con los ojos fijos en las tropas que lentas caminaban de esposos, y de padres, y de hijos, rostros y manos al Señor alzaban, con los fervientes ruegos mas prolijos, para que salvos de la cruda guerra los restituya á su nativa tierra.

En la eminente torre del palacio Blanca, convulsa, muda, helada, yerta, vé el escuadron marchar por largo espacio, y ni aun á respirar su labio acierta; y Nuño Garceran confuso y lácio, que el peso del dolor lo desconcierta, torna, y mil veces repitió el saludo con penacho, con lanza y con escudo.

El bosque al fin y una importuna loma cubren el escuadron... un parasismo á la infelice Doña Blanca toma, y húndese del dolor en el abismo. Nuño aun vuelve á mirar... mas ya no asoma ni la alta torre, y fuera de sí mismo se torna en hielo, un alarido exhala, y la visera hasta los pechos cala.

Consuélate con cuerdas reflexiones  
y lágrimas también el fiel Rodrigo;  
¡gran cosa es escuchar en ocasiones  
el dulce acento de afanoso amigo!  
Pero para calmar sus aflicciones,  
¡Ah! no lo lleva Garcera con sigilo,  
pues en la ausencia déjale el cuidado  
de su adorada esposa, y de su estado.

Y ¡oh gran dolor! en la inmediata aldea,  
después de arreglos varios preventivos,  
uno al otro los brazos le rodea  
empinados los dos en los estribos.  
Y vuelve atrás Rodrigo, y espolea,  
y Nuño con mil gestos espresivos  
le grita ahogado: *Cuidame á mi Blanca,*  
y á las lágrimas dá salida franca.



## LA AZUCENA MILAGROSA.

### PRIMERA PARTE.

Los pendones triunfantes  
de la cruz soberana  
ya respetoso desplegaba el viento,  
en las torres gigantes  
de esmalte y filigrana,  
con que Granada toca al firmamento;  
torres eternas, cuyos altos muros  
labrados entre mágicos conjuros,  
presagios, influencias, profecías,  
y consultas de signos, y de estrellas,  
lograban ya los venturosos días  
para que tal poder les dieron ellas.

El sol desde el oriente  
al perfilar de grana y de topacio  
celajes que bordó la blanca aurora;  
y al ocupar el trono refulgente  
del zenit en la cumbre del espacio,

derramando á raudales  
vida, riqueza y luz á los mortales;  
y al declinar tras nube que trasflora  
de morado, y de jalde al occidente;  
saluda los católicos pendones,  
y en ellos los castillos y leones  
y aragonesas barras ondeando,  
y la fé pregonando  
de Alhambra, y de Albaicin en las almenas,  
dó antes volaban lunas sarracenas.

Genil entusiasmado  
del triunfo de las armas españolas,  
no envidiaba del mar las crespas olas,  
después de haber tal gloria presenciado.  
Y al través de la vega apresurado,  
dejando atrás sus bosques y repechos,  
gozoso á relatar tan altos hechos  
iba al Guadalquivir, cuya memoria  
conserva otras tan grandes de su historia.

De la Sierra nevada  
sonreía la cumbre  
porque en su hija Granada

brillaba ya la bienhechora lumbre,  
del lucero del Gólgota, y veía  
á la grande Isabel, y al gran Fernando  
larguísima ganta pisando  
del islamismo con tan firme planta,  
que jamás volvería  
el brillo á oscurecer de la fé santa,  
ni á profanar la hermosa Andalucía.—

Segura, en fin, España  
de la stirpe agarena, tanta hazaña  
famosa y nunca vista,  
con que sus héroes la feliz conquista  
lograron del imperio granadino,  
celebraba gozosa:  
aun sin saber que Dios iba el camino  
con mano poderosa  
á abrirle de otro mundo,  
por favor de su gracia sin segundo.  
Y ya la fama con su trompa de oro,  
eterna voz, y cántico sonoro,  
cruzaba mares, taladraba nubes,  
presentándole sus alas los querubines;  
y la insigne victoria difundía,  
por cuanto alumbra el sol, y el mar enfria.  
Y el español denuedo  
sembraba en los paganos  
terror, y helado miedo,  
y gozo, y nuevo aliento en los cristianos.  
Pasmado al orbe todo  
el triunfo audaz, con que el linaje godo  
la lucha de ocho siglos coronaba,  
y con que aseguraba  
la fé de Cristo, y su blason triunfante  
desde el tirreno mar, al mar de Atlante.

Si: De doña Isabel, de don Fernando  
católicos monarcas españoles,  
de alta prudencia y de denuedo soles,  
que hoy en gloria sin fin están brillando,  
despojo era Granada.  
Mas dije mal, porque despojo no era,  
sino la mas preciada,  
y la joya mas rica, y la primera  
de la diadema espléndida española,  
entre cuantas respeta el orbe, sola  
de otras muchas formada por el cielo,  
con incesante anhelo,  
para en la augusta frente colocarla  
de tan egregios reyes;  
y en ella asegurarla  
por las humanas, y divinas leyes.

Magnífico diamante,  
rico joyel de la diadema augusta  
del imperio español era Granada,  
con su cielo radiante  
que rara vez el huracan asusta,  
con su sierra pirámide de nieve,  
á quien, ni el cancro abrasador se atreve;  
con su vega encantada,  
de deleites tesoro;  
con su Darro y Genil, que arrastran oro  
en los raudales frios;  
con sus carmenes verdes y sombríos;

con sus palacios magníficos de encajes,  
y frágil filigrana;  
con sus torres ligeras cual plumajes,  
que el soplo de la cándida mañana  
entre vapores húmedos parece,  
que blando agita, y que risueño mece.

Sí, Urí inmortal, si reina de odaliscas  
de alas de leve niebla, y pié de espuma,  
con las galas espléndidas moriscas  
fué la hechicera juvenil Granada;  
ya por la gracia de los cielos suma  
se mira transformada  
en augusta matrona,  
orgullosa, triunfante,  
y con la frente de real corona  
ceñida en vez del bárbaro turbante:  
viéndola con profundo  
respeto absorto el admirado mundo,  
ya con la fé católica en el seno,  
antes manchado del inmundo cieno  
de torpes ceremonias y de ritos  
por el cielo malditos;  
y oyendo en sus mezquitas,  
del bátrac tremendo con espanto,  
las palabras benditas  
del Evangelio santo,  
que alienta al siervo, y al tirano doma,  
en vez de las blasfemias de Mahoma.  
Y admirando en sus cármenes y Alhambras,  
y plácidos jardines  
las danzas castellanas y festines,  
mucho mas nobles que agarenas zambras;  
y en vez de Abencerrajes,  
y Zegríes traidores,  
poblada de linajes  
mas altos y mejores,  
mas bravos, y hazañosos,  
y mucho mas antiguos, y gloriosos.

Todo era, pues, contento y alegría  
justas, banquetes, y vistoso alarde,  
desde el primer albor del nuevo día,  
hasta espirar los plazos de la tarde.  
Y de danzas y orquestas,  
régios convites, y costosas fiestas  
el plácido rumor y los concertos  
daban vida á los vientos,  
las sombras de la noche regalaban,  
y el sueño de los astros arrullaban:  
y alboradas risueñas  
felicitaban á la blanca aurora,  
cuando las altas peñas  
de escelsos montes con su luz colora.

Tan solo Nuño Garcerán hundido  
en afán melancólico se esconde,  
y ni al aplauso universal responde  
á su valor egregio conferido.  
Pues su esfuerzo bizarro  
á la vega encantó, y admiró al Darro:  
siendo sus estandartes,  
y sus bravos leoneses  
nuncios de la victoria en todas partes,  
sin temer de fortuna los reveses.

Y él, en el duro asalto  
del régio alcázar colocó tan alto  
su nombre, que la fama,  
la flor de los guerreros le proclama.

Mas ¡ay! que de su patria, de su estado,  
y de su tierna esposa separado,  
no puede tanta ausencia  
soportar de su pecho la vehemencia.  
Y ni ostenta su gala en los salones  
de los reyes, ni asiste á sus funciones,  
ni luce en los jardines,  
ni brilla en los festines,  
ni en Vivarrambra en pisador ligero  
ensangrentando el acicate de oro,  
justa, ostentando su saber guerrero,  
lidia, mostrando su destreza, un toro.

Y lejos del bullicio, y los festejos,  
como está de placer y calma lejos,  
solitario paséa  
entre los altos olmos que menea  
el zéfiro en la orilla  
del Genil. Y en la noche triste vaga,  
cuando la luna entre celajes brilla,  
y la corriente cristalina halaga,  
por los campos desiertos  
de tibia luz y de vapor cubiertos:  
y allí repite el nombre de su Blanca,  
y hondos suspiros de su pecho arranca.

Há tiempo que carece  
de nuevas de ella, y cuando no hay noticias,  
ya infaustas, ya propicias,  
la ausencia se parece  
al sueño eterno de la tumba helada:  
Pues ó malas, ó buenas, son sustento  
de un alma enamorada,  
y dan vida á la ausencia y movimiento.  
A su tierra ha enviado  
uno y otro criado,  
que no tornan jamás; cual si un conjuro  
allá los átuviera,  
ó cual si á su regreso se opusiera  
un encantado impenetrable muro.

Confuso entre afanosos pensamientos  
el triste se perdía,  
amante firme, y tierno enamorado,  
creciendo los tormentos  
de su angustiado pecho cada día,  
de toda nueva de su bien privado,  
cuando á mirar acierta,  
que llega una mañana ante su puerta  
en rocín sudoroso, y anhelante,  
un villano leonés; en el tabardo  
de toscó paño pardo  
conoció que lo era,  
como en las bragas y amarilla cuera.  
Un vuelco dióle el corazón, se lanza  
á salirle al encuentro sin tardanza.



y sin preámbulo alguno le pregunta,  
latiente el pecho, la color difunta,  
por carta y nuevas de su esposa amada.

El villano la mano venerada,  
que es aquel su señor reconociendo,  
le besa, de este modo respondiendo:  
Mi alta señora, vuestra esposa bella,  
de las montañas de Leon estrella,  
salud cumplida tiene;  
aunque siempre afligida la mantiene

vuestra ausencia, Señor, y noche y día  
pide llorosa, y con ferviente anhelo,  
que os torne salvo á vuestra patria el cielo.  
Yo habito la alquería,  
que está de la cañada en los alcóres,  
entregado á las rústicas labores,  
de allí el señor Rodrigo con gran priesa,  
sin duda porque mucho os interesa,  
partir mandóme, y con premura harta  
poner en vuestras manos esta carta.

Confuso Nuño Garcerán la toma  
con temblorosa mano,  
y aunque lo que le ha dicho aquel villano  
de Doña Blanca, contra de sus dichas,  
le asegura, tal vez al rostro asoma  
inquieta turbacion: pues que, un arcano  
de miserias desdichas  
en sí contiene el misterioso pliego,  
le dice el corazon. Se encierra luego,  
ábre la palpitante,  
y estos renglones se encontró delante

Don Nuño, tan larga ausencia  
empieza á perjudicaros,  
y es mi obligacion llamaros,  
que importa vuestra presencia.

Pues se alcanzó la victoria,  
y se conquistó Granada,  
donde veis acrecentada  
de vuestra casa la gloria;

A librar á ella y á vos  
de un abismo, que está abierto,  
y que yo á evitar no acierto,  
venid, y pronto por Dios.

Venid, que os llama un amigo.....  
¡quiera el cielo no sea tarde!...  
él os ayude y os guarde,  
vuestro servidor, *Rodrigo*.

En tormentoso mar de confusiones,  
que envuelve noche ciega,  
leyendo estos renglones  
el desdichado Garcerán se anega.

Dice poco, es verdad, aquella carta;  
mas tambien, harto dice,  
para que hienda, y parta  
el alma, y corazon á un infelice.

Y en el conjunto vago y sin colores  
del oscuro compendio  
se ven los resplandores  
de un infernal aterrador incendio:

Como se vé en el fondo de los mares  
en confusion las rocas,  
y sin forma, á millares  
cruzar los tiburones y las focas.

O cual tras negro tronador nublado  
se vé, que arde, y que gira  
meteóro encapotado,  
nuncio fatal de la celeste ira.

Dó quiera que el discurso vacilante,  
buscando conjeturas,  
de Nuño acude errante,  
vé un piélagos sin fin de desventuras

Y espectros y fantasmas espantables  
le revuelan en torno,  
mucho mas formidables  
por no tener ni forma, ni contorno.

Y de aquellos fatídicos renglones  
de tan infausto arcano,  
consuelo en las razones,  
quiere encontrar su mente, del villano.

Sí, nuevas favorables de su Blanca  
le ha dado cual testigo;  
mas el alma le arranca  
notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.—

Aquel le dijo que constante llora  
su ausencia, y este calla—  
¿será que el uno ignora,  
lo que otro el modo de decir no halla?...

¡Ay! este pensamiento le horroriza,  
y arde en un fuego interno,  
que envenena y atiza  
una mano invisible del infierno,

Y destrozado y roto en el combate  
de temor y de duda,  
se anonada, se abate,  
sin luz los ojos y la boca muda.

Mas una pronta decision estalla  
en su cabeza ardiente,  
cuando en la cruel batalla  
iba á doblar exánime la frente.

La de volar en busca de Rodrigo  
á la nativa sierra,  
y ver cual enemigo  
allá le mueve tan estraña guerra—

Y las alas envidia voladoras  
del águila altanera,  
que cruza en pocas horas  
todo el cóncavo espacio de la esfera.

Escondiendo á los suyos el viaje  
velóz caballo ensilla  
y con humilde traje,  
y con solo su afan vuela á Castilla.

Ya deja atrás las torres de Granada,  
y la encantada vega,  
y la Sierra nevada,  
y al confin andaluz rápido llega.

Y lo vé galopar sin un respiro  
el sol desde el oriente,  
hasta acabar su giro,  
apagando en el mar la crencha ardiente.

Y la luna y las trémulas estrellas  
alumbran su viaje,  
luciendo sus centellas  
al través del vapor y del celaje.—

Atraviesa á Castilla, montes, rios,  
valles profundos, nada  
disminuye sus bríos,  
ni detiene la rápida jornada.

Y al rojo esclarecer de hermoso dia,  
principio del verano,  
cuando la aurora abria  
la puerta de oro al astro soberano.

Vió Nuño aparecer azul un monte  
aun de nieve vestido  
allá en el horizonte,  
y dióle el corazon hondo latido.

La sierra es de Leon donde su estado  
tiene, y su dicha asiento;  
hácia ella arrebatado  
lanza el corcel mas rápido que el viento.

A cada nueva, y conocida loma,  
que descuella de lejos,  
y cuando un punto asoma,  
que blanquea del sol á los reflejos,

Sensaciones tan fuertes é indecibles  
el corazon le agitan,  
y tan indefinibles  
pensamientos le hielan ó le irritan;

Que ya para sufrir tanto martirio  
sin fuerzas, espoléa  
en insano delirio  
al alazan, que sin vigor jadéa.

¡Oh cuán breve, y cuán largo es el camino  
que corre un desdichado,  
si va donde el destino  
le tiene algun desastre preparado!—

Al cabo Nuño en férvidos vapores,  
que del valle se elevan,  
descubre los alcores  
de los estados que su nombre llevan.

Y al fin, del sol, que baja lentamente  
al confin del espacio,  
no lejos vé á su frente  
la mole desigual de su palacio.

Y le parece aterrador coloso  
que lo amenaza y mira;  
y crespon doloroso  
la leve niebla que en sus torres gira.

Y detiene de pronto la carrera  
con toque tan forzado,  
que el caballo cayera,  
á no sentir el acicate agudo,

Y lanza un grito, ó pavoroso trueno,  
que el corazon hinchado  
le dá un vuelco en el seno,  
como si en él hubiera reventado,

Una encendida bomba en su cabeza  
que á estallar va al instante,  
y en toda su grandeza  
la boca del infierno vé delante.

¡Miserero...! las fantásticas visiones  
le cercan de su mente,  
piérdese en ilusiones,  
y no vé la verdad que está presente.

No vé á su encuentro por la misma senda  
un hombre y un caballo  
venir á toda rienda,  
ni oye el recio pisar del duro callo.

Ni sale del delirio hondo, morbosó,  
hasta que el brazo amigo  
le estrecha cariñoso  
de su buen servidor, del fiel Rodrigo.

Reconócelo, abrázalo, suspira,  
y la color difunta,  
con hondo afán lo mira,  
sin osar producir una pregunta.

Y Rodrigo también mudo, turbado,  
y la color de cera,  
la mirada, espantado,  
de aquellos ojos evitar quisiera.

Descabalgan entrambos, y Rodrigo  
estrechando la mano  
de su señor y amigo,  
le asienta al pié de un álamo lozano:

Cuando en un mar de fuego en occidente  
pálido el sol se hundía,  
su faz velando ardiente  
sangriento nubarrón, tumba del día.

A la luz del crepúsculo borrosa,  
mientras la suya daba  
la luna candorosa,  
que entre cumbres oscuras asomaba,

Tras de silencio breve, pero horrendo,  
solos, y sin testigos,  
tal diálogo tremendo  
tuvieron entre sí los dos amigos.—

Don Nuño.

A tu carta obedeciendo  
en Leon me tienes ya,  
¿qué males, pues, me amenazan?...  
dílos, dílos sin tardar,  
dílos, porque el alma tengo  
en tan angustioso afán,  
que de tus palabras pende  
mi ansiosa vida quizás.

Rodrigo.

Señor, mi confuso lábio  
no sabe cómo empezar;  
pues hay cosas cuyos nombres  
no acierta el bueno jamás.  
y acaso es más infelice  
en mayor angustia está  
que el que infortunios aguarda,  
quien los debe revelar.

Don Nuño.

Apresura mi tormento,  
ten de tu amigo piedad.  
¿Vive Blanca?... si ella vive,  
¿qué me importa lo demás?

Rodrigo.

¡Ay que has pronunciado el nombre,  
que no osaba pronunciar!

Vive Doña Blanca, vive...  
vive, sí, vive... ¡ojalá  
que nunca vivido hubiera  
para tu nombre afrentar!!!

Don Nuño (furioso).

¿Qué supones, miserable?...  
¿qué alientas furia infernal?...  
Prueba, prueba lo que dices,  
ó mi furia probarás.  
Mi Blanca es como el sol, pura,  
es un ángel celestial.

Rodrigo (turbado).

Doña Blanca... es...

Don Nuño.

¿Qué es?... acaba  
...¿te se pega al paladar  
la lengua?... ¿Qué es, dí, mi esposa?

Rodrigo.

¡Infel!

Don Nuño (poniéndose de pié.)

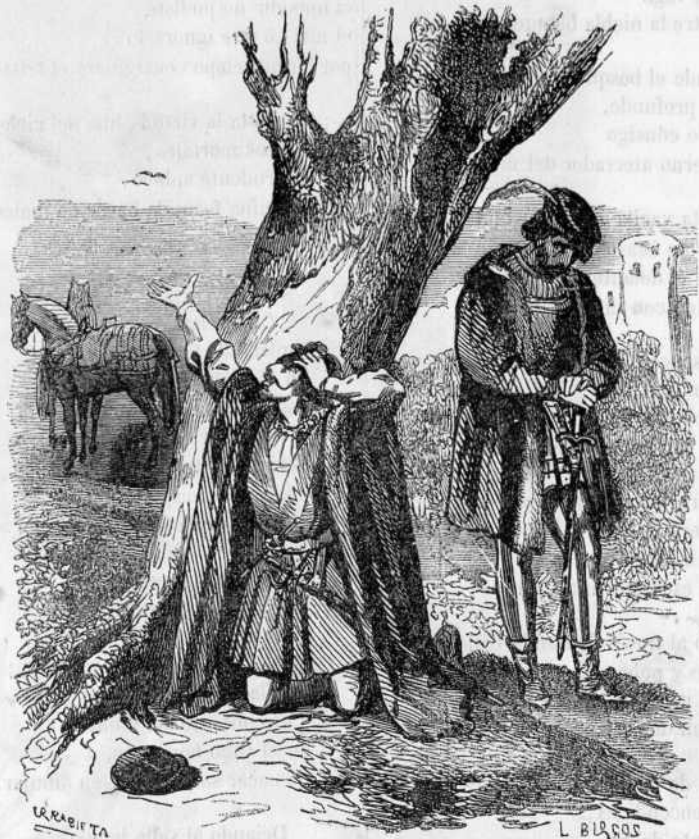
Mentira!

Rodrigo (resuelto).

Verdad!

Don Nuño (cayendo convulso.)

Abrete, tierra, á mis plantitas  
y sepúltame voraz!



Como de rayo tronador herido  
cayó convulso en tierra,  
y lanzó un alarido  
que estremeció los riscos de la sierra.

Y el confidente mudo y aterrado,  
hecho estatua de hielo,  
inmóvil quedó á un lado,  
fijos los turbios ojos en el suelo.

Don Nuño destrozándose furioso  
la túnica y el pecho,

revuélcase anheloso  
sobre la yerba de dolor deshecho.

Rodrigo al cabo á su socorro viene,  
levanta al infelice,  
lo anima, lo sostiene  
y con voz balbuciente así le dice:

Rodrigo.

Volved en vos, Señor mio,  
¿Dónde vuestro esfuerzo está?  
¿Queréis morir sin venganza?

## DON NUÑO (reanimándose.)

No, Rodrigo, no, jamás!  
Cuéntame, cuéntame todo,  
tranquilo te escucho ya.

RODRIGO.

¿Y qué puedo yo contaros?...  
vuestrs ojos mismos van  
á decíroslo al momento.  
Y pues nadie sospechar  
puede, señor, vuestra vuelta,  
y la noche, y el disfraz  
esconden vuestra persona,  
venid tras de mí y callad.

Como al conjuro de potente mago  
un cadáver camina,  
asi con paso vago  
va Nuño entre la niebla blanquecina.

Atravesando el bosque con su amigo  
en silencio profundo,  
mas llevando consigo  
todo un infierno aterrador del mundo.

Y su planta vacila á cada instante,  
y no mas firme acaso  
es la que de él delante  
tiene Rodrigo con incierto paso.

Y no se escucha mas que el rumor leve  
de espesos matorrales,  
que su marcha remueve  
al través de barrancos y de heriales.

Y la respiracion de ambos viajeros  
estertor parecia,  
del que ya en los postreros  
afanes juzga escasa el aura fria.

Iban como al través de honda cañada  
entre encinas y pobos,  
buscando la manada  
de ovejas, van dos carniceros lobos.

Y los ojos de Nuño relumbraban  
cual brasas encendidas,  
y acaso espanto daban  
á las aves del todo aun no dormidas.

Y lumbre azul, cual arde sobre un muerto,  
los ojos de Rodrigo  
daban en el desierto,  
sui osar revolverlos á su amigo.

A poco tiempo llegan á una puerta  
del jardin del palacio,  
que sin rumor abierta  
da entrada franca al encantado espacio.

Y enfrente allí de un cenador de hiedra,  
dó una lámpara ardia,  
y una mesa de piedra  
refrigerios, y frutas ofrecia;

Entre las murtas, troncos y follaje  
quedan entrambos bultos,  
por fin de su viaje,  
en gran silencio, sin moverse, ocultos.

Tal se esconde alevoso en la enramada  
el cazador, y espera  
la cierva descuidada  
que baja por la noche á la ribera.

¡Ah buen Rodrigo!... tu amistad constante,  
tu gratitud ardiente  
te arrastran tan distante,  
que no hallarán disculpa en el prudente.

De honradez y lealtad tan alta prueba,  
¿no ves, oh fiel Rodrigo,  
que al precipicio lleva  
al que proclamas protector y amigo?

¿Cuánto mejor te fuera, ó tú vengarlo,  
si impedir no pudiste  
el mal, ó que ignorarlo  
por largo tiempo consiguiera el triste?

¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,  
los míseros mortales,  
por imprudente anhelo,  
pueden mina fecunda hacer de males!

¡Cuán clara y refulgente,  
espléndido topacio  
en el celeste espacio  
ostentaba la luna su esplendor!

Con sonrisa inocente  
dormida entre celajes,  
delicados encajes  
de leve niebla y cándido vapor.

Y su luz argentina  
por lomas y collados,  
y silenciosos prados  
se gozaba apacible en resbalar;

Y la pomposa encina,  
y el contorno del monte  
en el vago horizonte,  
de nacar sobre nube, en dibujar.

Dejando al valle hondo  
tiniebla misteriosa,  
que nadie mirar osa  
temiendo algun fantasma descubrir;

Y solo allá en el fondo  
dejaba en la corriente  
del rápido torrente  
breve y fugaz destello relucir.

En calma estaba el viento,  
y el aura revolando,  
y en silencio besando  
las soñolientas flores del jardin,

Robábales su aliento,  
y con él perfumaba  
y en bálsamo tornaba  
el ambiente hasta el último confin.

El silencio profundo  
solo lo interrumpia,  
la fuente que corria,  
y el acento de un tierno ruiseñor:

Dijérase que el mundo  
en sueño regalado,  
dormia reclinado  
en el inmenso seno del Criador.

¡Ah! Noche tan hermosa  
tranquila y apacible  
que encubra no es posible  
perfidia, engaño, crimen y traicion.

Si alma hay tan horrorosa,  
que á turbarla se atreva  
sobre su frente llueva,  
el fuego de la eterna maldicion.

Mas ¡ay! que la influencia  
de su apacible calma  
no tranquiliza el alma  
del furibundo Nuño Garcerán.

Y cuando su impaciencia  
á atropellar por todo  
iba, y de cualquier modo  
á dar un fin á su angustioso afan;

Y apenas ya podia  
la mano de su amigo,  
el ejemplar Rodrigo,  
contener su impaciencia y su altivez;

En lejana abadía  
el reló resonando,  
que el tiempo iba ajustando,  
dió con gran pausa campanadas diez.

Y á la puerta aparece,  
del vecino palacio,  
en el oscuro espacio  
de pronto una hermosísima mujer.

Mujer que resplandece,  
aparicion divina,  
de aquellas que imagina  
la inocencia en ensueños de placer.

Talle esbelto, elegante,  
y formas delicadas,  
que lucen adornadas  
con veste de blancura virginal.

Y un pálido semblante  
sobre el cuello flexible,  
tan bello y apacible,  
y de espresion tan noble y celestial,

Cual rara vez el suelo  
vé, cuando de belleza  
quiere naturaleza  
darle un tipo ostentando su primor

Y que tan solo el cielo  
reveló al soberano  
ingenio, y á la mano  
del grande Urbino, el inmortal pintor.

Toda ella iluminada,  
sobre aquel fondo oscuro  
encuadrado en el muro,  
por la luz de la luna vertical,

Con el claror mezclada  
de la llama, que brilla  
oscilante, amarilla,  
dentro del cenador en un fanal;

Parece la figura  
de la divina maga,  
aparicion tan vaga  
de misterioso y singular color,

Que no humana criatura  
del mundo se creeria,

sino una fantasia,  
un conjunto de luz y de vapor.

Don Nuño arrebatado  
por tal vision divina  
casi la frente inclina,  
casi olvida su furia y su ansiedad.

Cuando ponerse al lado  
vé de aquella belleza,  
con familiar franqueza,  
un mancebo gentil de corta edad.

De risueño semblante,  
de noble corpulencia,  
de gallarda presencia  
brotando actividad, vida, expresion :  
Y con traje elegante  
de rojo terciopelo,  
y sobre el rubio pelo  
una toca adornada de un airon.

Lanzó Nuño un rugido  
profundo, ahogado, interno,



URRABIETA

CEBERCH

que se oyó en el infierno,  
aunque apenas se oyera en derredor:

Y ciego, enfurecido,  
con el hierro desnudo,  
iba... Pero forzado  
sujetó el fiel Rodrigo su furor.

El jóven, y la hermosa,  
alegres, descuidados,  
y del brazo enlazados  
discurren un momento en el jardin.

Y su charla amorosa,  
esparciendo un murmullo  
como apacible arrullo,  
dentro del cenador entran al fin.

Ella en rica almohada  
de brocado se sienta,  
y de pié le presenta  
frutas y flores el gentil garzon.

Quien viendo preparada  
arpa sonora á un lado,  
púlsala arrebatado,  
y entona esta dulcísima cancion.

«En noche tétrica  
 »de desventura  
 »y de amargura  
 »me iba ya á hundir ;  
 »Cuando la fúlgida  
 »luz de una estrella  
 »benigna y bella  
 »ví relucir :  
 »y eras tú, Blanca mía,  
 »la estrella de consuelo y de alegría.  
 »En negro vértigo  
 »agonizaba,  
 »mi pié tocaba  
 »ya el ataud,  
 »Y un dulce bálsamo  
 »bebí anhelante  
 »y hallé al instante  
 »vida y salud :  
 »Y eras tú, Blanca mía,  
 »el bálsamo que tanto conseguia.  
 »Blanca, sí,  
 »todo á tí  
 »de polo á polo  
 »lo debo solo.  
 »Sin tu amor,  
 »y favor  
 »fuera mi suerte  
 »misera muerte :  
 »Porque eres, Blanca mía,  
 »bálsamo de salud, sol de alegría.»

Aquí llegaba en su canción, mirando  
 con arrasados ojos y semblante  
 á la dama el doncel; cuando anhelante  
 ella, el rico almohadon abandonando,

Se acercó á él con cariñoso esceso,  
 y en la mejilla juvenil y hermosa,  
 con la emocion del canto ardiente rosa,  
 le imprimió un blando y delicioso beso.

Rodrigo suelta entonces á Don Nuño,  
 que como flecha despedida arranca,  
 y en el seno infeliz de Doña Blanca,  
 hundió la daga hasta el dorado puño.

El mancebo de pronto en su defensa,  
 tarde era ya, sacrificarse quiere,  
 y el mismo acero lo recibe, y hiere  
 y abre en su tierno pecho herida inmensa.

Al desplomarse en brazos de la muerte,  
 Blanca infeliz, y en el postrer desmayo,  
 cuando juzgó que la mataba un rayo,  
 quien es su matador ¡misera! advierte.

Y ¡oh Nuño!!! esclama en el postrer aliento,  
 y Nuño redoblando con oíra,  
 su furor infernal, torna á embestirla,  
 que solo de su muerte está sediento.

Y cébase cual hiena furibunda,  
 en el cadáver con horrible estrago;  
 bañándose frenético en el lago  
 de sangre, que el jardín, cálida inunda.

Cuando huracan horrisono rugientó  
 baja de pronto desde la alta sierra,  
 los árboles altísimos aterra,  
 y el cenador y lámpara eminente.

Embiste silbador con recio empuje  
 el palacio, y lo mece, y lo fulmina,  
 las gigantescas torres arruina,  
 y el muro roto se desploma y cruje.

Y la luna purísima envolviendo  
 en borrascosas nubes espantables,  
 con espesas tinieblas impalpables  
 cubrió aquel espectáculo tremendo.

Nuño de un trueno al espantoso grito,  
 de sí mismo medroso, y aterrado,  
 y creyendo que el orbe ha caducado,  
 del Sumo Sér, que lo formó, maldito;

Por el áspero monte huye cobarde,  
 de cuando en cuando deslumbrado y ciego,  
 de súbitos relámpagos al fuego,  
 en que juzga que el globo todo arde.

Así recién formado, con profundo  
 terror, vagar por anchas soledades,  
 envuelto en espantosas tempestades,  
 al primer homicida miró el mundo.

## LA AZUCENA MILAGROSA.

### PARTE SEGUNDA.

¡Sevilla! ¡Oh nombre mágico, que encanta  
 con su apacible son mi mente toda,  
 y de recuerdos plácidos circunda  
 mi helado corazón, y mi memoria!

Sevilla, reina del ameno clima  
 en que Guadalquivir su régia pompa  
 ostenta, caminando hácia los mares  
 dó el sol se esconde al desdeñar á Europa.

Sevilla, que gallarda señorea  
 de olivo y de laurel con la corona,  
 la parte mas risueña de este mundo,  
 y dó ingenio y valor la tierra brota:

Mientras mas lejos de tus altos muros,  
 de tu inmensa basílica grandiosa,  
 y de tus odoríferos verjeles,  
 mas te tengo presente á todas horas.

En tí pasé mi juventud florida,  
 y el balsámico ambiente de que gozas  
 me restauró la sangre, que en los campos  
 por mi patria y mi rey vertí con honra.

Y en tí gocé de deliciosos dias,  
 y del amor los bienes y zozobras,  
 y recogiendo aplausos y laureles  
 de la felicidad bebí en la copa.

Qué entusiasmado viendo de Murillo  
 y Zurbaran las encantadas obras,  
 admirando tu alcázar y tu templo,  
 y oyendo hablar á Herrera y á Rioja,

Me elevé de las brisas en las alas,  
 cual del jazmín y azahares los aromas,  
 y el fuego celestial de la poesía  
 ardió en mi mente, y aspiré á sus glorias.

Jamás, jamás te olvido, insigne emporio  
 de ingenio y gracia, y de beldad: y ahora  
 mientras de tí tan separado escribo  
 en alto verso esta olvidada historia;

A la orilla de un mar que de esmeralda  
 revuelve alegre las risueñas olas,  
 inmediato al flamígero Vesubio,  
 y admirando su cumbre tronadora,

Que humo y ceniza lanza contra el cielo,  
 y forma espesa nube, que el sol dora;  
 cercándome de flores coronadas  
 de Posilipo y Vómero las lomas;

Y en Nápoles, en fin, lo que en el mundo  
 tanto renombre esclarecido goza;  
 á tí, y tan solo á tí tengo delante,  
 y en tí; grata ilusion! mi mente mora.

Y miro alzarse tu Giralda esbelta  
 entre vapores de color de rosa,  
 y oigo la voz de tus sonoros bronces,  
 que retumba en los montes de Carmona.

Y que estrecho á mi seno me figuro  
 las dulces prendas, que de mí remotas  
 allá anhelan tan solo mis noticias,  
 y sin cesar me llaman y me nombran.

Y escenas ocurridas en tus campos  
 voy á contar, para aclarar la historia,  
 que de la tumba de la edad pasada  
 el sacro númen, que me inspira, evoca.

Poco despues que en la morisca Alhambra  
 la cruz de Cristo derrocó á la luna,  
 triunfó de la espantosa idolatría  
 en el bárbaro harem de Motezúma.

Pues el reparador del universo  
 dió de estender su nombre, y la fé suya  
 la alta misión á los esposos Reyes,  
 que á Aragon y Castilla unen y juntan.

Y abriendo las barreras de los mares  
 á las osadas españolas fustas,  
 regidas por un hombre extraordinario;  
 domador de huracanes y de furias;

Ofreció un nuevo mundo á su grandeza,  
 dó la gloria aumentar que los circunda,  
 y dó la santa luz del Evangelio  
 su influjo bienhechor muestra cual nunca:



Disipando las bárbaras tinieblas  
de las espesas infernales brumas,  
en que el rebelde Arcángel envolvía  
las regiones del globo mas fecundas.

Allí pocos valientes humillando,  
á fuerza de constancia y de bravura,  
el poder de cien bárbaras naciones,  
y del tenaz infierno las astucias;

Dieron á los católicos monarcas  
cien coronas riquísimas, que ocultas  
para España guardó siglos y siglos  
en tal region la Omnipotencia suma.

Mas de tantas conquistas milagrosas,  
que aun la envidia por fábulas reputa,  
como hicieron los bravos españoles  
allá en ocaso en incesante lucha,

La mas alta admirable y portentosa,  
la colmada de gloria, cual ninguna,  
fué el imponer Hernan Cortés, el grande,  
al mejicano imperio la coyunda.

¡Hernan Cortés!... Coloso que descuella  
entre los héroes que la fama adula,  
como gigante pino en los jardines  
se alza soberbio entre la humilde murta.

¡Hernan Cortés!... cuyo glorioso nombre  
el primer puesto de la historia ocupa,  
entre cuantos alzarse ha visto el mundo,  
en brazos de la bélica fortuna.

El que llevó la Cruz de su estandarte  
de triunfo en triunfo, vencedora, augusta,  
desde la fértil vega de Tabasco,  
hasta las altas torres de Cholula;

Tan solo con seiscientos españoles,  
de guerreros cien mil domó la furia,  
á fuerza de constancia y de denuedo,  
en los valles hondísimos de Otumba.

Y plantó audaz el pabellon hispano  
con gloria eterna de la patria suya,  
en la opulenta Méjico, que el orbe  
del Occidente emperatriz titula.

Ay!... al trazar estos sonoros versos  
con noble orgullo la entusiasta pluma,  
de tanta gloria mis ardientes ojos  
en aquella region el templo buscan.

Y la ven ¡oh dolor! presa infelice  
de raza infiel, advenediza, oscura,  
que á la fé del glorioso Recaredo  
con sus dogmas heréticos insulta.

Raza de mercaderes..... ¿Y no queda,  
y allí no queda ya gota ninguna  
de castellana sangre, que valiente  
tan horrenda agresion pasmé y confunda?

.....Queda, sí, y se derrama valerosa,  
mas sin fuerza y poder. La desvirtuan

rebellones, discordias, impiedades,  
delirios, ambiciones y disputas,

Que pérfida Albión con larga mano,  
hundiéndolos en mar de desventuras,  
sembró en aquellos pueblos infelices,  
que niños son, y adultos se figuran.

¿Y por qué España, la ofendida España,  
no alza la frente, y sus valientes junta,  
y á la venganza y al socorro vuela,  
perdonando cual madre las injurias?

¿Mas qué pronuncio? ¡oh Dios! basta, y un velo  
impenetrable las miserias cubra,  
que el poder roban á la patria mia,  
y que la gloria de su nombre anublan.

Y volvamos la mente á aquellos siglos,  
para consuelo de tan grande angustia,  
en que su fé y lealtad la colocaron  
mas alta que ese sol que nos alumbra.

Triunfantes los Castillos y Leones  
en la régia mansion de Motezuma,  
y la insignia del Gólgota humillando  
del ídolo infernal la frente inmunda;

Ya recibia el mejicano imperio  
sumiso, reposado, y con fé pura  
las suaves leyes y los santos ritos,  
que paz y eternas dichas aseguran.

Y el grande Hernan Cortés, modelo insigne  
de lealtad española cual ninguna,  
á poner de su Rey ante las plantas  
aquella gran conquista se apresura.

Y cargada de bálsamos y aromas;  
perlas, tejidos y esmaltadas plumas,  
oro, alimañas de pintadas pieles,  
indios guerreros, y esquisitas frutas;

Mandó partir una lijera nave  
desde las playas de San Juan de Ulúa,  
que lleve á España, y al monarca ofrezca  
de aquel imperio la diadema augusta.

Mar bonancible, y favorable viento  
halagan al bajel, que la fortuna  
conduce hácia el Oriente, y que gallardo  
las crespas olas, sin peligro sulca.

Ya mira desde lejos coronadas  
de olivos las montañas andaluzas,  
y sin temer escollos ni bajos,  
y humillando la barra de San Lucar,

Del gran Guadalquivir las dulces aguas  
riza y enrespa de argentada espuma,  
y entre olorosos verdes naranjales  
pomposa pasa y presurosa cruza.—

Ya vé de la Giralda desde lejos  
alzarse altiva la delgada aguja,

y del coloso, que en su cumbre gira  
los fúlgidos destellos la deslumbran.

De Sevilla las torres y atalayas  
que nave llega de Occidente anuncian,  
y á muelles, y riberas acudian  
á saludarla las curiosas turbas.

La nave majestosa, cuyas velas  
las frescas brisas de la tarde empujan,  
con flámulas jugando y gallardetes,  
que en los ingentes mástiles ondulan,

De la torre del Oro á los pies llega,  
las pardas lonas en la verga anuda,  
y rompe con las áncoras el rio,  
que fondo en que cebar el diente buscan.

Y con alegre salva, que un momento  
en blanco humo la envuelve, y que retumba  
de los lejanos montes en los valles,  
á la ciudad clarísima saluda.

El sol en el ocaso se escondia  
entre vapores densos, que ofuscaban  
su deslustrada faz, y en el oriente  
se alzaba rica de esplendor la luna.

Del principio dichoso del verano  
una noche tranquila, hermosa y pura  
empezando á lucir, de calma llena,  
anunciando reposo, y paz profunda;

Cuando enjambre de lanchas y bateles,  
de barcazas, de botes y falúas,  
cercan la gruesa nave, y las riquezas  
ánsian de que preñada la reputan.

Y entre el comun estruendo y algazara,  
y voces diferentes y confusas,  
á la luz del crepúsculo espirante  
el desembarque ansiado se apresura.

Y ya van á los muelles y riberas  
pesados fardos de riqueza suma,  
aves, que nunca el cielo aquel cruzaron,  
de verdes, rojas y amarillas plumas;

Maderas esquisitas, que la cara  
de los bruñidos mármoles ofuscan;  
especies del sabor mas delicado,  
que olfato y paladar á un tiempo adulan.

Barras de oro y de plata refulgentes,  
armas de pedernal, y de tortuga  
coseletes y escudos con labores  
que á las del gran Celini sobrepujan.

Tejidos de algodón cual blanca nieve,  
ó teñidos de grana que deslumbran;  
plantas de pomposísimos follajes,  
con prodigiosas odorantes frutas.

Gruesas perlas, espléndidos penachos,  
copal, y aromas, y con rara industria  
cueros, búcaros, cobres, filigranas  
labrados en fantásticas figuras.

Gomas medicinales, y hasta yerba, cuyo humo el marinero aspira y chupa, lanzándolo después en blanca nube, que el ambiente en reodor llena y perfuma.

Y hombres de otro color, y de un lenguaje, que aullido de las fieras se reputa, y aunque lampiños sus feroces rostros, audacia y furia bárbara denuncian.

En fin, las producciones esquisitas, de un clima remotísimo, que ocultan hinchados mares; producciones raras que hasta entonces la Europa no vió nunca.

Tanta estraña riqueza y tanto objeto admirable y magnífico deslumbran á los entusiasmados sevillanos, y su imaginación rica, y fecunda

Vé aun mucho más de lo que vé delante: y pondera, engrandece, aumenta, encumbra el bajel, y la carga, y la conquista, y alto portento cuanto mira juzga.

La ribera tocar los pasajeros, entre tan grande confusión procuran, y en los lijeros botes, y en las lanchas saltan, y se acomodan y se agrupan.

Y en llegando á los muelles, de rodillas con gran fervor, y con las manos juntas, dan gracias al Señor Omnipotente, que en tan estenso mar les dió su ayuda.

Y abrazan de la infancia á los amigos, y noticias solícitos escuchan de la corte, y las grandes novedades en su ausencia ocurridas los conturban.

Y luego satisfacen como pueden, oyendo atenta una curiosa turba, á mil necias cuestiones inconexas, y á disparatadísimas preguntas.

Unos cuentan hazañas portentosas, otros riquezas sin reparo abultan, otros muestran horribles cicatrices, y todo es confusión y barahunda.

Tan solo un pasajero no demuestra para desembarcar priesa ninguna, y á todo aquel bullicio indiferente, se apoya á un mástil con la boca muda.

Y ya entrada la noche, por la escala descende y toma asiento en la falúa, y manda que á la orilla más distante, no al bullicioso muelle, le conduzcan.

En sitio solitario en tierra salta, nadie repara en él, y no tributa gracias al cielo hincada la rodilla, de que en la tierra firme el pié asegura.

Vaga un momento de uno al otro lado, y párase después. Los brazos cruza, con horror la ciudad cercana mira, y torna el rostro á la creciente luna.

Parece que al poner el pié en España, y al mirarse en su tierra le atribula algun grave recuerdo, ó que le espera alguna miserable desventura.

Sesenta años de edad manifestaba, era su complexión árida y dura, que peregrinaciones y trabajos hicieron aun más fuerte y más robusta.

Su calva frente erguida y altanera sulcaban profundísimas arrugas, huellas de violentísimas pasiones, dando á su faz una expresión adusta.

De los ardientes soles tropicales mostraba en el semblante las injurias, y en los brazos y pechos cicatrices, que de bravo guerrero lo gradúan.

Era su porte majestuoso y noble, aunque pobre y vulgar su vestidura, y su aspecto total era de aquellos que miedo y compasión á un tiempo inculcan.

Sin nombre, oscuro, aventurero y pobre, con Cristóbal Colon se lanzó en busca del ignorado mundo: acaso, acaso anhelando que el mar fuera su tumba.

Mas no lo consiguió, si los portentos ver, y en las prodigiosas aventuras de aquel descubrimiento y gran conquista parte tomar con importancia suma.

Y tal vez por su arrojo y fortaleza la frágil carabela logró alguna borrasca superar, y de bajíos y escollos salva continuar su ruta.

Y le vieron también la isla Española, y los manglares ásperos de Cuba, romper con duro pecho las corrientes, y de saetas despreciar la lluvia.

Y más tarde en el río de Grijalva de aquel caudillo la infeliz fortuna corrió, y con riesgo, á nado y mal herido, pudo al cabo salvarse en las falúas.

Y después las macánas de Tabasco le abollaron el yelmo, y la armadura, y de las flechas de Tlascála luego pudo probar la envenenada punta.

Y combatió á los rudos Totonagues y venció las traiciones de Cholula y regó con su sangre las calzadas, y lidió con despecho en las lagunas.

Y al lado de Cortés el estandarte, de oro tejido, y de rizadas plumas,

del imperio de ocaso vió rendirse en la victoria espléndida de Otúmba.

Y por fin prosternarse el señorío de la estirpe feroz de Motezuma, por favor especial del cielo santo, á los pies de la hispánica fortuna.

Pero siempre escondido guardó el nombre, y envuelta de misterio en noche oscura su condición. Hablaba raras veces, y jamás recompensa admitió alguna.

Ni se sabe por qué regresa á España, y se ignora también si es patria suya, pues en treinta y dos años á su boca no se ha escuchado recordarla nunca.

Y no faltó tampoco quien tuviera de sí era el tal, ó no, cristiano duda, pues blasfemias, y horribles maldiciones lanzaba en los momentos de gran furia.

Y en los grandes apuros y desastres jamás pidió devoto al cielo ayuda; antes bien con sonrisa del infierno de los que la impetraban hizo burla.

Mas por el alto esfuerzo y bizarría con que arrollaba las indianas turbas, y porque acaso se debió á su arrojo glorioso triunfo en ocasiones muchas;

Y porque desdeñaba generoso tomar de los despojos parte alguna, ni tener tierras, ni adquirir esclavos, y en juego, y embriaguez no se halló nunca;

Tuvo en los capitanes indulgencia, y sin horror la soldadesca ruda le miraba, cual flor de los valientes, llamando estravagancia á su locura.

Personaje tan raro y misterioso es el que mira á la argentada luna del gran Guadalquivir en la ribera, y que acercarse á la ciudad repugna;

Pues la espalda volviéndole, camina á buscar de Tablada la llanura, y sin senda la fresca yerba hollando, ni fija dirección, lento la cruza.

Era una noche serena del principio del verano, cuando tan rico y lozano se muestra el suelo andaluz.

Y de encanto y plata llena el cielo señoreaba, y en la tierra derramaba la luna su blanca luz.

El puro ambiente dormía en el sueño delicioso, que da el bálsamo oloroso del jazmín y del azahar.

Y Tablada parecía,  
sin árbol, casa, ni sombra,  
una inmensa verde alfombra  
tendida de mar á mar.

Y en ella sola y aislada  
aquella estraña figura,  
que se dibujaba oscura  
de la luna al resplandor;

Alguna sombra evocada  
parecía, por un mago,  
ó fantasma incierto y vago  
de congelado vapor.

Hondo silencio reinaba  
dó solo, como un arrullo,  
el apacible murmullo  
del manso Guadalquivir,

O algun rumor que llegaba  
confuso, incierto, lejano,  
del gran pueblo sevillano,  
se dejaba percibir.

Cuando la torre eminente  
de lejos, con diez pausadas

y sonoras campanadas,  
las tinieblas conmovió.

Y oyéndolas aquel ente  
misterioso, cual si oyera  
rujidos de oculta fiera,  
sus pasos aceleró.—

Y la yerba larga hollando  
empapada de rocío,  
en su seno húmedo y frío  
algo tocó con el pié.

Algo que salió rodando....  
redonda piedra sería,  
pues que tanto se movía,  
y corto el impulso fué.

Mas torna á hallar el estorbo,  
que otra vez rueda delante,  
y que un ruido semejante  
á cosa hueca formó.

A tropezar vuelve, y torvo  
quiere ver que le importuna,  
y al resplandor de la luna  
blanca calavera vió.—

Pero en mármol convertido,  
inmóvil, insensible, yerto,  
para escuchar á aquel muerto  
allí plantado quedó;

Y tras lúgubre gemido  
la ya monda calavera  
de esta terrible manera,  
desde la yerba, le habló:

«Escúchame atentamente,  
»oye Nuño Garcerán,  
»que te está hablando Rodrigo,  
»aquel tu amigo leal.  
»Y este triste resto suyo  
»veinte años hace que está,  
»esperando tu regreso,  
»en aquesta soledad;  
»conservando, como notas,  
»por decreto celestial,  
»ojos con luz para verte,  
»lengua fresca para hablar,  
»y revelarte un misterio  
»de tanta importancia, y tan  
»interesante á tu alma,  
»como tú mismo verás.—

»A diez horas de la noche  
»hoy treinta y tres años há  
»que á tu esposa Doña Blanca  
»diste muerte sin piedad,  
»juzgando que te ofendía,  
»y hasta viéndolo, que es mas.

»Pero es falso muchas veces  
»lo que se vé Garcerán.  
»Pues te amaba delirante,  
»con pasión y con lealtad,  
»y era tan santo y tan puro  
»su pecho como un altar.—

»Cuanto vistes fué mentira,  
»fué trama vil y falaz,  
»que me sugirió el infierno,  
»que me inspiró Satanás,  
»para vengar rencoroso  
»el desden y el ademan  
»con que desdeñó orgulloso  
»mi seducción pertinaz.—

»Y temiendo de una parte  
»que os revelára quizá  
»los atrevidos intentos  
»de mi inícuo deslealtad,  
»y por otra de venganza  
»ardiendo en la ansia voraz  
»solo, solo su esterminio  
»fué ya mi anhelo y mi afán.—

»Yo detuve los correos,  
»yo astuto nunca tornar  
»dejé, Nuño, á los criados,  
»que tú mandastes allá.  
»Y poco despues viniendo  
»de Provenza y Perpiñan,  
»de Doña Blanca el hermano  
»su tierno amparo á buscar,  
»porque del padre de entrambos  
»iban los negocios mal;  
»intercepté yo las cartas  
»en que de esta novedad  
»cariñosa te dió parte,  
»y trazé el horrendo plan.—

: :



Obsérvala horrorizado,  
y en las órbitas desiertas,  
y de carne no cubiertas  
vé dos chispas relucir:

Dos ojos ¡desventurado!  
que lo miran y confunden,  
y tal desmayo le infunden,  
que no puede el triste huir.

Y crece su angustia fiera  
cuando en sepulcral acento  
á la boca sin aliento  
oyó ¡Nuño Garcerán!!!

Su nombre de tal manera  
pronunciado le anonada,  
y con la sangre cuajada  
faltándole fuerzas van.

»Te llamé, volaste ciego  
»donde te esperaba ya,  
»y hasta el jardín te condujo  
»como puedes recordar.—

»Allí á tu esposa miraste,  
»sol puro, ángel celestial,  
»con su hermano don García  
»en inocente solaz;  
»y creyendo ofensa tuya  
»el cariño fraternal,  
»de tus celos furibundos  
»reventó el hondo volcan.—

»Yo la maldicion oyendo  
»sobre mi frente tronar  
»de los cielos, por el monte,  
»del horrendo temporal  
»envuelto en las demás sombras,  
»y huyendo de mi maldad,  
»perdíme: y diez años luego  
»vagué por el mundo, tan  
»perseguido de fantasmas,  
»de despecho, de ansiedad,  
»que anhelaba del sepulcro  
»el hondo sueño y la paz.—

»Al cabo vine á Sevilla,  
»sin propósito y sin plan,  
»y en su muelle una mañana  
»ví un hombre, cuyo ademan  
»me ofreció vagos recuerdos  
»de otro tiempo, y de otra edad.  
»Y clavando en mí los ojos,  
»y nombrándome ademas,  
»con irresistible fuerza  
»me arrastró hasta este lugar,  
»en donde nuestras espadas  
»lucha trabaron mortal.—

»Era el mismo don García,  
»tu cuñado, que escapar  
»logró, bien que mal herido,  
»de tu cólera infernal.  
»Y no aquel tierno mancebo  
»lindo, y débil era ya,  
»sino hombre de fortaleza,  
»valiente, orgulloso, audaz.

»Muy poco duró el combate,  
»pues su espada atravesar  
»logró mi pecho; y al punto  
»que en este mismo lugar  
»cayó sin vida mi cuerpo,  
»en el bátrio infernal  
»se precipitó mi alma  
»por toda la eternidad.—

»Mas Dios en su Omnipotencia  
»dejándome para hablar  
»lengua, y ojos para verte,  
»porque así te convendrá;  
»mandóme en aqueste sitio  
»firme tu vuelta esperar,  
»y descubrirte el misterio  
»como lo he cumplido ya.»

Dijo, y la lengua en polvo convirtiósese  
los fosfóricos ojos se apagaron,  
á don Nuño las fuerzas le faltaron,  
y en tierra como muerto desplomóse.

Bañó la fresca aurora  
en púrpura el oriente,  
y en pos el sol ardiente,  
entre celajes que perfila y dora,  
alzó con majestad la augusta frente.

Del soñoliento rio  
tornó el raudal en oro,  
y nítido tesoro  
en los prados las gotas de rocío,  
y saludó á la torre obra del móro,

Y vió solo y desierto  
el campo de Tablada,  
de la noche pasada  
con el vapor levisimo aun cubierto,  
y su abundante yerba aljofarada.

Y de través derrama  
por la inmensa Sevilla,  
del orbe maravilla,  
la pura lumbre de su hermosa llama,  
que en altas torres y en palacios brilla.

E hiriendo de soslayo  
una alta vidriera,  
dó ardiente reverbera,  
en una pobre celda metió un rayo,  
de un monasterio de los muros fuera.

Y dentro de ella, hundido,  
casi fuera del mundo  
en letargo profundo,  
en pobre lecho inmóvil, moribundo,  
alumbró á Nuño Garcerán, tendido.

Y á un monje venerable  
de rodillas al lado,  
que el rostro al cielo alzado,  
ruega por aquel ente miserable  
al Supremo Señor que lo ha criado.

Volviendo el religioso  
de lejana alquería,  
donde auxiliado habia  
á otro infeliz, cruzaba presuroso  
al campo de Tablada antes del dia;

Y aquel hombre tendido,  
sin herida, en el suelo  
halló, y con santo celo,  
de que aun no estaba muerto convencido,  
en salvarlo cifró todo su anhelo.

Y de temor desnudo,  
y tan solo ayudado  
de su fervor sagrado,  
lo transportó á su celda como pudo,  
mas ya reputa inútil su cuidado;

Quando el rayo amoroso  
del sol bañó el semblante  
del enfermo, y triunfante  
de aquel febril letargo soporoso,  
tornó la vida al seno palpitante.

Que el calor es la vida,  
y el del sol reanimando  
á Garcerán, y dando  
movimiento á su sangre detenida,  
fué sus inertes miembros restaurando.

Y al que lloraba muerto  
viendo de pronto vivo,  
el monje compasivo,  
y que torna á mover el cuerpo yerto,  
prodigale el socorro mas activo.

Abre Nuño los ojos,  
sus mejillas de nieve  
toman color, y mueve  
los labios, de la parca antes despojos;  
y á raudales respira el aura leve.

Hondamente suspira,  
al cabo se incorpora,  
donde se encuentra ignora,  
asombrado en reedor los ojos gira,  
y del benigno Dios la ayuda implora.

El religioso en tanto  
su caridad duplica;  
en dónde está le esplica,  
y con santo fervor y celo santo  
el mas vivo interés le testifica.

Y Nuño, compulsado  
acaso del tremendo  
espectáculo horrendo,  
que Dios en el letargo le ha mostrado,  
y en lágrimas amargas prorumpiendo,

Confesion con ferviente  
voz demanda anheloso,  
y viendo el religioso  
que ya el menor retardo no consiente,  
en confesion le escucha silencioso.

Con nueva vida, y restaurado aliento,  
y revolviendo Nuño la memoria,  
de tantos años la terrible historia  
al santo cenobita reveló.

Al cenobita, que escuchóla atento,  
y que el nombre al oír del penitente,  
cubrió de horrenda palidez la frente,  
y cual de mármol gélido quedó.

Y de la confesion en el discurso,  
ya las lágrimas queman su semblante,  
ya el corazon del pecho palpitante  
parece vá á salir con ansiedad,

Ya dá á suspiros dolorosos curso...  
mas tranquiliza la virtud su alma  
y en su rostro renuévase la calma,  
que dan la abnegacion y caridad.

Nuño convulso, ronco, anonadado,  
de aquellos largos años, que pasára  
blasfemando de Dios con furia rara,  
cual pudiera un espíritu infernal:

En la incredulidad precipitado,  
abiertamente con el cielo en guerra,  
maldiciendo frenético á la tierra,  
y ansiando ver su destruccion final;

Como si el santo cielo bondadoso  
para el acto solemne le volviera  
de su antiguo vigor la fuerza entera,  
hizo la mas completa confesion.

Mostrando al prudente religioso,  
que Dios su corazon tocado habia,  
y que en él á raudales difundia  
el bálsamo de humilde contricion.



—»¡Oh adorable, oh santísima  
misericordia!... ¡Cuánto  
es inmenso tu manto!...  
¿quién no debe en tu amparo confiar?—

—»La gloria mas espléndida,  
oh Garcerán, te aguarda,  
si es que no te acobarda  
la penitencia que te impone Dios.—

—»Corre, corre solícito  
de Leon á la sierra,  
á tu patria, á tu tierra  
de bienaventuranza eterna en pos.—

Y cuando al concluir, la penitencia  
esperaba en la tierra prosternado,  
de su pasada vida horrorizado,  
dispuesto á renunciar al mundo atroz;

De pié el monje mostrando en su presencia  
noble, que el cielo santo le ilumina,  
que arde en su mente inspiracion divina,  
así prorumpe con solemne voz:

—«¡Oh admirable, oh magnífica  
Omnipotencia suma!...  
...hay mortal que presuma  
tus ocultos arcanos penetrar?—

—»Allí del hondo bátrato  
todo el poder confunde,  
sus asechanzas hunde,  
y gánate la palma angelical.—

—»Con penitencias ásperas,  
con oracion constante,  
con fé perseverante,  
implora la clemencia celestial.—

—»Y señal segurísima  
será de que la obtienes,  
y que tú, gracia tienes,  
del cielo santo singular favor.—

—»De una joya riquísima  
el hallazgo impensado,  
joya que de tu estado  
restaurará la fama y esplendor.—

—»En cuanto brille fúlgida,  
el cielo serenarse,  
y el suelo engalanarse  
de hermosos dones súbdito verás.—

—»Y luego una flor cándida  
á tus plantas nacida,  
te anunciará otra vida,  
y con ella á la gloria volarás.—

—»Porvenir tan magnífico  
el Señor te reserva,  
si en penitencia acerva  
persistes, largos años, de espiacion.—

—»Y en el nombre santísimo  
del Dios Omnipotente  
doy á tu humilde frente  
de tu pasada vida absolucion.—

—»Y ahora en tu seno estréchame,  
y al cielo bendigamos,  
porque aquí nos juntamos,  
desventurado Nuño Garcerán.—

—»Llega, sí, reconócame,  
soy de Blanca el hermano,  
y de tu hierro insano  
aun las señales en mi pecho están.—

—«Oh juicios del Altísimo!...  
yo soy, yo, don García,  
que de tu saña impía  
logré salvarme en noche tan fatal;

—»Porque Dios piadosísimo  
me eligió en el momento,  
para humilde instrumento,  
que te abriera el camino celestial.—

Diciendo así aquel monje venerable,  
en cuyo lábio Dios hablado habia,  
el macilento pecho descubria  
con cicatriz en él honda, espantable:

Y Nuño en llanto de dolor deshecho,  
en su seno se lanza confundido,  
perdon!.. perdon!.. gritando arrepentido  
y quedan mudos en abrazo estrecho.

## LA AZUCENA MILAGROSA.

PARTE TERCERA.

¡Ay que aspecto tan triste y desolado  
presenta el sitio un tiempo delicioso  
dó Nuño Garcerán tuvo su estado!—

Desde el momento aciago y espantoso  
en que de sangre pura fué inundada,  
por la trama infernal de un alevoso,

Y por la injusta mano emponzoñada  
de un mortal fascinado y delirante,  
¡cuánto la tierra aquella está mudada!

Del sañudo huracan, que en el instante  
de perpetrarse el crimen, repentino  
descendió de los montes resonante,

En el confuso y rauda remolino  
huertas, mieses, jardines, perecieron,  
y la alta encina y el robusto pino.

Y las nubes tronantes, que envolvieron  
en ciega oscuridad toda la sierra,  
con rayos el palacio confundieron.

Y con hondo bramar tembló la tierra,  
y el torrente del valle á los alcoces,  
tornando turbio ponto, movió guerra,

Sorprendidos labriegos y pastores  
con tanta confusion y tal trastorno,  
abandonaron chozas y labores.

Y huyeron á los montes del contorno,  
de aquella noche en el horror tremendo  
muerte y desolacion mirando en torno.

Tal vez que era llegada ya, creyendo,  
de este mundo la fin profetizada,  
y el cataclismo universal y horrendo.

Despues cuando la cólera apiadada  
de Dios encadenó los aquilones,  
y su faz mostró el cielo sosegada;

Los cimientos no mas de sus mansiones  
encontraron aquellos desdichados,  
rotos puentes, hundidos murallones,

En lodazal mefítico los prados,  
ó en arenal estéril convertidos,  
riscos deshechos, límites borrados.

Rasos los bosques, yermos los egidos,  
y de volcados troncos, y maleza  
los hondos barrancales invadidos.

Del soberbio palacio la firmeza  
quebrantada, y ruina amenazando  
los restos de su gloria, y su grandeza.

Y aunque los infelices trabajando,  
tentaron restaurar su pátrio suelo,  
contra desdichas tantas peleando;

Tenaz se opuso el indignado cielo,  
por miras escondidas y profundas,  
á que lograran su afanoso anhelo.

Pues sin vida las tierras infecundas  
al asiduo labrar no respondian,  
marismas sin verdor, charcas inmundas.

Con frecuente terror se repetian  
los temblores de tierra, y del torrente  
á su lecho las aguas no volvian.

Y mortífero el aire, y pestilente  
con las muertas lagunas y pantanos,  
era á hombres y ganados inclemente.

Y en las desnudas cumbres y en los llanos,  
y en torno á las ruinas temerosas,  
cruzaban lentas por los aires vanos,

Hendiendo las tinieblas silenciosas,  
blanquecinas fantasmas: y se oyeron  
ayes, gemidos, voces lastimosas.

Y ya en aquel distrito no se vieron  
pájaros, ni alimañas, que desnudo,  
selvas donde esconderse no tuvieron.

En fin, su estado miserable y rudo  
triste horror á los propios naturales,  
y amargo desaliento inspirar pudo.

Y abandonando aquellos cenagales,  
de las ruinas y escombros retiraron  
utensilios, maderas y metales.

Pero por mas que ansiosos procuraron  
hallar la imágen de la Virgen Santa,  
que en la hundida capilla veneraron,

Y revolvieron de ella hasta la planta,  
nególes misterioso el alto cielo  
alivio tal en desventura tanta.

Y con este dolor y desconsuelo,  
en alligidas turbas de la tierra  
emigraron, buscándose otro suelo.

Dejando de su patria y de su tierra,  
tal fama en los contornos, que hasta el nombre  
de aquel estado como infausto, aterra.

Y no hay á quien de lejos no le asombre,  
y nadie osa acercarse á su distrito,  
dó en treinta años el pié no estampó un hombre,  
del Señor reputándolo maldito.

Volviendo de Compostélla  
á donde se fué don Nuño,  
antes de empezar la vida,  
que su confesor le impuso,

A orar del patron de España  
en el sagrado sepulcro,  
y á pedir al cielo ayuda  
con tan poderoso influjo;

Peregrino, penitente,  
escuálido y taciturno,  
de toco sayal vestido,  
con nombre vulgar y oscuro;

Despues de fatigas grandes,  
despues de trabajos muchos,  
despues de treinta y tres años  
que ha vagado por el mundo;

Cuando de él nadie se acuerda  
ni de él habla mas que el vulgo;  
de su estado en los linderos  
el pié descarnado puso.

Y reconociendo apenas  
de aquellas lomas los bultos,  
y los sitios dó la infancia  
feliz y tranquila tuvo,

Estiende la ansiosa vista  
buscando recuerdo alguno:  
y no le hallaron sus ojos  
de amargas lágrimas turbios.

Detiéndose horrorizado,  
acobárdase confuso,  
y echa menos los desiertos  
de la otra parte del mundo.

Y casi, casi espantado  
del deber que allí le trujo,  
vaciló, dudó, y la planta  
á volver á trás dispuso.

Mas ayudado y repuesto  
por la mano del Ser Sumo,  
empezó su penitencia  
avanzando resolutamente.

Cruza horrendos pedregales  
donde antes bosques robustos,  
y cenagosos pantanos  
donde productores sulcos—

Y en vez de risueños riscos  
vestidos de hiedra y musgo,  
vé montes de tosca arena  
y barrancales profundos.

Ni reconoce el torrente,  
que ha trastornado su curso,  
y turbio se rompe y salta  
entre peñascos desnudos.

Y cuando al valle descendiendo  
el asombrado don Nuño,  
la gran soledad le aterra,  
le dá el gran silencio susto.

En el lugar dó el antiguo  
palacio alzaba sus muros,  
de almenage coronados,  
y de pomposos escudos,

Vé horrendo monton de escombros,  
que forman informe bulto,  
sin dejar de lo que han sido  
rastros ni indicio ninguno.

Pero ¡ay triste! reconoce,  
por un misterioso impulso,  
el funesto sitio donde  
de la virtud fué verdugo.

Ni sombra del jardín queda,  
pero el sitio donde estuvo  
el cenador reconoce  
en medio del campo inculto.

Pues hay un breve cuadrado,  
donde solo de fecundo  
da señal aquel terreno  
tan árido, y tan desnudo.

Está cubierto de césped  
aljofarado, y no mustio,  
dó silvestres florecillas  
ostentan frescos capullos.

Juzgárase algun tapete  
de caprichoso dibujo,  
que allí se dejó olvidado  
perdido viajero turco.

O un Oasis en miniatura,  
invisible, y breve punto,  
que el gérmen de vida guarda  
de aquel inmenso sepulcro.

Nuño Garcerán presume,  
por alto celeste influjo,  
que allí descansan los restos  
de aquel ángel, que fué suyo.

Y la faz contra la tierra,  
horrorizado, convulso,  
lanzando del hondo pecho  
gemidos, y ayes profundos,

Llora, reza, pide, espera,  
teme, duda, y en agudos  
gritos prorumpe, que el eco  
repite en sonos confusos.

Y al cabo exánime, yerto,  
tendido, sin voz, sin pulsos,  
allí pasó largas horas,  
aun mas que vivo difunto.

En una profunda cueva,  
que los trastornos pasados,  
al desplomarse dos riscos  
entre uno y otro dejaron,

Halló el nuevo penitente  
para las noches reparo;  
y de ella hizo la morada  
donde pasó luengos años.

Trazó una rústica cerca  
en torno del breve espacio,  
que depósito juzgaba  
de los restos adorados.

Y una cruz rústica en medio  
hecha de dos secos ramos  
levantó, y allí de hinojos  
deshacíase llorando.

Referir las privaciones,  
los tormentos, los quebrantos,  
los temores, las vigiliás,  
los sustos, los sobresaltos,

Que en aquel inculto yermo,  
que en aquel desierto campo,  
padeció constante y firme  
el arrepentido anciano,

Fuera no acabar. Las noches  
las pasaba circundado  
de espectros y de fantasmas,  
de visiones y de trasgos.

Y si con fervientes rezos  
conseguía disiparlos,  
y dar á su débil cuerpo  
un momento de descanso;



Ya los ecos del torrente,  
ya el rumor del viento vago,  
ya de las nocturnas aves  
los alaridos infaustos,

Llegaban á sus oídos  
como clamores humanos,  
su breve y lijero sueño  
interrumpiendo y quebrando.

La mayor parte del día  
la pasaba prosternado  
de Doña Blanca en la tumba,  
hecho el corazón pedazos.

Y si acaso recorría  
valle y monte solitarios,  
los recuerdos de su infancia,  
y las dichas de otros años,

Y de sus tiernos amores  
las delicias y los lazos,  
eran tormento espantoso  
de su pecho destrozado.

Ni dejó de perseguirlo  
el infierno, separarlo  
queriendo de aquella senda  
de penitencia y de llanto;

Presentándole á la vista  
ya temores, y ya halagos,  
ya memorias importunas  
de orgullo, poder y mando.

Cuántas veces al lúgubre  
morir de hermoso día,  
cuando en vapores férvidos  
su melena envolvía,  
como cadáver pálido  
el moribundo sol,

Y de celajes lívidos  
de grana perfilados  
adornaba la atmósfera,  
tiñendo los nublados  
al ocaso mas próximos  
de nítido arrebol;

El penitente tétrico,  
sobre un risco eminente,  
el rostro melancólico,  
inclinada la frente,  
por un inmenso cúmulo  
de recuerdos vagó.

Y girando su espíritu  
de la memoria en brazos,  
por las pasadas épocas,  
cual pudiera en los lazos  
de ensueño profundísimo,  
presentes las miró.

En la niebla que alzabase  
la llanura borrando,  
y en las sombras fantásticas,  
que iban los montes dando,  
vió con ojos atónitos  
transformaciones mil.

Ya los ricos alcázares  
de la gentil Granada,  
y cual su hueste intrépida  
triunfaba, entusiasmada  
con el pendon católico,  
orillas del Genil.

Del combate el estrépito  
y el gran rimbombe oía,  
y las banderas árabes  
á sus plantas veía,  
y su celada fúlgida  
ornada de laurel.

Se hinchaba su alma mísera  
con la antigua victoria,

anhelaba frenético  
nuevos días de gloria:  
y las artes diabólicas  
casi triunfaban de él.

Ya mudándose rápida  
aquella vista estensa  
del borrascoso Atlántico  
vé la llanura inmensa,  
y alzar sus ondas túrgidas  
bramando el aquilon;

Y cruzar impertérrita  
una nave española  
aquel airado piélago,  
frágil, cascada, sola,  
pero firme, que animala  
el alma de Colon.

Él, dentro de ella júzgase,  
y que miran sus ojos  
del nuevo mundo incógnito,  
entre celajes rojos  
la tierra feracísima,  
cual él la descubrió.

Y luego vé las hórridas  
batallas fabulosas,  
de bárbaros sin número  
las huestes espantosas,  
y oye los terroríficos  
atabales, que oyó.

Y al fin vé á la gran Méjico,  
la reina de Occidente,  
la orgullosa, la espléndida,  
humillar la alta frente  
del general hispánico,  
que él ayudó, á los piés.

Y vése en tan magníficos  
combates el primero,  
y goteando cálida  
sangre su noble acero,  
y aplaudirle los héroes,  
y el mismo Hernan Cortés.

Y la espada fulmínea  
y la lanza echa menos,  
de cañones horrisonos  
ansía escuchar los truenos  
otra vez, y avergüenzase  
de su humilde sayal;

Pues su alma ensoberbécese  
y casi triunfa de ella,  
y sus santos propósitos  
confunde y atropella  
el aliento satánico  
de espíritu infernal.

Mas el celeste espíritu,  
que en torno de él volando  
le defiende solícito  
del diabólico bando,  
con sus alas angélicas  
le tocaba la faz.

Y en sí tornando, trémulo  
al Señor invocaba,  
y con acerbos lágrimas  
su piedad imploraba  
contra las artes pérfidas  
del infierno tenaz.

Y armándose con ásperos  
cilicios, y oraciones,  
tales escenas mágicas,  
y tales tentaciones,  
y visiones malélicas  
al cabo dispó.

Y persistiendo impávido  
en santa penitencia,  
el perdon de sus crímenes  
y limpiar su conciencia  
de tantas nubes lóbregas  
venturoso logró.

Mas no desiste el espantoso infierno  
de combatir las almas que el Eterno  
elige para sí.

Y torna furibundo á la pelea,  
aunque mil veces destrozado sea,  
como ya lo fué allí.

En Garcerán con nuevas tentaciones  
y falaces recuerdos, y visiones  
tornó mano á probar.

De la misericordia soberana,  
que es tan inmensa con la raza humana  
haciéndole dudar.

Y en las noches silenciosas  
turbaba con espantosas  
voces á aquel desdichado,  
dejándole en el estado  
que no es velar ni dormir.

Y el infelice creía  
que un mar de sangre veía,  
que la caverna inundaba,  
y que *venganza* sonaba  
en su espantoso rugir.

Y que una mujer hermosa  
en él nadaba angustiada,  
con el postrimer anhelo  
venganza pidiendo al cielo  
del monstruo que allí la hundió.

Y reconocía en aquella  
infeliz á Blanca bella,  
y en sí mismo al monstruo insano,  
que en el sangriento océano  
brutal la precipitó.

Al grito de la cuitada,  
con horrenda carcajada  
el infierno respondía,



y venganza repetía  
con aplausos de furor.

Y él entonces imaginaba,  
que al cielo humilde invocaba;  
pero que el cielo indignado,  
á sus plegarias cerrado,  
desechaba su clamor.

«Otras veces á Rodrigo,  
á su falso y vil amigo,  
delante de sí veía,  
que riendo le decía:  
¿Qué haces aquí Garcerán?»

Todas estas penitencias,  
son inútiles demencias,  
y no tienen eficacia,  
pues las fuentes de la gracia  
para tí, secas están.»

«Ven amigo,  
» ven conmigo  
» á blasfemar  
» de ese cielo,  
» que es de hielo  
» á tu llorar.  
» Ven conmigo al infierno  
» á hacer eterna guerra al Ser eterno.»

Y luego con risa horrenda  
le mostraba la tremenda  
escena, que aparecía  
entre niebla vaga y fría,  
del funesto cenador.

Y Nuño otra vez miraba  
á su esposa, que estampaba  
de un jóven en el hermoso  
rostro aquel beso amoroso,  
principio de su furor.

A Doña Blanca indignada,  
otras veces, asomada  
por rotos nublados llenos  
de relámpagos y truenos,  
juzgaba ver ante sí.

Que á puñados de la herida  
sacando sangre encendida,  
y arrojándola inclemente  
sobre su confusa frente,  
feroz gritábale así:

«No, maldito,  
» á tu delito  
» no hay perdón.  
» Dios airado  
» has pronunciado  
» maldición!  
» Húndete con Rodrigo,  
» que á ninguno perdono, á ambos maldigo!»

Y era tan fuerte y tremenda  
en la pesadilla horrenda,

de las falaces visiones  
y de aquellas espresiones  
la bien fingida verdad,

Y del dormido en la mente  
obraban tan hondamente,  
que al misero confundían,  
y en un abismo lo hundían  
no esperando ya piedad.

Y en tan horrible despecho,  
el árido hinchado pecho  
con las uñas destrozaba,  
y en tierra se revolcaba  
con horrenda convulsión.

Pero el Angel, que constante  
lo guardaba vigilante,  
con las alas en la frente  
le tocaba, y de repente  
le calmaba el corazón,

Despertando, pronunciaba  
de Dios el nombre, y lograba  
desvanecer los ensueños,  
y triunfar de los empeños  
del espíritu infernal.

Y aumentando cada día  
con mas fé, y santa porfía,  
y en Dios con mas confianza  
sus penitencias, alcanza  
gracia y perdón celestial.

Sí, que despues de lucha prolongada  
por mas de cinco años  
con las artes diabólicas y engaños,  
vida Nuño logró mas sosegada.

Y ya las tiernas lágrimas copiosas,  
que en la tierra vertía,  
donde su amada víctima yacía,  
le eran refrigerantes y sabrosas.

Y cuando oraba con fervor vehemente,  
descendía del cielo  
un rayo de esperanza y de consuelo,  
que iluminaba su arrugada frente.

Y empezó en el terreno á ver señales  
de que Dios apiadado,  
iba á volverlo á su primer estado,  
y á terminar sus angustiosos males.

Y en el vigor, y celestial consuelo,  
que sentía en el alma,  
gozoso conoció que ya la palma  
le preparaba de su triunfo el cielo.

Una noche sosegada  
de apacible primavera,  
despues de orar fervoroso  
el penitente en su cueva,

Salió á gozar de la luna,  
que entre nácares risueña,  
de aquel campo iluminaba  
el llano, y las eminencias.

Y en santas meditaciones  
absorto, sus pasos lleva,  
sin dirección, distraído,  
del torrente á la ribera.

Allí otra vez de rodillas  
por un largo espacio reza,  
y despues asiento toma  
en una desnuda piedra.

Y respirando en sosiego  
las auras mansas y frescas,  
que con alas invisibles  
revolaban plancenteras,

Levanta hácia el firmamento  
la venerable cabeza,  
y los ya apagados ojos  
clava en la bóveda inmensa.

Y del Criador adorando  
el poder, y la grandeza,  
aquel espacio magnífico  
que lo cobija, contempla.

Y vé entre vagos vapores  
como giran los planetas,  
y dan sus trémulas luces  
las rutilantes estrellas,

Y vé los leves celajes,  
que clara luna platea,  
volar cambiando sus formas  
caprichosas y ligeras.—

Despues revuelve la vista  
con desden sobre la tierra,  
notando entre ella y el cielo  
la distancia y diferencia.

Y vé aquellos arenales,  
y aquellas peladas quiébras,  
y aquellas muertas lagunas,  
y se estremece, y se hiela.

Y por la llanura luego;  
tan silenciosa y desierta,  
tiende medroso la vista  
que se pierde en las tinieblas.

Cuando sorprendido advierte  
por una rambla de arena,  
venir sin susto y tranquila  
una hermosa blanca cierva,

Teme que del hondo infierno  
escondida trama sea,  
con que acaso le prepara  
alguna asechanza nueva.

Fervoroso se santigua,  
el santo rosario besa,  
y preparado á la pugna  
cruza las manos y espera.

La gallarda cierva en tanto  
siguiendo la misma senda,  
sin mostrar recelo alguno  
hasta el solitario llega.

Y como si acostumbrada  
al trato humano estuviera,  
y por la mano del hombre  
á vivir desde pequeña;



Y la seca mano estiendo  
sobre la erguida cabeza,  
y halaga la hirsuta espalda  
de la cariñosa cierva.

La cual con mil ademanes  
inteligibles, y nuevas  
miradas, y otros balidos  
y acciones á su manera,

Índicale que la siga,  
y que se vaya tras ella,  
y aun le tira con la boca  
del sayal y la correa.

Tan sin recelo se avanza,  
tan cariñosa se acerca,  
tal candor muestra en los ojos,  
en su balar tal terneza;

Y atenciones y caricias  
parece demanda, y ruega  
con espresion tan sencilla,  
y con humildad tan tierna;

Que resistirse no pudo  
el prudente anacoreta,  
(tal vez impulso secreto  
que no comprende le alienta)

Otra vez el penitente  
algun engaño sospecha,  
y con fervoroso lábio  
á la Virgen se encomienda.

Mas de espíritu invisible  
distinta y clara resuena  
una voz en sus oidos,  
que le dice «Nada temas.»

Levántase decidido,  
y en Dios su confianza puesta  
sigue con incierto paso  
del manso animal las huellas.—

Déjase atrás el torrente,  
la ancha llanura atraviesa,  
y no lejos de aquel sitio  
que tumba de Blanca era,

Trás de su graciosa guía  
un manso caballo trepa,  
que tiene en su fácil cumbre  
un grupo de toscas peñas.

Ante él la cierva se para,  
otra vez revuelve atenta  
al penitente los ojos,  
cual rutilantes centellas,

Lanza un agudo balido,  
que voz humada asemeja,  
que dice—¡QUI—y de repente  
por los peñascos penetra,

Metiéndose en sus entrañas,  
sin dejar rastro ni puerta,  
cual si atravesára solo  
delgada impalpable niebla.

Pasmado queda don Nuño,  
y su pasmo se acrecienta  
oyendo en aquellos riscos  
como una celeste orquesta.

Y viendo que se deshacen  
como si humo leve fueran,  
descubriendo allá en su centro  
una capilla pequeña,

De blancas congelaciones,  
que cristal parecen, hecha,  
y de luces alumbrada,  
que son pedazos de estrellas.

Y sobre un altar de césped  
divisa la imágen bella  
de la Virgen soberana,  
que es de los ángeles reina.

La misma sagrada imágen  
que en la derrocada iglesia  
del palacio hundido, culto  
luegos años recibiera:

Protectora de su estado,  
y de su familia egregia,  
de sus vasallos consuelo,  
y amparo de aquellas tierras:

Y la que afable le anuncia  
ue logró gracia completa,  
y perdon el mas cumplido  
de la santa Omnipotencia;

Segun le anunciára el lábio  
de su confesor profeta,  
cuando inspirado le impuso  
la cumplida penitencia.—

Deslumbrado el penitente  
cae de hinojos en la yerba,

y entona solemne salve  
con el alma y con la lengua.

Salve, que, de querubines  
un coro que le rodea  
repite, y hasta los cielos  
sus puros acentos lleva.

Referir lo que en el alma  
pasó del anacoreta,  
los consuelos y los gozos,  
los confortes, las ternezas,

Que á raudales en su pecho  
derramó la Providencia,  
dando á sus maceraciones  
la mas ámplia recompensa;

No puede mi humilde lábio,  
ni hay voz mortal que lo pueda,  
pues son cosas que se esconden  
á la humana inteligencia.

Trás noche tan solemne, á la mañana  
cuando el fúlgido sol en el oriente  
sobre celajes nítidos de grana  
alzó con majestad la augusta frente,  
de luz la inmensa bóveda del cielo  
inundando, y de luz el bajo suelo;

Quedó admirado de Leon la sierra  
al penetrar, y al ver en sus entrañas  
aquella antes maldita árida tierra  
tornada en feracísimas campañas:  
y que no era la misma juzgó acaso,  
que la tarde anterior vió desde ocaso.—

Pues en el punto en que la imágen santa  
de la Virgen, amparo y protectora  
de aquel terreno, trás de ausencia tanta  
á aparecer volvió de paz la aurora,  
la sonrisa de Dios omnipotente  
fecundó aquellos campos de repente.

Y mucho mas feraces que lo fueron  
en un instante solo germinaron,  
y á las nubes los árboles subieron  
en el momento mismo en que brotaron.  
En praderas viciosas cual ningunas  
tornándose arenales, y lagunas.

Matorrales espesos, frescas flores,  
cubrieron las laderas y les lomas,  
y los antes meffíticos vapores  
eran ya salutíferos aromas;  
pues humilde el torrente entre juncuales  
derramaba purísimos cristales.

Y de aves no nacidas los acentos,  
en bosque improvisado y en floresta,  
los antes mudos y callados vientos,  
tornaron suaves en alegre orquesta,

que al santo simulacro, no á la aurora,  
saludaban con música sonora.

Y hasta de aquellas fúnebres ruinas,  
que parecían huesos insepultos  
de algun Titán, con yerbas repentinamente  
se revistieron los informes bultos,  
y hiedras espontáneas en festones  
las ornaron con frescos pabellones.

Que tanto en solo un punto alcanza y puede.  
para aliviar al pecador contrito,  
á quien su gracia y su perdón concede  
la piedad del Señor, sumo, infinito,  
después de una constante penitencia,  
de la Virgen sin mancha la influencia.

Del suelo el felicísimo trastorno  
pronto advierten las gentes convecinas,  
y de las altas cumbres del contorno  
observan sus llanuras y colinas:  
y un nuevo Eden advierten de concierto,  
dó antes horrorizados un desierto.

Y del rico terreno y grato clima  
llevados, ya se acercan cazadores,  
ya algun rebaño retozon se arrima,  
ya una choza levantan los pastores,  
ya diestro agricultor osa avanzarse,  
y poco á poco, así tornó á poblarse.—

Y de la Virgen pura la capilla  
se vió adornada de votiva ofrenda,  
y en ella la quemada cera brilla,  
sin faltar quien la lleve, y quien la encienda:  
que de la santa imágen los favores  
cundieron por los nuevos pobladores.

Dándole gracias ferviente  
á Dios por tantas bondades,  
el tranquilo penitente  
gozaba del bien presente  
trás tantas calamidades.

Mientras que duraba el día  
al culto lo consagraba  
de la imágen de Maria,  
y mas afán no tenia,  
ni mas amor le animaba.

Y cuando á hundirse en ocaso  
bajaba cansado el sol,  
y con resplandor escaso  
las nubes que hallaba al paso  
esmaltaba de arbol;

A la tumba el venerable,  
que guarda á su esposa bella,  
llevaba la tarda huella,  
y con consuelo inefable  
de hinojos rezaba en ella.

Y allí la luna veía  
aparecer trás los montes,

y como lenta subía  
por la bóveda vacía,  
á ilustrar los horizontes.

Y cuando ya de luceros  
la inmensidad se adornaba  
con brillantes reverberos,  
porque los rayos postreros  
del sol, la noche borraba;

En éxtasis delicioso  
se levantaba su mente,  
y vagaba libremente  
por un mundo misterioso  
del nuestro muy diferente;

Como el águila caudal,  
que en un mar de luz navega,  
sobre las nubes despliega  
las alas, y hasta el umbral  
del palacio del sol llega.

Pues conseguida la palma  
del soberano perdón,  
sin que infernal tentación  
pueda ya turbarle el alma,  
ni entibiar su devoción;

Su espíritu se elevaba  
como el humo del incienso,  
la fé ardiente le guiaba,  
y las dichas columbraba  
de su porvenir inmenso.

Abrazado de una cruz  
al firmamento subía,  
y en piélagos de alegría,  
y en campos de eterna luz  
venturoso se perdía:

Los aromas respirando  
de celestiales jardines,  
y aquel perfume gozando  
del aliento puro y blando  
de los santos serafines:

Y oyendo aquella armonía,  
que soles sin cuento dan  
cuando tan seguros van,  
como que es Dios quien los guía,  
por la alta esfera en que están.

En ensueño vaporoso  
otras veces embebido,  
figurábase dormido  
en un prado delicioso  
sobre el herbaje mullido.

Que eran guirnaldas de rosa  
sus cilicios, su sayal  
glorioso manto real,  
y su ancianidad rugosa  
la juventud mas cabal:

Porque miraba á su alma  
sin la corteza exterior,  
cercada de resplandor,  
coronada con la palma  
de la gracia del Señor.

Envuelto se imaginaba  
en balsámicos vapores  
de las mas fragantes flores  
que el manso viento halagaba  
robándoles sus olores.

Y que al través, tras de aquellos,  
notaba de cuando en cuando  
cruzar fúlgidos destellos:  
y eran los ángeles bellos  
en torno de él revolando.

Y luego abrirse veía  
el cielo, gran resplandor  
derramando en rededor,  
y que en medio de él venía  
la imágen del casto amor.

La de su esposa adorada  
de pié sobre niebla leve,  
de albas rosas coronada,  
y de túnica velada  
muy mas blanca que la nieve.

Y en el pecho, dó la herida  
le hizo la daga homicida,  
mostraba un claro rubí  
como estrella carmesí,  
con luces de eterna vida.

Y Garcerán venturoso  
la dulce vision miraba,  
que hasta junto de él llegaba  
con rostro tan amoroso,  
que el corazon le robaba.

Y una plática emprendian  
tan tierna, sabrosa y pura,  
de tanto amor y dulzura,  
y de cosas discurrían  
de tan sublime ventura;

Y con tan santos estremos  
y con espresiones tales,  
que apenas las comprendemos,  
y que explicar no podemos  
los infelices mortales.

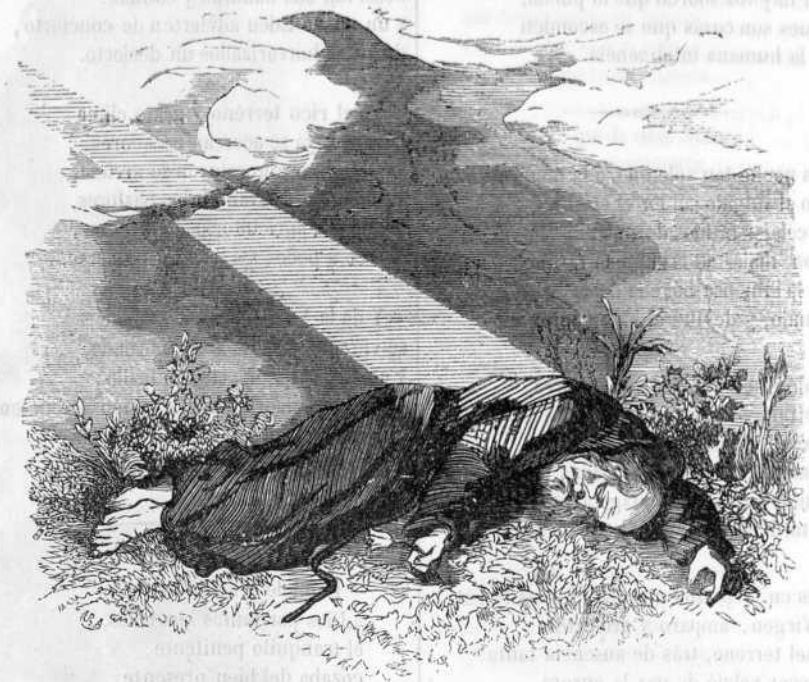
Cuando la vision aquella  
celestial desaparecía,  
el penitente creía  
que al retirarse la bella  
Doña Blanca le decía:

«Ven, Garcerán. ¿Por qué tarda  
»en venir á mí tu amor?...  
»Sube á otra vida mejor.  
»¿Qué te arredra y te acobarda?  
»Ven, que te espera el Señor.»

Asi en gratas ilusiones  
dichosas horas pasaba,  
y su viaje preparaba  
á las eternas mansiones,  
á donde Dios le llamaba.

Vino trás de hermoso día  
una tarde deliciosa,  
en que de morado y rosa  
la atmósfera se vistió.

Y á la tumba cual solía,  
ya de aliento y vida escaso,  
con lento, y con débil paso  
Nuño Garcerán llegó.



A su luz roja, espirante,  
vé don Nuño un tallo hermoso  
del suelo brotar frondoso,  
y alzarse con rapidez;

Pues en brevisimo instante  
se desarrolla, florece,  
y una azucena aparece  
de celeste candidez.

La admira cual milagrosa,  
y á un impulso soberano  
lleva la trémula mano,  
y la arranca de raiz.

Y con ella venturosa,  
dejando en el mismo punto  
en tierra el cuerpo difunto,  
voló á Dios su alma feliz.

Cual nunca las florecillas  
y aquella abundante yerba,  
que el breve espacio conserva,  
lozanas juzgó encontrar.

Y sobre ellas de rodillas  
en dulce y celeste calma,  
no con la voz, con el alma  
comenzó devoto á orar.

El sol desde el Occidente  
entre nubes, de soslayo  
moribundo metió un rayo  
hasta aquel sitio de paz:

Como si del penitente  
despedirse pretendiera,  
y el último beso diera  
á su venerable faz.

Y aquella pura azucena  
fué la vencedora palma,  
con que engrandecida el alma  
de Nuño en el cielo entró.

Y de nuevas gracias llena  
aquella flor, desde el cielo,  
á la tierra en raudo vuelo  
un ángel restituyó.

Pues la hallaron colocada  
á la mañana siguiente,  
lozana, resplandeciente,  
consuelo de todo afán,

Ante la imágen sagrada  
de la Virgen sin mancilla,  
en la rústica capilla,  
que descubrió Garcerán.—

## LA AZUCENA MILAGROSA.

FINAL.

En el instante en que de Nuño el alma voló al palacio de la eterna gloria, la azucena sirviéndole de palma de su glorioso triunfo y su victoria, de la virtud con la tranquila calma olvidando esta vida transitoria, en su celda, de binojos don García oraba humilde al espirar el día.

Y de celeste espíritu el acento el tránsito del bienaventurado le reveló, mandándole al momento marchar al sitio aquel donde ha espirado: y en él fundar magnífico convento á la Madre del verbo consagrado, y á aquella imagen de virtudes llena, bajo la advocacion de la *Azucena*.

Pasó la noche en oracion ferviente el religioso. Al despuntar el día dejó á Guadalquivir, y diligente atravesó la hermosa Andalucía; y pobre, peregrino, penitente, del reino de Leon siguió la via, saludando sus sierras empinadas despues de penosisimas jornadas.

Y en el valle, otra vez rico y frondoso, y ya no despoblado, con gran zelo, protegido del brazo poderoso del soberano Dios de tierra y cielo, á cumplir su mandato sin reposo constante dedicó todo su anhelo, edificando á aquella imagen bella una rica morada digna de ella.

El fervor escitando de los fieles, y de otros religiosos ayudado, pronto logró elevar los chapiteles de un gran templo á la Virgen consagrado; en cuyas cimbrias mágicos pinceles, y en cuyos frisos, mármol cincelado de Garcerán la penitencia y gloria consiguieron, trazándonos su historia.

En magnífico altar de jaspes y oro, en que de cien blandones la luz brilla, fué colocada con real decoro la efigie de la Virgen sin mancilla: sus himnos entonando el alto coro al compás de la armónica capilla, siempre verde á sus pies, de encantos llena, perfumando el ambiente la azucena.

En sepulcro magnífico durmieron el sueño de la paz ambos esposos, y los votos de plata enriquecieron el camarín los muros primorosos,

y con grandes ofrendas acudieron al culto los magnates poderosos; siendo de taninsigne santuario todo el reino de España tributario.

Gobernólo gran tiempo don García, en opinion de santo: otros varones despues de ardiente zelo y de fé pia de la casa aumentaron los blasones. Y su nombre y su fama se estendia por todas las católicas regiones, conservándose siempre allí lozana, y fresca la azucena soberana.

Hasta que cuando quiso en cautiverio poner la Francia audaz toda la tierra, y trastornando el español imperio metió en sus lindes destructora guerra; desapareció aquel santo monasterio, con gran dolor de la leonesa sierra, de hoguera voracísima en la llama, que no nos dejó de él mas que la fama.

Y cuentan los piadosos naturales, que cuando un mar de fuego era el convento, en que los chapiteles colosales se desplomaban con fragor violento, volar á las mansiones celestiales, y meterse en el alto firmamento, de resplandor cercada y luz hermosa, vieron á la *Azucena milagrosa*.

Nápoles 1847.







